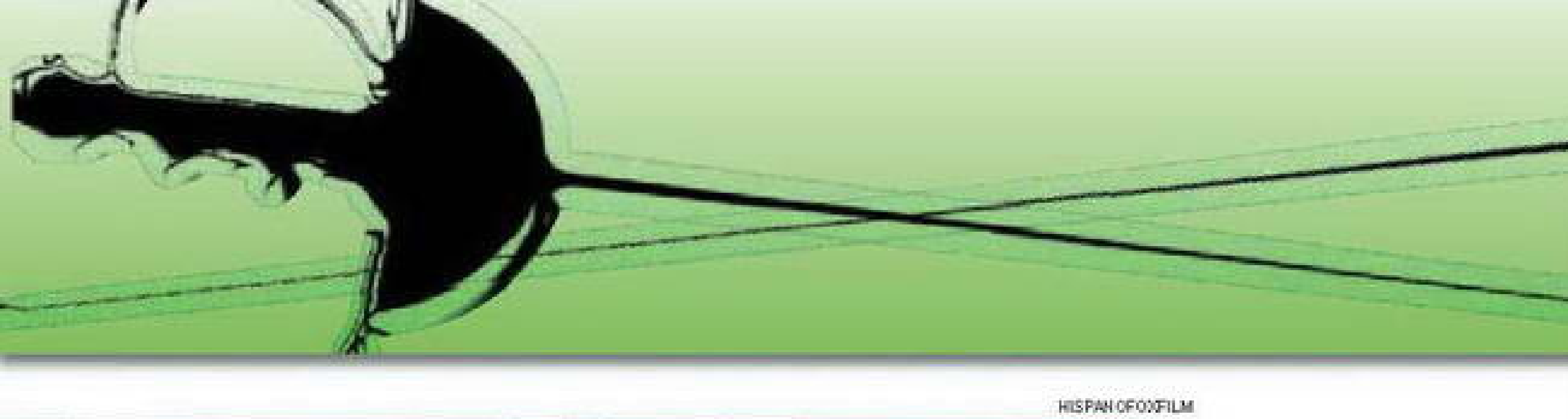


Número 9 / 2007 • 2,80 Euros (Spain only)
muy HISTORIA
DOSSIER
Retratos de los Austrias
Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II
www.muyinteresante.es
Ricardo García Cárcel
"La Leyenda Negra fue fruto de nuestro victimismo"
Nuestro
Siglo de Oro
La España de Alatriste
Printed in Spain. Canarias: 2,95 € (sin IVA), incluido transporte
Pícaros y busconas • Explosión creativa • Decadencia del Imperio • Vida cotidiana de Velázquez • La España del XVII vista por los extranjeros • Un Reino en bancarrota • Inquisición: el FBI de los Austrias • La edad dorada y oscura, por Carlos M. Shaw



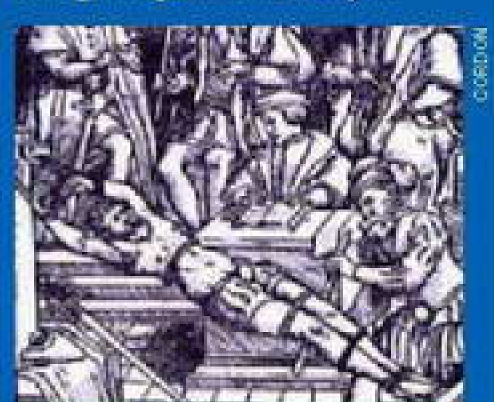
SUMARIO



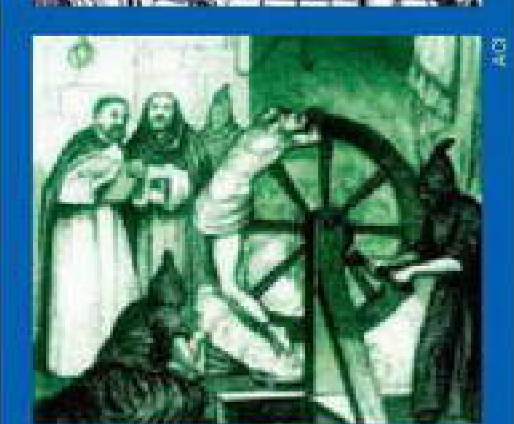
HISPANOFOXFILM

¡Al ataque, mis piqueros! *Los tercios españoles combaten en una escena de la película "Alatriste", de Agustín Díaz Yanes (2006). A pesar de algunos notables éxitos en combate, España fue perdiendo poco a poco su anterior poderío militar.*

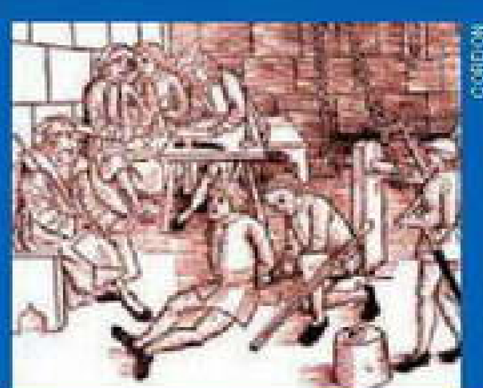
Policía eclesiástica *La Iglesia no sólo actuó como juez moral de los Austrias, sino también como diligente guardiana de su política. Para ello no dudó en emplear el "brazo armado" de la Inquisición, que utilizaba métodos como los que aparecen abajo.*



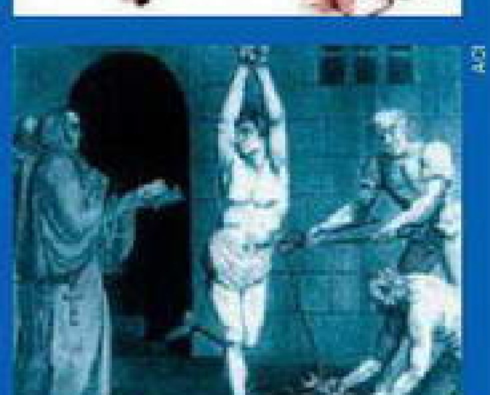
CORDON



ACI



CORDON

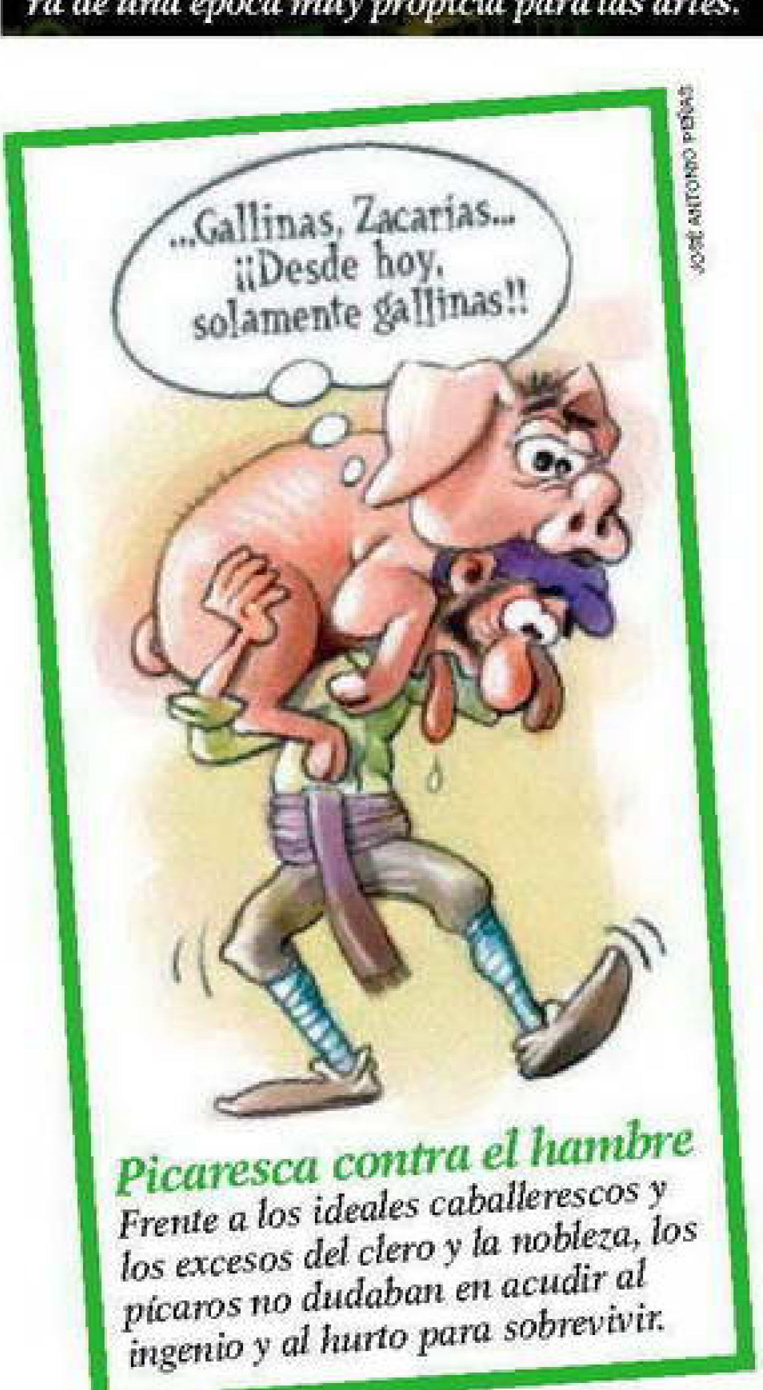


ACI



AGE

En la vanguardia de la Edad Moderna *La catedral de Granada marcó estilo en la arquitectura de una época muy propicia para las artes.*



JOSÉ ANTONIO PEÑAS

Picaresca contra el hambre *Frente a los ideales caballerescos y los excesos del clero y la nobleza, los pícaros no dudaban en acudir al ingenio y al hurto para sobrevivir.*



Los Austrias (Felipe III, en la imagen) no lograron conservar el vasto imperio que heredaron. Sin embargo, su declive político y social se vio compensado por el desarrollo creativo.

PRISMA



Luces y sombras del tiempo de los Austrias

Como recuerda en estas páginas Ricardo García Cárcel –uno de los grandes especialistas en nuestros siglos XVI y XVII– la cultura española del **Siglo de Oro** *(término universalmente reconocido y acuñado, por cierto, por un profesor de Harvard, George Ticknor, en 1849) es una herencia de la que todos deberíamos sentirnos orgullosos: "En dos siglos –dice– no hallaremos en ningún país europeo una producción artística y literaria comparable". Lo que resulta paradójico es que esta luminosa explosión de creatividad y talento coincidiera con una época de oscuridad política, dislates económicos y fundamentalismo religioso, sobre todo a partir de Felipe III (1598). Demos pues la voz a los expertos; pasen y lean: así fue la España de los Austrias, y también la de Alatriste, tan magistralmente narrada por Arturo Pérez Reverte en sus novelas.*

José Pardina, Director (jpardina@gyj.es)

Y los más Malos de España son...



Los lectores de ***www.muyinteresante.es*** *votaron online. El resultado difiere ligeramente de lo manifestado por los expertos en nuestro número anterior (Fernando VII resultaba ser "el más malo" de nuestra Historia). Ahora el general Franco gana por goleada, seguido de Sabino Arana.*



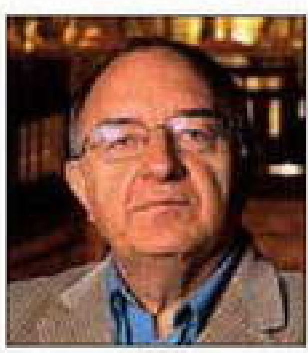
Nueva subdirectora

Licenciada en Historia por la Autónoma de Madrid, madrileña ella y periodista, alentadora del "buen ambiente" en las redacciones, Palma Lagunilla es nuestra nueva subdirectora. Enhorabuena.

Han colaborado en este número:



Carlos Martínez Shaw
Sevillano del 45, este catedrático de Historia Moderna en la UNED preside el Centro de Estudios de Historia Moderna "Pierre Vilar".



Ricardo García Cárcel
Catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona, es una autoridad mundial en la España de los Austrias.



Rocío García Bourrellier
Doctora en Letras, profesora de Historia Moderna en la Universidad de Navarra (Pamplona) y especialista en el Antiguo Régimen.



Eduardo Fernández
Madrileño del 71, doctor en Filología Clásica por la Complutense, se dedica a la docencia e imparte clases de crítica literaria.



Juan Antonio Guerrero
Historiador militar, periodista y escritor. Este sevillano, pacifista él, lo sabe casi todo sobre las guerras. Del apellido le viene...

FOTO DE PORTADA: NINES MÍNGUEZ/TRATAMIENTO DIGITAL: J.A.PEÑAS/MODELO: ÓSCAR ÁLVAREZ



Número 9 Enero de 2007

Nuestro Siglo de Oro. La España de Alatriste

Director
José Pardina (jpardina@gyj.es)
Director de arte
Santiago Mínguez, *adjunto a la dirección* (sminguez@gyj.es)
Subdirectora
Palma Lagunilla (plagunilla@gyj.es)
Diseño y Maquetación
Óscar Gómez, *jefe* (ogomez@gyj.es), Óscar Álvarez, *maquetador* (oalvarez@gyj.es)
Editora Gráfica
Manuela Arias (marias@gyj.es)
Edición
Ana Ormaechea (aormaechea@gyj.es) y Susana Santolaria (ssantolaria@gyj.es)
Han colaborado en este número:
Carlos Aguilera, Fernando Cohnen, Eduardo Fernández, Rocío García Bourrellier, Juan Antonio Guerrero, Miguel Mañueco, Ignacio Marina, Carlos Martínez Shaw, Nines Mínguez, José María Monlau, José Antonio Peñas, Alberto Porlan, Teresa Ricart, Francisco Solé, Jacobo Storch de Gracia
Redacción
Albasanz, 15. Edificio A. 28037 Madrid
Tel: 91 436 98 00 y 91 436 98 30
Fax: 91 575 91 28
E-mail: mhistoria@gyj.es
Suscripciones: suscripciones@gyj.es

UNA PUBLICACIÓN DE



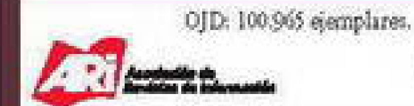
G y J España Ediciones, S.L., S. en C.
Presidente: Torsten J. Klein
Consejero Delegado: Carsten R. Moser
Director Gerente: Markus Kley
Producción: José Manuel Hernández
Distribución: Víctor de la Traba
Administración: Higinio Hijós
Planificación: Sonia Fuentes
Informática: Isidro Sánchez-Mayoral
Marketing y Comunicación: Isabel Colomina
Multimedi@: Marisa Moya

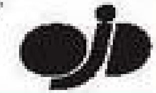
PUBLICIDAD
Directora: Elena Sánchez-Fabrés
Subdirector Madrid: Jesús González
Jefe de Grupo Madrid: Santiago Brioso
Jefe de Publicidad Madrid: Arantxa del Pozo
Coordinación: Marita Azcue
Albasanz, 15. Edificio A
28037 Madrid
Delegación Barcelona:
Luis Garcés (subdirector), Esperanza Fiallo (jefa de grupo), Javier Muñoz (jefe de publicidad) y Carlos Gil (coordinador)
Tel: 93 240 10 00 Fax: 93 200 72 69
Travesera de Gracia, 56 08006 Barcelona
Delegación Valencia:
Ramón Medina Mora
Tel: 96 391 01 91 Fax: 96 391 01 41
Quart, 2 puerta 2
46001 Valencia
Publicidad Internacional:
Silvia Dudda
Tel: 91 436 97 62

Distribución:
G y J España Ediciones, S.L., S. en C.
Albasanz, 15. Edificio A
28037 Madrid
Tel: 91 436 98 93
Precio del ejemplar:
2,80 euros (IVA incluido)
Canarias: 2,95 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
Ceuta y Melilla: 2,80 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
Depósito legal: M-35196-2005. ISSN 1885-5180

Fotomecánica: Gama Color
Impresión: Ruan S.A.

OJD: 100.965 ejemplares.







El triunfo del honor *En "Las Lanzas", Velázquez recrea la toma de Breda (Holanda) por los españoles. No hay humillación, sino respetuoso reconocimiento entre vencedores y vencidos.*

ASA

La edad dorada y oscura

Casi dos centurias de dominio imperial y una prolífica producción artística, dieron lugar a un singular y extraordinario periodo de nuestro pasado, conocido en todo el mundo como el Siglo de Oro español. Por **Carlos Martínez Shaw**

Dos incógnitas se ciernen a la hora de definir el Siglo de Oro español. En primer lugar, hay que decantarse por una acepción en sentido extenso y no únicamente referida a los logros del arte y de la literatura o de la cultura en general. Ésta es la opción adoptada por Bartolomé Bennassar en su libro "Un Siglo de Oro español". En él pasa revista a las coordenadas económicas, "El oro y la plata"; a la actividad política, "Los hombres del rey" y "España, territorio de paz", y a la vida cotidiana, "Los alimentos terrestres" y "Vivir en el Siglo de Oro". Pero también a la creación cultural, "La explosión artística" y "Los fastos del lenguaje", y a una amplia caracterización de este periodo: "La memoria selectiva que tenemos de una época en que España tuvo un papel dominante en el mundo, tanto en el terreno de la política como en el de las armas, la diplomacia, la moneda, la religión, las artes o las letras".

Esta definición nos enfrenta con el segundo dilema, el de la acotación cronológica. Si nos movemos en un territorio tan dilatado como el propuesto, el Siglo de Oro empezaría ya en la tercera década del siglo XVI, cuando Carlos I supera la crisis de las Comunidades de Castilla y de las Germanías de Valencia y Mallorca. A partir de este momento, se produce la consolidación del Estado Moderno, una monarquía absoluta con un perfeccionado sistema institucional. Mientras, la realidad socioeconómica se rige por los efectos de una coyuntura expansiva, que se dilata hasta las postrimerías de la centuria y que es perceptible en el auge de los distintos sectores y en una relativa movilidad social. Por otro lado, la política exterior asiste al despliegue imperialista, apoyado en la herencia territorial del soberano y la plata de América. La cultura, por su parte, inicia una andadura de extraordinaria creatividad, que en esta primera fase se expresa con las formas del Renacimiento. El siglo XVII conocerá, en cambio, un proceso de progresiva decadencia, que se manifestará en la economía, la convivencia social y las relaciones internacionales. Pero su producción cultural permitirá seguir hablando de un Siglo de Oro que adopta, ahora, las formas del Manierismo y del Barroco. La crisis económica se plasmará en el descenso de la población y en la contracción de sectores como la agricultura, la industria y el comercio, tanto interior como exterior. La convivencia interna se verá perturbada por viejos problemas políticos sin resolver, como la expulsión de los moriscos, las guerras de separación de Portugal y Cataluña y la disconformidad nobiliaria. Así como la rebeldía popular endémica, el bandolerismo, o esporádica, los motines andaluces, y los alzamientos campesinos catalanes y valencianos. Como colofón, la política imperial sufrirá un grave retroceso, debido a la falta de recursos por la caída de las remesas de plata y las insuficiencias de los expedientes desesperados de la Corona: mayor presión fiscal, manipulaciones monetarias y suspensiones de pagos. Todo ello se traslucirá en la derrota militar, el desmembramiento territorial y la pérdida de peso específico en el escenario internacional. Y, sin embargo, la cultura del Barroco prolongará los esplendores del Renacimiento, tanto en el campo del pensamiento como en el de la creación literaria y artística, ámbito en que el periodo no puede considerarse agotado hasta la última década de la centuria, con la desaparición de Calderón (1681), Murillo (1682) y Valdés Leal (1690).

En definitiva, el Siglo de Oro se extiende entre 1530 y 1690, es decir, durante ciento sesenta años. Aunque será menor en el terreno de las realidades materiales y de la hegemonía política que en el de la cultura, ésta se beneficiará de las otras. La cultura de este periodo no puede concebirse sin el proceso de acumulación de metales preciosos que tiene lugar entre la creación de las minas americanas y el descenso de la producción hacia 1630; sin la disponibilidad de divisas que hace posible la adquisición de obras de arte, los grandes programas constructivos, la contratación de artistas famosos, y la floración del coleccionismo real, aristocrático y eclesiástico.

Fina estampa
Sujeto con cuatro clavos, el "Cristo crucificado" inquieta y, a la vez, sosiega. Velázquez consiguió humanizar la escena religiosa con sobriedad.

COVER

Asimismo, hay que valorar el peso de la *pax* hispánica y de la exportación de la guerra hacia el exterior salvaguardando el territorio interior. De este modo, hay que convenir con Dennis Flynn en que si la plata americana pagó una serie de guerras improductivas, como lo son todas las guerras, también contribuyó al esplendor de la cultura y a la formación de un patrimonio intelectual y artístico que constituye hasta nuestros días uno de los mayores legados del pasado. Ciñéndonos al terreno de la producción cultural, es obligatorio trazar las líneas de las grandes corrientes intelectuales y artísticas de una época tan dilatada. Como preámbulo hay que decir que la producción cultural contó para su expansión con la difusión de la imprenta, pero también con las trabas del bajo nivel de alfabetización, común a todos los países europeos, y la censura vigilante de la Inquisición, que dictó prohibiciones contra todo tipo de libros: filosóficos, científicos, poéticos, novelescos, clásicos, modernos, españoles y extranjeros. Y, sin embargo, la cosecha cultural fue de una desbordante abundancia y originalidad.

El pensamiento renacentista encontró su primera inspiración en el manantial erasmista, como muestran la obra de Juan Luis Vives "De concordia et discordia in humano genere" (1529) o la de Alfonso de Valdés, que justificó el saqueo de Roma en su "Diálogo de las cosas de Roma" (1529), y su hermano Juan de Valdés, con "Diálogo de la lengua" (1535). Por su parte, Francisco de Vitoria fue el verdadero fundador de la reflexión política española del Siglo de Oro, con sus célebres clases magistrales "De Indis" y "De iure belli" (1539), que le convierten en el padre del moderno derecho internacional.

La teoría económica se desarrolló en la segunda mitad del siglo XVI al compás de la revolución de los precios y del déficit de la balanza comercial española. Sus máximos exponentes fueron los miembros de la llamada escuela de Salamanca: Martín de Azpilcueta, con "Comentario resolutorio de cambios" (1556), y Tomás de Mercado, con "Suma de tratos y contratos" (1571). Durante el siglo XVII fue la cuestión de los remedios para hacer frente a la decadencia económica la que movilizó a los llamados "arbitristas", como Martín González de Cellorigo, autor de "Memorial de la política necesaria y útil restauración..." (1600), o Sancho de Moncada, con su "Restauración política de España" (1619).

Las ciencias experimentales florecieron en España, en los ámbitos universitarios y en centros de investigación novedosos, como la Casa de la Contratación de Sevilla o la Biblioteca de El Escorial. Las necesidades de la economía y la política impulsaron el desarrollo de las ciencias aplicadas, en campos como la construcción naval; el arte de navegar –son famosos los manuales de Pedro de Medina o Martín Cortes, con los que aprendieron a navegar los marinos europeos–; la cartografía o la minería, con la invención de la amalgama de la plata, que permitiría la llegada al viejo continente de los tesoros americanos. La medicina siguió los pasos que se estaban dando en Europa, con nombres ilustres como los de los médicos humanistas Andrés Laguna y Juan Huarte de San Juan, autor de una de las obras más editadas de los tiempos modernos: "Examen de ingenios para las ciencias" (1575). Se sucedieron aportaciones originales, como el descubrimiento de la doble circulación de la sangre, por Miguel Servet, las obras basadas en la experiencia americana de Francisco Hernández –comisionado por Felipe II para investigar en México sobre la flora y la materia médica– y de Nicolás Monardes, que estudió las plantas del Nuevo Mundo y su valor farmacológico, en su jardín botánico sevillano.

La plata americana pagó las guerras, pero también la creación de nuestro mayor patrimonio artístico

La literatura renacentista cultivó distintos géneros, en verso y en prosa. Si la poesía de inspiración italiana tuvo en Garcilaso de la Vega su máximo intérprete, la generación de Felipe II se ilustró con las delicadas odas horacianas de Fray Luis de León. La novela, por su parte, produjo notables ejemplos en el género picaresco, como "El Lazarillo de Tormes" (1554), y en ▶



COVER



AISA

Espíritus libres
El pueblo no siempre apoyó los delirios de grandeza del Imperio y contestó con el bandolerismo –arriba, "Asalto a la diligencia", atribuido a Goya– o la sublevación (dcha., "Corpus de sangre" de Antoni Estruch).

el pastoril, con "Siete Libros de la Diana", del portugués Jorge de Montemayor (1557), y "Diana enamorada", de Gaspar Gil Polo (1564). Capítulo aparte merece Teresa de Jesús, con "Las Moradas" (1578), inspirada en sus experiencias místicas, y Juan de la Cruz, cuya obra lírica –escrita entre 1578 y 1584– le convierte en uno de los grandes poetas de todos los tiempos.

En el siglo XVII, la cultura responde a un periodo de crisis, y ofrece un escenario renovado a la exaltación del soberano absoluto, una imaginería al catolicismo triunfante, una ilusión a las clases populares, una expresión a los sentimientos de una época. Y lo hace apelando al gusto por la ostentación, al sentido del espectáculo, al placer de la extroversión, a la sofisticación del lenguaje, a la ruptura de las formas clásicas y a la llamada ambivalente del espíritu y los sentidos. El Barroco español alcanzó sus máximas cotas en el terreno de la creación literaria y artística, mientras que en el campo del pensamiento y de la ciencia, si bien se puede hablar todavía de una notable serie de teóricos de la economía, de tratadistas políticos y de algunos nombres señeros de la ciencia aplicada, la producción humanística y científica experimentó un visible retroceso. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo, coincidiendo con los postreros fulgores literarios y artísticos, apareció una corriente de renovación de las artes y de las ciencias, con el grupo llamado de los "novatores", cuyo espíritu anuncia ya una nueva época. En este siglo, destacan los poetas Francisco de Quevedo, representante del conceptismo, que escribe melancólicas composiciones morales junto a delicados poemas amorosos, y Luis de Góngora, máximo exponente del culteranismo, con la "Fábula de Polifemo y Galatea" (1613) y la inacabada "Soledades". El ensayo reverdece con dos grandes nombres, de nuevo el de Quevedo y el de Baltasar Gracián, autor de "El Criticón" (1651-1667). La narrativa prolonga géneros del periodo renacentista, como la novela picaresca, que añade nuevos títulos salidos de la pluma de Mateo Alemán, "El Guzmán de Alfarache" (1599-1604), y de Quevedo, "Vida del buscón don Pablos" (1626). Y, por último, la novela de Miguel de Cervantes "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha" (1605-1615) consigue sumar los anhelos y temores de una época. El Barroco, con su agudo sentido de la teatralidad, produjo asimismo el esplendor de la comedia clásica, cultivada por una pléyade de excelentes dramaturgos, como Lope de Vega, autor de éxitos como "Fuenteovejuna" y "El caballero de Olmedo", Tirso de Molina, creador de "El burlador de Sevilla y "El condenado por desconfiado", o Pedro Calderón de la Barca, célebre por "La vida es sueño" y "El alcalde de Zalamea".

La cultura del siglo XVII apela al gusto por la ostentación; a la llamada del espíritu y los sentidos

En el terreno de la arquitectura, si en la centuria anterior la mayor empresa constructiva fue el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, empeño personal de Felipe II y obra maestra de Juan de Herrera, el siglo XVII se distinguió por la edificación del Buen Retiro, un "palacio para un rey" –Felipe IV–. Aunque no dejaron de construirse muchos otros edificios, particularmente palacios, iglesias y conventos. La estatuaria, que había producido en el siglo XVI algunos notables ejemplos de retratismo áulico, se decanta ahora por la escultura devocional, y es la imaginería religiosa en madera, representada en Valladolid por Gregorio Fernández, y en Sevilla por Juan Martínez Montañés y sus seguidores, la que sobresale. Es el tiempo de la edad de oro de la plástica española, con un predominio absoluto de la devocional sobre el retrato cortesano, la naturaleza muerta, el paisaje o la temática mitológica. Aparecen grandes nombres como Doménico Theotocopuli o "El Greco", José de Ribera, Francisco de Zurbarán, Bartolomé Esteban Murillo y Diego de Silva Velázquez, quien produce obras maestras en casi todos los géneros: retratos áulicos, óleos para la glorificación de la Monarquía, "La rendición de Breda"; obras religiosas, "Cristo crucificado"; cuadros de tema mitológico, "La Venus del Espejo" y "Las Hilanderas"; o escenas de la vida cortesana, "Las Meninas".

Se olvida con frecuencia que también la música hispana conoció su edad de oro. La polifonía contó con Cristóbal de Morales y Francisco de Guerrero, en Sevilla, y con Tomás Luis de Victoria, en Madrid. La música para cuerda y clave encontró, por otra parte, a un gran compositor y teórico en Diego Ortiz, y hay que añadir una sobresaliente serie de vihuelistas, guitarristas y organistas. Finalmente, la unión de la música y el teatro produjo en el Barroco la aparición de las primeras óperas y de las primeras zarzuelas españolas. ■



CARLOS AGUILERA

PRISMA

Pobres, pero con arte

Arriba, mapa con los límites del Imperio hispano en tiempos de Felipe IV –izquierda, pintado por Velázquez–. Su reinado supuso el fin del poderío español, pero dejó un valioso legado cultural.



CINCO ESCENARIOS PARA UNA ÉPOCA

Tras la huella de los Austrias

Buscando un marco para nuestro Siglo de Oro, viajamos a Madrid, cuya capitalidad quedó entonces establecida. Partimos después hacia los territorios que España trató en vano de mantener, y admiramos también los centros donde se guardó y exhibió la cultura. Por Ana Ormaechea

Un regio laboratorio de alquimia cultural

"Hai excomunión (...) contra qualesquiera personas que quitaren, distraxeren o de otro qualquier modo enagenaren algún libro, pergamino o papel de esta biblioteca". La placa que recibe a los visitantes de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial muestra el orgullo que Felipe II sentía por el archivo, cuya construcción ordenó a Juan Bautista de Toledo y, posteriormente, a Juan de Herrera. El perfeccionismo que el monarca persiguió fue tal, que mandó colocar los libros con los lomos hacia el interior y dorar las cantoneras de todos los textos para que hicieran juego con la espectacular bóveda decorada por Peregrín Tibaldi. Las estancias que componen este archivo constituyen una joya artística, tanto por su singular arquitectura, como por los fondos que albergan. Entre sus más de 40.000 volúmenes se encuentra el "Códice Áureo" (s. XI), escrito en letras de oro, o las "Cantigas de Santa María" de Alfonso X el Sabio (s. XIII).

AGE


46

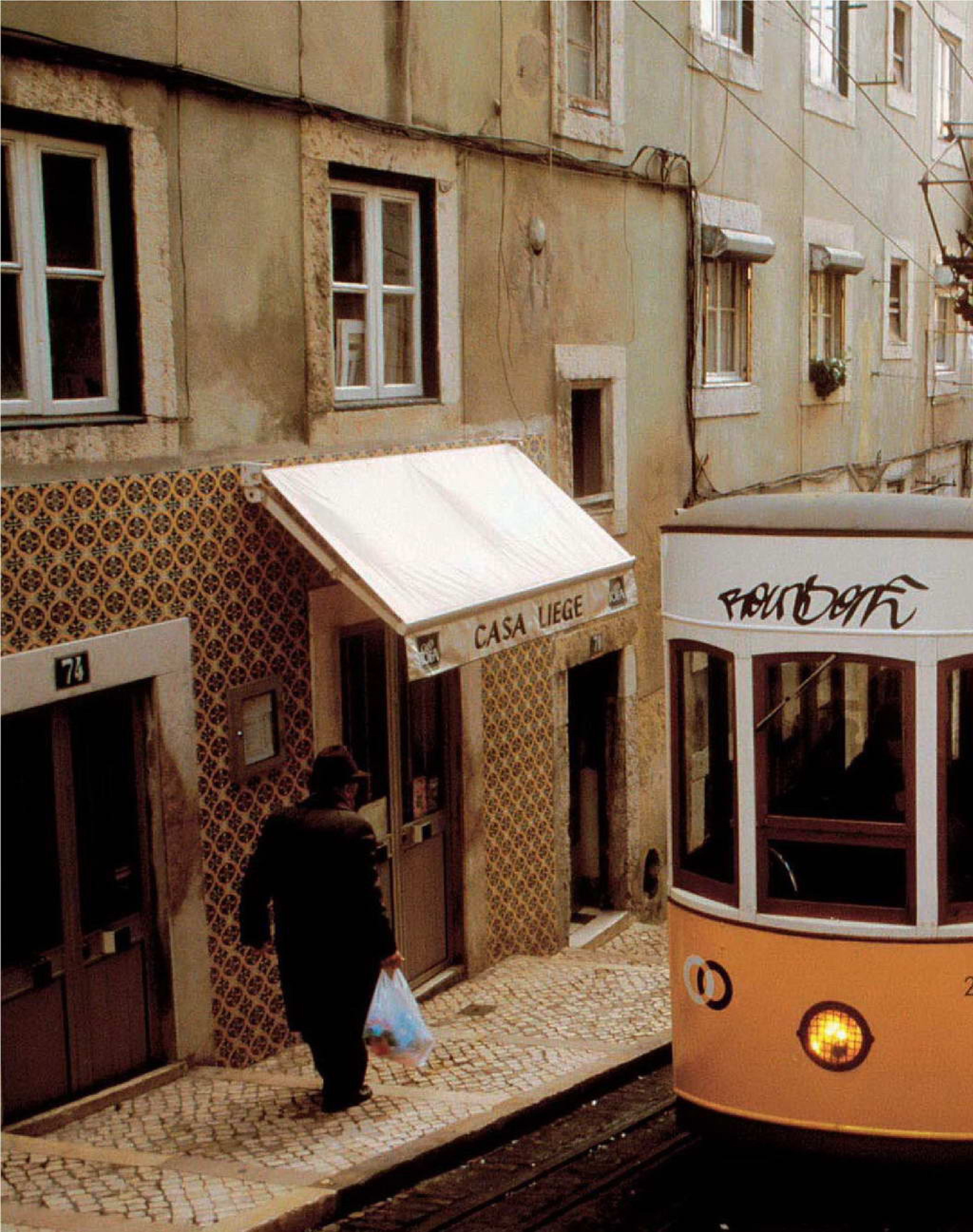


¡Una de calamares y una de horca!

Autos de Fe y ejecuciones públicas; mercado de abastos y corridas de toros. Así de heterogénea y abundante es la lista de actividades que la Plaza Mayor de Madrid ha acogido desde que, en 1561, Felipe II encargara la remodelación de la Plaza del Arrabal para darle el aspecto que muestra hoy. Presidida por la Casa de la Panadería (dcha.) y la Casa de la Carnicería (izda.), sus soportales fueron el centro comercial del Siglo de Oro madrileño. Bajo sus arcos se instalaban los tablajeros, comerciantes que, tras pagar su licencia, recibían la *tabla* en la que instalaban carne, seda o cáñamo. Y si el pueblo frecuentaba los porches, los nobles se instalaban en los balcones –previo pago de 12 escudos– para contemplar los ajusticiamientos, cuyo patíbulo se instalaba ante la Carnicería, si era de cuchillo, o frente a la Panadería, si era horca.

ESMD




CASA LIEGE
74



Prueba y error de unidad ibérica

Hace apenas cuatro meses, el semanario luso "Sol" publicaba una encuesta en la que el 70% de los portugueses se mostraba contrario a una hipotética unificación con España. Aunque resulte singular que el iberismo continúe siendo tema de debate tras siglos de guerras y tentativas, lo cierto es que fue una realidad durante casi una centuria. El camino de ambos reinos se cruzó en 1580, cuando, tras fallecer sin descendencia Sebastián I de Portugal, Felipe II alegó derechos sucesorios maternos. Comenzaba así una época muy criticada por la historia lusa, que atribuye al mal gobierno de los Austrias la pérdida de muchas de sus colonias. Ciertamente, la dificultad de gobernar un imperio de tales dimensiones debilitó la autoridad real y, en 1640, los nobles lusos se rebelaron, reclamando la corona para Juan IV. España no renunció fácilmente y luchó hasta 1668, cuando finalmente reconoció su independencia (en la foto, una calle de Lisboa).

AGE





¡Que empiece ya, que el público se va!

A las dos de la tarde, y portando cada uno su vaso de aloja –mezcla de miel, agua y canela–, entra el público del siglo XVII en el Corral de Comedias de Almagro. Cada asistente debe pagar tres entradas: una en la puerta, otra destinada a la Hermandad beneficiaria de la obra y una tercera para tener opción a sentarse –actividad en la que se afana el "apretador"–. Y es que don Leonardo de Oviedo debe recuperar los cinco mil ducados que ha invertido en edificar este corral, en el patio del Mesón del Toro, y que será el único en el mundo que permanezca sin apenas modificaciones hasta el siglo XXI. La aristocracia se aposenta tras las celosías; el pueblo llano, en el Patio de Mosqueteros; los comerciantes, en las gradas laterales; y las mujeres, en la Cazuela. Es necesario, además, no exaltarse, para evitar que el "mantenedor de orden" haga uso de su garrote. Y, así, ya dispuestos, dan comienzo las cuatro horas de representación.

COVER

ENTREVISTA CON RICARDO GARCÍA CÁRCEL

"A finales del siglo XVI se configuran nuestros caracteres nacionales"

Con su profundo conocimiento de nuestro Siglo de Oro, este historiador alaba la pluralidad cultural e ideológica de la época pero nos recuerda que había dos Españas muy distintas: la oficial, que malgastaba el oro de América; y la real, que casi se moría de hambre. Por **Teresa Ricart**

Gran parte de su carrera profesional ha estado dedicada al Siglo de Oro. Como especialista en la materia, ¿podría contarnos cuáles son los aspectos determinantes de la historia de España en esta época?

-Uno de los temas que han marcado mi vida profesional es la Inquisición. En un principio, de esta institución me interesaba lo que siempre ha cautivado a la historiografía progresista: adjudicarle la responsabilidad de los problemas del país, la cerrazón española y los conflictos históricos con las libertades de pensamiento. Luego, más allá de la Monarquía y la Inquisición como grandes culpables de los males españoles, descubrí la pluralidad cultural del Siglo de Oro. No se trata de una cultura apelmazada por las grandes instituciones, con intelectuales orgánicos al servicio del poder, que los hay, sino de una pluralidad inmensa de ofertas culturales de distinto signo ideológico. La segunda novedad que ha marcado mi vida intelectual posterior ha sido el descubrimiento de algo que está muy de moda en España: el concepto de representación. En el Siglo de Oro encontramos una cultura enormemente mediática, obsesionada por la imagen.

Los reyes españoles actuaban en función de un criterio dominante y obsesivo, lo que ellos llamaban la reputación, la fama. Vendían España a través de una proyección mayestática de sí mismos, con el despliegue escénico de su figura en desfiles y procesiones. Lo que les obsesionaba no era mandar en Flandes porque fuera rentable económicamente, sino demostrar que el imperio era brillante en todo su esplendor. El gran problema era la distancia abismal entre la España oficial y la real, que pagaba el precio del país imaginario fabricado por la corte. Y uno de los motivos fundamentales de esa preocupación por la imagen era la *leyenda negra*.

-¿Dónde nace esa famosa leyenda negra*? ¿Se trata de una ficción o se basa en hechos ciertos?*

-Es un término que acuñó un historiador de segunda fila, Julián Juderías, a principios del siglo XX. Estaba obsesionado por la idea de que España había sido víctima de una estrategia de persecución por parte de los países europeos desde la noche de los tiempos. Y a eso le llamó *leyenda negra*, un término que ha tenido una fortuna enorme.

Yo escribí un libro que se llamaba "Leyenda negra, historia y opinión", en 1992, en plena euforia preolímpica, precisamente para enterrar el mito de la persecución hispánica. Teníamos que superar el complejo de inferioridad que arrastrábamos, asumir que somos Europa y que eso que llamamos *leyenda negra* es inherente a cualquier nacionalismo. La batalla de la opinión nacional es viejísima y creer que España es el único país que se ve sometido a ella forma parte de un delirio heredado de la Generación del 98. Juderías era hijo de ese victimismo generado por la pérdida de Cuba y Filipinas.

-Valga decir que la España de los Austrias que ha pasado a la posteridad es muy negra. Paseando por las salas de Velázquez, en el Museo del Prado, se hace patente que todo el mundo viste ropa oscura. En las cortes extranjeras, los españoles aparecen reservados y tristes... ¿Tan negra era en la realidad?

-Eso viene muy marcado por la imagen de Felipe II, sobre todo a partir de la muerte de su hijo primogénito en 1568. Don Carlos falleció en circunstancias "oscuras". Parece claro que hubo una responsabilidad del padre en la muerte del hijo, cosa que ya en su tiempo motivó un escándalo notable en las cortes europeas y es una de las fuentes de la *leyenda negra*. Aquí es un hecho que se ha silenciado, un tema políticamente muy incorrecto.

Lo que sí está claro es que la muerte de su hijo le condicionó traumáticamente y el último Felipe II era un hombre marcado por el sentimiento trágico de la vida. Pero la sociedad, a pesar de que la corte influía mucho, tenía otras reglas de juego. Era una sociedad lúdica, festiva, en la que la sexualidad estaba en situación efervescente y la Inquisición, contrariamente al tópico, nunca se metió debajo de la cama de los españoles. El Santo Oficio era muy laxo en el tema de las costumbres; lo que prohibía era hacer ideología del sexo.

"La Inquisición nunca se metió debajo de la cama de los españoles; lo que sí prohibió fue hacer ideología sexual"

-¿La Inquisición está situada por encima del poder real, especialmente en la época de los monarcas más débiles, los sucesores de Felipe II?

-Esta es una vieja polémica cuya respuesta tiene que ser forzosamente ambigua. Hay dos opiniones clásicas, y yo diría que hasta tres. Una es que la Inquisición es una institución al servicio estricto de la Monarquía. El rey, es cierto, nombraba a los inquisidores generales y su máxima autoridad. Esto quiere decir que hay una voluntad permanente por parte de la Monarquía de instrumentalización política de la institución eclesiástica.

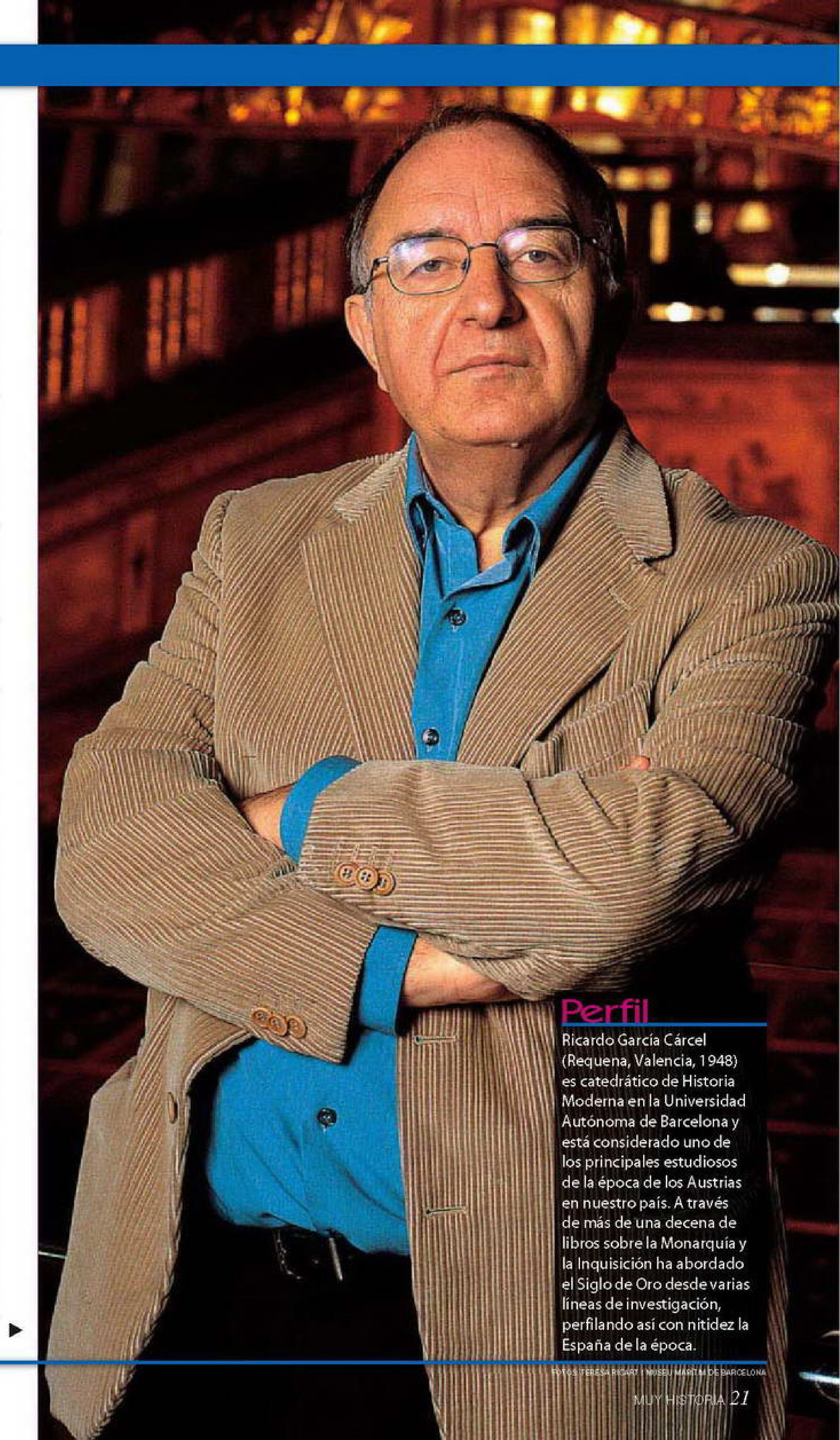
Otra versión sostiene que la Inquisición es una institución eclesiástica, una variante de la vieja jurisdicción de la Iglesia (que inicialmente tenían los obispos) para perseguir a los herejes. A estas dos respuestas hay que añadir una tercera en la que hoy en día todo el mundo está de acuerdo: la Inquisición fue un instrumento de poder muy apetitoso de manejar y que, a lo largo del tiempo, sirvió a la Iglesia o al Estado en función de la correlación de fuerzas entre ambos.

-Un auténtico poder en la sombra...

-Fue un poder intimidador. Desde mi punto de vista, la fuerza de la Inquisición no está tanto en la represión que ejerció sino en el imaginario que generó. Dicho de otra manera, lo más grave no fue la censura en sí misma, sino la propia autocensura que se aplicaron los españoles, expuestos a la mirada inquisitiva.

-Pero es también en este siglo cuando florecen pensamientos que sólo por su creatividad no podían responder a ninguna disciplina o imposición externa.

-La cultura del Siglo de Oro plantea dos paradojas muy dignas de mención. Una es la que me está usted planteando: cómo se explica su brillantez a la luz de una Inquisición que lastra el desarrollo de la libertad de expresión. La segunda paradoja sería: ¿cómo se explica que en una Europa en plena ofensiva de ▶



Perfil

Ricardo García Cárcel (Requena, Valencia, 1948) es catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona y está considerado uno de los principales estudiosos de la época de los Austrias en nuestro país. A través de más de una decena de libros sobre la Monarquía y la Inquisición ha abordado el Siglo de Oro desde varias líneas de investigación, perfilando así con nitidez la España de la época.

FOTOS: TERESA RICART / MUSEU MARÍTIM DE BARCELONA

"A los españoles del XVII se les reprochaba el orgullo excesivo, la tosquedad y una cierta religiosidad barroca y ceremoniosa"

leyenda negra contra España se de tal floración de traducciones de obras españolas al francés, al inglés o al italiano? Los europeos estaban fascinados por las obras de Cervantes, Quevedo o Lope.

En cuanto a la primera, tampoco es nuevo el hecho de que la censura a veces tiene efectos positivos. La propia cultura del Siglo de Oro realizó despliegues imaginativos para sortear los obstáculos que ofrecía la represión cultural, y ese tipo de ingenio alternativo pudo influir positivamente en su desarrollo. Respecto a la otra paradoja, una cosa es la crítica descalificadora de la Monarquía española y otra la admiración que esa cultura generó en Europa.

-Cuando hablamos del Siglo de Oro, ya planteamos una España económicamente quebrantada.

-Sí, con la contradicción enorme de que, por una parte, era una España a la que llegaba un verdadero aluvión de metal precioso procedente de América y, por otra, era un país que se moría de hambre. Y ahí está el problema: la mala administración. Las novelas de Arturo Pérez Reverte siempre plantean el mismo problema: el potencial real del país que se estaba desaprovechando en beneficio de una clase nobiliaria parasitaria, de un lujo cortesano desmedido, de un derroche de recursos.

Hay una condición humana que Pérez Reverte glosa, fascinado por las virtudes del españolito corriente y moliente, del pobre diablo que es enviado a luchar, sin saber muy bien porqué, a los Tercios de Flandes.

-En la saga del capitán Alatriste, precisamente, un espadachín italiano le reconoce como español porque "los españoles son orgullosos y toscos". ¿A qué respondería esta idiosincrasia nacional?

-A finales del siglo XVI, desde fuera de España empiezan a configurarse lo que podríamos llamar "caracteres nacionales", y surgen toda una serie de atributos que van en esta línea. A los españoles se les acusa de religiosidad excesiva, barroca y ceremoniosa; de orgullo, de violencia y de tosquedad. ¿Era esto real? **Normalmente suele ocurrir que hay un fondo de realidad que se acaba convirtiendo en un arquetipo, al que la propia literatura ayuda.**

Nuestros grandes arquetipos literarios –don Quijote, don Juan Tenorio y la Celestina– ponen de relieve el contraste entre lo que eran los españoles y lo que a ellos les gustaría ser. Este contraste de la realidad y lo imaginario lo representan maravillosamente don Quijote y Sancho Panza. O el contraste entre el amor idílico y la mediocridad de una intermediaria sentimental en La Celestina. Los europeos se deleitan fustigando esa vertiente nuestra.

-De nuevo la leyenda *negra...*

-Cuando he vuelto sobre este tema me he dado cuenta de una evidencia: la imagen negativa que de España han dado los demás países tiene una raíz en nuestra propia autocrítica. El reto es analizar el complejo de inferioridad hispánico, el porqué de esta obsesiva tendencia a autofustigarse. Deberíamos detectar porqué la colonización española ha generado obras como la de Bartolomé de las Casas, merecidamente críticas con el régimen colonial español y, sin embargo, **la colonización anglosajona no lo ha hecho. Eso me ha llevado a lo que podemos llamar la fragilidad de la propia construcción nacional española. Al final, el tema que me apasiona son las raíces de la debilidad del nacionalismo español.**

-¿Y estas raíces se encuentran ya en nuestro Siglo de Oro?

-Yo creo que sí, porque es en esta época cuando lo hacen los demás países europeos. Francia construye un Estado sólido del que se barren identidades sin ningún tipo de problema e Inglaterra exactamente lo mismo. Sin embargo, España no llega a tener una conciencia nacional definida **hasta la Constitución de Cádiz y, aun así, será con problemas. Los Austrias reinaban sobre un puzle territorial yuxtapuesto donde las únicas instituciones comunes con jurisdicción en todo el territorio eran la Monarquía y la Inquisición. Creo que la gran frustración de aquella España fue la de no haber sabido construir un Estado-nación al gusto de todos los españoles, un problema que arrastramos todavía.**

-En definitiva, más allá de polémicas, leyendas y contradicciones, ¿qué es aquello de lo que los españoles podríamos estar verdaderamente orgullosos de nuestro Siglo de Oro?

-De la cultura. En dos siglos no encontramos en ningún país europeo una producción comparable a la literatura española de aquella época. ■

Conocimiento de causa

"La Inquisición" y "La Leyenda Negra" son sólo dos títulos de los más de diez libros que García Cárcel ha firmado sobre la España de los Austrias y la imagen que ésta dio en Europa.



El escenario elegido

La entrevista a García Cárcel se realizó en el marco de las Reales Atarazanas de Barcelona –hoy Museo Marítimo–, donde se construyeron las galeras de la Armada que fueron a Túnez a mediados del siglo XVI.



En Flandes se pone el sol

Los tercios españoles dominaron los campos de batalla europeos hasta el siglo XVII, cuando su hegemonía fue desbordada por la acumulación de frentes abiertos. Por **Juan Antonio Guerrero**

Ya fe que resultaba bizarra y de admirar la apariencia de aquellos dos tercios inmóviles en mitad de los prados, con sus banderas en el centro del bosque de picas y sus mangas de arcabuces y mosquetes cubriendo el frente y los flancos, mientras los suaves desniveles del terreno en los diques cercanos se iban cubriendo de enemigos en pleno avance." ("El Sol de Breda", Arturo Pérez-Reverte).

Tan gallarda descripción perfila a la perfección no sólo la disposición táctica de los más temidos soldados de la época sino también las razones de su éxito en combate y quizás, incluso, las de su declive. Los tercios de infantería española fueron, durante casi dos siglos, las más poderosas armas con las que se forjó un imperio. Decreció su liderazgo a principios del XVII, cuando sus enemigos, que les habían imitado, temido y admirado fueron encontrando fórmulas para neutralizarles en combate. No fue, sin embargo, una tarea fácil ni repentina. A pesar de algunas derrotas de importancia, los tercios continuaron siendo una herramienta bélica de primera magnitud y sólo la evolución técnica y el genio militar de algunos de sus adversarios más formidables conseguirían finalmente su definitivo ocaso. Los tercios eran unidades de intervención inmediata, de carácter expedicionario



Rocroi, el principio del fin

La derrota en Rocroi ha sido considerada como el final de los tercios y marcó el principio del declive militar español. El capitán general Francisco de Melo, al mando de un ejército de 27.000 hombres –que contaba con regimientos italianos, valones, alemanes y borgoñones–, había sitiado la ciudad francesa de Rocroi. La batalla comenzó cuando una fuerza gala de 22.000 hombres, al mando del duque de Enghien, llegó en auxilio de la localidad. El ala izquierda de la caballería imperial la formaban los jinetes de Flandes y el ala derecha, escuadrones alsacianos, mientras que la artillería se situó en el frente. El despliegue francés colocó también a la caballería en las alas, como era habitual, pero intercalando tropas de infantería (1 y 3). En el centro, la infantería formó en dos líneas y en reserva se situaron tropas mixtas de infantería y caballería. El ala izquierda y el centro franceses resultaron duramente castigados por la artillería y la caballería imperiales (2 y 4), pero ésta no consiguió que cedieran. Mientras, el ala derecha de Condé arrolló a sus oponentes, empujando a los tercios valones y alemanes a la huida (6), para luego cargar contra los tercios españoles e italianos del centro (5). Después de seis cargas, resistidas por los españoles, el ejército de Condé estaba ya bastante desorganizado. Sin embargo, Condé ofreció capitular a los dos escuadrones españoles que resistían: uno aceptó a condición de que los supervivientes pudieran llegar a España, pero el otro no. A estas alturas, Condé sabía ya que el barón de Beck, que estaba en las cercanías estorbado por la masa en retirada, no podía socorrerles y comenzó a bombardearlos hasta que finalmente capitularon. Los franceses capturaron 3.800 prisioneros de los que unos 2.000 fueron entregados en Fuenterrabía y otros 1.500 serían intercambiados en 1646. Se han cifrado las bajas en 8.000 muertos imperiales y 2.000 franceses, aunque éstos fueron probablemente más de 5.000.

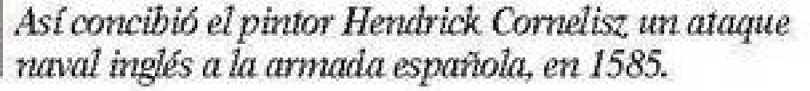
¡A por ellos! *De esta guisa (arriba) ha recreado Agustín Díaz Yanes en "Alatriste" (2006) la batalla de Rocroi –croquis derecho–, que supuso el principio del fin de los célebres tercios españoles.*

La Armada pierde poder

Una de las causas estratégicas del declive imperial español fue el repliegue de la política naval y la consiguiente decadencia del poder marítimo. Imposibilitada la comunicación con los Países Bajos por esta vía, no quedó otra opción que mantener abierto el costoso y difícil corredor terrestre a través de la cuenca del Rin. Fue una debilidad logística y militar, que se convertiría en el principal factor de desgaste del esfuerzo bélico en Europa. Contraria era la situación en otros países, dado el crecimiento francés en el continente y el auge de las armadas británica y holandesa, que posibilitaron a estos países su transformación en sendos imperios a costa, principalmente, de las colonias españolas de ultramar. La derrota de la Invencible durante el reinado de Felipe II y las posteriores acciones contra Inglaterra, Irlanda y los Países Bajos –en su mayoría infructuosas– llevaron a los españoles a preferir la guerra terrestre al poder naval, olvidando así una tradición de siglos.

Con la muerte de Isabel I de Inglaterra y la subida al trono de Jacobo I –hijo de María Estuardo– se desperdició una espléndida ocasión para que una España, navalmente debilitada, aprovechara el nuevo estado de paz con los ingleses y se lanzara a una política de construcciones que vigorizara el antiguo poderío. No fue así y Felipe III cedió frente a Holanda, reconociendo su independencia y acordando también la libertad del comercio con las Indias. Desde entonces, las flotas, cada vez más numerosas, no dejaron de asolar el litoral de las colonias y de amenazar las propias costas españolas. Esto obligó a la armada a repartir sus escuadras para protegerlas y asegurar así el tráfico mercante, continuamente hostigado por piratas y corsarios.





Así concibió el pintor Hendrick Cornelisz un ataque naval inglés a la armada española, en 1585.

y multinacional, formadas por alemanes, borgoñones, españoles, irlandeses, italianos y valones. Componían así una verdadera élite de veteranos y experimentados soldados, regulados por la ordenanza de 1636. Cada tercio estaba formado, como mínimo, por diez compañías de picas y dos de arcabuceros. En la práctica, la composición real podía ser muy variada.

Una compañía constaba de un pie de unos 200 hombres, mandados por un capitán con su paje y un alférez. Dos tambores y un pífano transmitían las órdenes, y completaban el cuadro final un furriel, un barbero y un capellán. Normalmente, el capitán era un hombre con amplia experiencia militar y que había ascendido por méritos cuya responsabilidad incluía la recluta de los hombres. El alférez era su hombre de confianza y portaba la bandera de la compañía, que solía ser diseñada por el propio capitán. Los sargentos –armados con alabarda–, además de velar por la disciplina, se encargaban de la instrucción y de las necesidades básicas de sus soldados. Una verdadera institución de los tercios era la denominada "camarada", hombres que se repartían las tareas rutinarias y mantenían fuertes lazos de solidaridad, acogiendo a nuevos reclutas a los que transmitían las tradiciones y valores de la compañía.

La larga duración de las guerras diezmó y empobreció a los europeos

La fuerza del tercio no residía sólo en las picas, sino en una inteligente combinación de los hombres y las armas, complementándose de forma que bajo un mando hábil resultaban una fuerza irresistible. Con todo, con el declive del imperio, los tercios se convirtieron en otro tipo de unidades, como los regimientos, más flexibles tácticamente. Sin embargo, el cambio más importante se produjo en el método de reclutamiento mediante un sistema centralizado, en el que la lealtad del soldado pasó del capitán al monarca. En España, esta medida sólo sería efectiva con la llegada de los Borbones. El siglo XVII europeo se vio sacudido por una larga sucesión de conflictos de cruenta naturaleza, como la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) o la sostenida por España en Flandes, también llamada de los Ochenta años (1572-1648). La duración de estos conflictos fue tal que se superpusieron en muchas ocasiones y tuvieron una gran repercusión en la demografía –la población se vio considerablemente reducida– y en la economía, con un empobrecimiento generalizado de las capas medias y bajas. En muchas ocasiones fueron verdaderas guerras ilimitadas, que se combatieron entre centenares de miles de mercenarios, que tanto eran



"La expugnación de Rheinfelden"
En esta batalla, que recreó Vicente Carducho (dcha.), el duque de Feria recuperó la ciudad suiza, clave en el corredor estratégico español.



La fidelidad a una bandera era tan rara como el concepto de nacionalidad, por lo que resultaba habitual enrolar a personas de toda procedencia

víctimas como verdugos, ya que muchos de ellos se enrolaban para evitar la miseria o la muerte. La consecuencia de estos conflictos fue que asolaron los campos y las ciudades de Europa en un sinnúmero de campañas, asedios y batallas campales.

En 1648, cuando la paz de Westfalia terminó con esta inacabable sangría, las ruinas eran el paisaje ordinario de Europa, que había perdido casi ocho millones de personas, entre las que no se contaban los casi 400.000 muertos en combate. En un único distrito de Turingia, en el corazón de Alemania, sólo quedaron en pie 627 casas de 19 pueblos que, antes de la guerra, contaban con 1.717 hogares. De los casi 35.000 pueblos bohemios, poco más de 6.000 estaban todavía habitados, y la población había descendido de dos millones hasta apenas 700.000 personas.

El hambre llegó a tales extremos que se produjeron numerosos casos de canibalismo y la superstición retornó hasta tal punto que las ejecuciones de brujas en la hoguera alcanzaron cifras espeluznantes. En sólo dos años, el obispo de Würzburg sentenció a muerte a unas 9.000 personas, la mayoría mujeres; y, en la mitad de ese tiempo, en el Principado de Neisse, un millar más alcanzó el martirio por la misma causa. La realidad fue que, con la importante excepción de Suecia, las fuerzas armadas del XVII estaban formadas por voluntarios. La motivación más habitual era escapar de la miseria imperante, gracias a la prima de enganche –una cantidad importante muchas veces– y a los honorarios o soldada. También había entre los alistados criminales, ladrones y huidos de la justicia o de las deudas.

Un gran esfuerzo logístico llevó a construir numerosas plazas fuertes

El ejército era, al tiempo, un asilo donde encontrar refugio y sustento y, en muchas ocasiones, una oportunidad para enriquecerse o mejorar el patrimonio personal, ya que el saqueo era un derecho generalmente reconocido. Sin embargo, el reclutamiento no lo realizaban los soberanos, sino una especie de intermediario militar –hoy les llamaríamos empresas de trabajo temporal– que recibía de las autoridades el permiso para organizar las unidades que se precisaban. Los de menor categoría alistaban regimientos o unidades menores, pero no faltaron los grandes empresarios-soldados como Karl von Mansfeld o Albrecht von Wallenstein, que llegaron a organizar ejércitos de hasta más de 100.000 hombres.

Naturalmente, el salario era entregado a estos organizadores, que descontaban del importe los gastos de mantenimiento, alimentación, ropa y, a veces, las armas y otros servicios. No era infrecuente pues, que a los soldados no les llegase nada o casi nada, con lo que solían abundar las deserciones –especialmente antes de las batallas o en los primeros momentos de las mismas– y los robos, abusos y otras tropelías contra la población civil. La fidelidad a las banderas nacionales era tan inexistente como el con-



El día y la noche
Aunque Rembrandt (1606-1669) representó una escena diurna de la compañía del capitán Frans Banning, el cuadro ha pasado a la historia como "Ronda de noche".

Armas

La organización armamentística del Gran Capitán se mantuvo vigente hasta el Siglo de Oro. A partir de este momento, los tercios españoles realizaron serias modificaciones, como prescindir de los escudados, mientras que a la espada, la pica y el arcabuz se sumaron los mosquetes. Fue una aportación del duque de Alba, que pretendía así aumentar la potencia de fuego de las tropas españolas.

Cómo utilizar un arcabuz
Para poder disparar, el arcabucero vertía en el arma (arriba) la pólvora, sirviéndose para *ello de la gualdera (junto a estas líneas). Los soldados llevaban la medida precisa de pólvora para un tiro en cada* ***uno de*** *los doce tubos sujetos* ***en bandolera*** *(abajo), llamados* ***los*** *"doce apóstoles". Después, encendían la mecha, envolvían la bala en un trapito y la empujaban hacia el interior. Ya sólo restaba apuntar bien...*

MUSEO DEL EJÉRCITO

La logística para aprovisionar a los ejércitos destinados lejos de su país originario se convirtió en un problema fundamental

cepto de nacionalidad o el de pertenencia a un Estado –salvo en zonas muy concretas como Suecia o Flandes– y era práctica común enrolar a gentes de todas las procedencias. Además, la norma era enviarlos a combatir a países diferentes del propio, para evitar así la debilidad con el enemigo. Finalmente, y aunque se contaba ya con una incipiente sanidad militar, la mortalidad alcanzaba cotas de hasta el 75 o el 80% ya directamente en combate a consecuencia de las heridas y amputaciones, o por las muchas privaciones y enfermedades.

En casi ninguna otra época fueron los ejércitos más dependientes de los recursos, lo que hizo crecer el esfuerzo logístico, obligando a constituir plazas fuertes y almacenes fortificados con guarnición fija para su defensa –hecho que ocasionó una gran dispersión de los efectivos–. Como ejemplo baste citar que, en 1648, cuando España cesó su lucha en Flandes, todavía mantenía más de 200 plazas en dicho territorio. Los ejércitos se vieron reducidos así en su movilidad, obligados a ir de plaza en plaza o por caminos muy poco preparados para los cientos o miles de carretas de abastecimiento. Viajaban, además, con ellos los seguidores de campamento, una humanidad formada por toda clase de profesionales, desde barberos hasta prostitutas.

La utilización de ríos y canales permitía aliviar tanto tráfago, pero no siempre estaban disponibles. Con todo, la consecuencia de alimentar a un ejército en marcha –o peor, estacionado– era que los campos, almacenes e industrias del camino se vieran arrasados por las razias, las requisas o las contribuciones más o menos obligadas. Hasta mediados de siglo no comenzaron a aparecer las intendencias para tratar de solucionar estos problemas. Resultó así que la geografía se convirtió en un factor determinante de las campañas y la logística en un elemento primordial en el arte de la guerra.

Por otra parte, el perfeccionamiento técnico y táctico de la artillería y de las armas de fuego portátiles comportó drásticos cambios en el modo de combatir. En el centro de las sólidas formaciones de infantería se encontraban los piqueros, soldados armados con picas o lanzas largas. Su origen se remonta a los campesinos suizos de los tres cantones originales que se enfrentaron al duque de Borgoña, Carlos el Temerario, entre 1475 y 1477. En los tercios españoles, ese núcleo central era denominado "cuadro de gente" y estaba constituido por 31 filas de 31 hombres, que ocupaban un rectángulo de terreno de unos 30 metros de frente por 70 metros de largo.

Los ingenieros renacentistas cambiaron el concepto de fortificación

En cada extremo del cuadro se agrupaban las llamadas "mangas de arcabuceros" y la formación completa recibía el nombre de "cuadro imperial". El conjunto resultaba prácticamente impenetrable, aunque de muy lenta y difícil maniobra, una de las razones por la que se requerían verdaderos soldados profesionales y no improvisados reclutas de leva. Imposibles de arrollar por la caballería con las tácticas acostumbradas de la carga y el choque directo, las mangas de mosqueteros aprovechaban su potencia de fuego para castigar a los atacantes. Sin embargo, el grueso calibre y el peso de sus armas –que precisaban de una

PRISMA

El *camino español*

Las necesidades logísticas de la guerra en los Países Bajos obligaron a organizar y mantener expedita una larga ruta terrestre. Salía desde Génova y transcurría por Milán, Piamonte, Saboya, Franco Condado, Lorena, Luxemburgo, Lieja y alcanzaba Namur, siempre a través de los territorios de los Habsburgo. La primera etapa era marítima y partía desde Barcelona, a través de un Mediterráneo asegurado en su zona norte. Sin embargo, gran parte de él estaba casi constantemente amenazado por piratas berberiscos y argelinos, hecho que obligó a realizar importantes esfuerzos contra los territorios musulmanes del Norte de África. Otra vía naval, menos segura y sometida a duras vicisitudes meteorológicas durante gran parte del año, era la que, desde los puertos del Cantábrico, accedía a los muelles de Flandes, que muchas veces eran atacados o bloqueados.

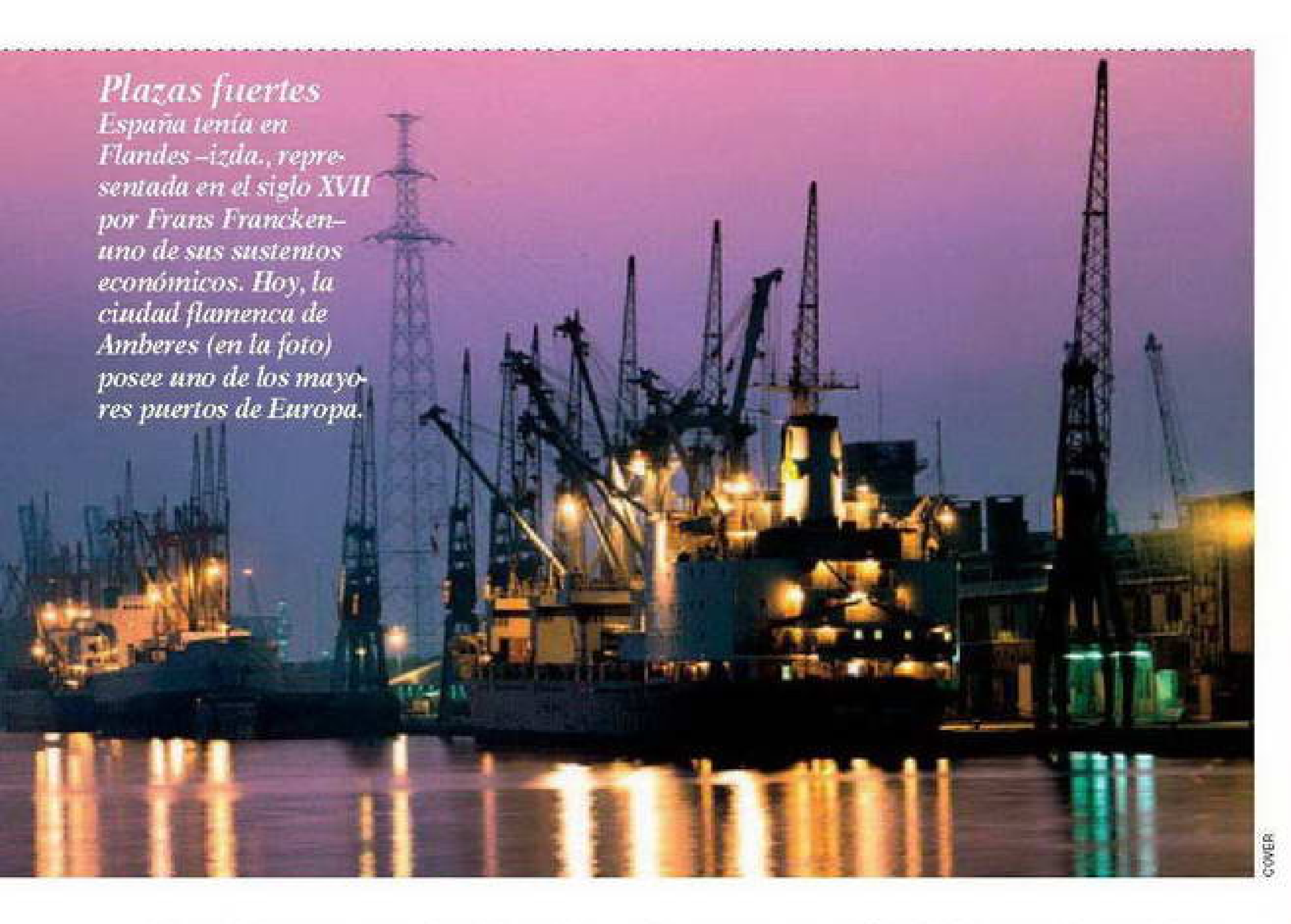
La primera expedición terrestre se organizó en 1567 y, a partir de dicha fecha, el *camino español* quedó perfectamente señalizado. Se garantizó su seguridad mediante las convenientes plazas fuertes y guarniciones que, a su vez, requirieron nuevos esfuerzos logísticos para su mantenimiento, reemplazo y sostén. Realizar el recorrido completo podía durar entre cinco y siete semanas, dependiendo siempre de la meteorología y de otras muchas circunstancias. El tiempo y esfuerzo que se invertía en estos viajes era tal que dio origen a la célebre expresión "poner una pica en Flandes" que pasó a significar la realización de un hecho muy dificultoso.



Aspecto del puerto de Barcelona en el siglo XVI, según el pintor Braun Georg.

COVER

ASA



Plazas fuertes
España tenía en Flandes –izda., representada en el siglo XVII por Frans Francken– uno de sus sustentos económicos. Hoy, la ciudad flamenca de Amberes (en la foto) posee uno de los mayores puertos de Europa.

COVER

horquilla para apoyarlas al hacer fuego– les hacía lentos en el campo de batalla. Posteriormente, las mejoras en la fabricación y los nuevos mecanismos de disparo les permitieron desembarazarse de las horquillas. Sus descargas, sin embargo, tenían la ventaja de perforar las defensas enemigas de forma que, durante el siglo XVII, su uso se fue haciendo más amplio, hasta hacer desaparecer al arcabuz.

El perfeccionamiento de la artillería fue bastante evidente ya en las campañas de Italia y obligó a los ingenieros militares renacentistas a cambiar el concepto de la fortificación. Los muros altos eran ya ineficaces y se transformaron en profundidad, tratando de amortiguar el efecto de la artillería. También aparecieron muros inclinados que disminuyeron su eficacia al tiempo que se aumentaban los fosos que de la forma triangular o romana pasaron a trapezoidal, conservando el talud exterior revestido para dificultar la escalada. Nace así en los atrincheramientos el perfil llamado "holandés", de foso poco profundo al que se añade un atrincheramiento escalonado para ser defendido con picas. Es la guerra en Flandes la que ofrecerá los mejores ejemplos de estas fortificaciones de campaña, fuertes o fortines, obras en las que se situaba normalmente la artillería. Tanto españoles como holandeses separaban la infantería de la caballería en estas construcciones: la primera se colocaba en las partes altas y la segunda, cerca de ríos o corrientes de agua.

La utilización de la pistola llevó a constituir una nueva clase de caballería

La guerra de sitio dio además lugar a la aparición de nuevos tipos de soldados especializados –como los zapadores de asalto y los minadores– y a tácticas de ataque como el movimiento por trincheras, que avanzaban zigzagueando en líneas defensivas. De esta forma, se protegían mutuamente con los fuegos hasta alcanzar algún punto débil del dispositivo enemigo, casi siempre abierto con una mina o mediante el em-

Teoría militar
Desde su puesto como Comisario General de Fortificaciones, el marqués de Vauban fue el ingeniero galo que revolucionó la arquitectura defensiva. Aplicó sus ideas a más de 160 fuertes, como éste de Limbourg (plano).

COVER

COVER



Con la cabeza a cubierto
Este capacete es un ejemplo de armadura defensiva del siglo XVI. El morrión era un poco más sofisticado, con unas alas horizontales que amortiguaban los golpes.

Mosquete
Podía manejarse sin los bípodes del arcabuz y el proceso de recarga se simplificó al adoptarse el cartucho de papel –ideado por Leonardo da Vinci–, que contenía la pólvora y la bala.

Coraza defensiva
Las armaduras eran caras y restaban movilidad en la marcha y en la lucha. Cada vez se utilizaron menos, pero todavía se cubría el tronco con un coselete (arriba), formado de pechera y espaldera.

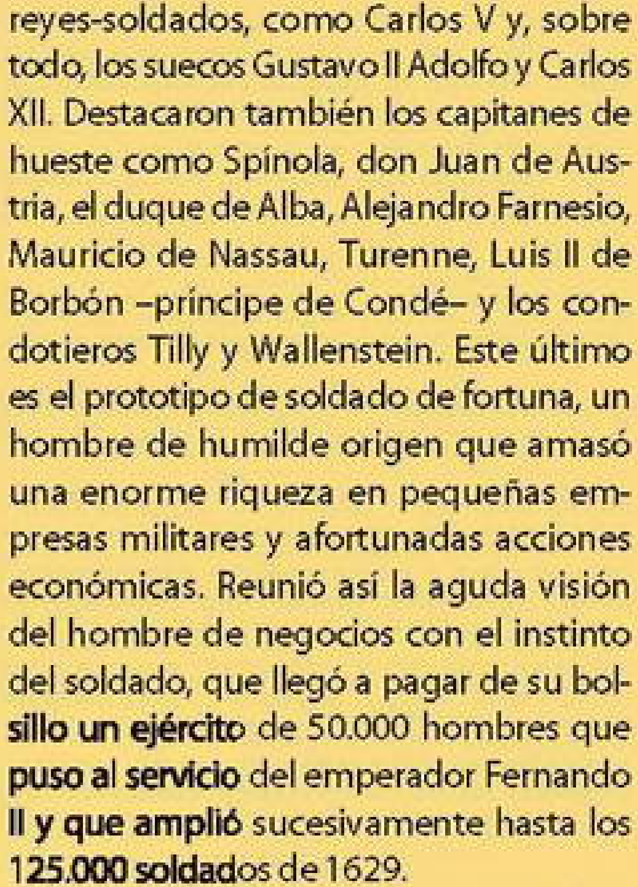
Con filo toledano
La espada ropera con guarnición de lazo (arriba) se llevaba permanentemente en la vaina. Era utilizada tanto por los soldados como por la población civil, aunque la de los tercios era más ligera y flexible.

MUSEO DEL EJÉRCITO

Los nuevos líderes militares

En pocas épocas han destacado los líderes militares tanto como en estos años. Una de las razones fundamentales es el hecho insólito de que, en muchas ocasiones, estos jefes reclutaran, pagaran y mantuvieran a sus ejércitos. Otra razón sería el propio tamaño de las compañías, bastante reducidas, hasta el extremo de que eran visualmente controladas por sus generales en el campo de batalla. Éstos son, además de patronos, sus organizadores, sus administradores, sus propios jueces y sus intendentes suministradores. En muchos casos, estos líderes militares procedían de la aristocracia o, incluso, eran los propios monarcas quienes dirigían directamente las tropas, una reminiscencia de los tiempos medievales. Tal es el caso de los reyes-soldados, como Carlos V y, sobre todo, los suecos Gustavo II Adolfo y Carlos XII. Destacaron también los capitanes de hueste como Spínola, don Juan de Austria, el duque de Alba, Alejandro Farnesio, Mauricio de Nassau, Turenne, Luis II de Borbón –príncipe de Condé– y los condotieros Tilly y Wallenstein. Este último es el prototipo de soldado de fortuna, un hombre de humilde origen que amasó una enorme riqueza en pequeñas empresas militares y afortunadas acciones económicas. Reunió así la aguda visión del hombre de negocios con el instinto del soldado, que llegó a pagar de su bolsillo un ejército de 50.000 hombres que puso al servicio del emperador Fernando II y que amplió sucesivamente hasta los 125.000 soldados de 1629.

Albrecht von Wallenstein logró establecer la autoridad imperial en los principados bálticos, invadió Dinamarca y sojuzgó a la Liga Hanseática. Tras la invasión sueca y la derrota del condotiero Tilly, Wallenstein fue requerido por el emperador. Aunque fracasó en Lützen, la decisiva batalla supuso la muerte del rey sueco, hecho que le encumbró todavía más. El poder de Wallenstein hizo, sin embargo, que el propio emperador tramara su muerte, temiendo un supuesto pacto con los protestantes a cambio de un no menos hipotético reino en Alemania. Así, una conjura acabó con su vida el 24 de febrero de 1634.



Retrato de Wallenstein realizado por Schnorr von Carolsfeld.

COVER



Hasta perder la paciencia...
Los españoles sitiaron durante cuatro años Ostende –cuadro de Vrancx–, en lo que fue uno de los asedios más largos del Barroco.

COVER

pleo concentrado de la artillería. El genio militar de esta especialidad fue el célebre ingeniero francés Vauban, que publicó verdaderas recetas de construcción de trincheras de asalto y sostenía que ninguna fortificación soportaría un asalto *científico*. Lo que es indiscutible es que este tipo de guerra resultó exasperante, tediosa y muy frustrante para los soldados, especialmente en las anegables tierras de Flandes, que se convirtieron en un anticipo de las terribles trincheras de la Primera Guerra Mundial.

Hasta entonces, la caballería y los caballeros habían reinado en el campo de batalla, viéndose ahora obligados a recurrir a las armas de fuego. Éstas habían sido ya perfeccionadas gracias a la aparición de los mecanismos de rueda para la chispa y eran lo bastante livianas como para permitir su empleo desde el caballo. Así, dieron lugar a la aparición de unidades montadas de arcabuceros y mosqueteros, aunque en realidad estas tropas solían combatir desmontadas y se les puede considerar más bien una infantería montada. La pistola fue el arma adecuada para la constitución de una nueva clase de caballería ligera, desprovista de la pesada armadura hasta entonces habitual y dotada tan sólo de casco y coraza pectoral. Aunque inicialmente iban armados con lanzas, los coraceros llegaron a llevar hasta tres pistolas largas –más parecidas a arcabuces cortos– que tenían un mecanismo de rueda para el disparo, por lo que eran bastante caras.

Los militares suecos revolucionaron por completo el terreno táctico

Como consecuencia de las armas que utilizaban, la caballería optó por una táctica de combate conocida como "caracoleo", en el que la carga tradicional era sustituida por un trote acompasado en frentes de hasta 100 coraceros. Se aproximaban en esta formación hasta estar a distancia de tiro del enemigo, descargaban sus armas y giraban luego hacia un lado, dejando paso a una nueva fila que repetía el fuego. Cada hilera maniobraba hasta situarse detrás de la formación, para proceder así a la recarga de las pistolas y volver a repetir el proceso hasta que se agotaban las municiones o hasta que una de las dos formaciones cedía. Este caracoleo requería una gran disciplina y habilidad, pero tal complejidad estaba en realidad negando las características propias de la caballería y subordinándolas a la verdadera reina de las batallas en la época:

Las batallas en las anegables tierras de Flandes se convirtieron en un anticipo de las terribles trincheras de la Primera Guerra Mundial

ABA



La furia escandinava

El monarca sueco Gustavo II Adolfo (abajo) fue uno de los escasos militares europeos que apostaron por una lucha más flexible, en campo abierto.

la infantería. En realidad, los coraceros quedaban expuestos en sus caracoleos al fuego de los arcabuceros y mosqueteros que debían debilitar. Sin embargo, lo peor podía suceder si una de las caballerías enfrentadas decidía lanzarse a la carga con arma blanca –espada o lanza– contra la formación que caracoleaba, que perdía toda su eficacia al quedar desorganizada.

La revolución en el terreno táctico la trajeron los suecos y, especialmente, el rey-soldado Gustavo II Adolfo a la cabeza, que siguió las enseñanzas de los Nassau y éstos las de los antiguos romanos. Los escandinavos querían devolver algo de movilidad y flexibilidad al campo de batalla, con formaciones menos profundas, menos líneas, y tratando de que la infantería imitara las tácticas del caracoleo de la caballería. Así, los mosqueteros se desplegaban en dieciséis hileras y la infantería en tan sólo seis filas de piqueros, cuyo papel pasó a ser más ofensivo, y dejó de ser sólo la protección de los arcabuceros y mosqueteros. La caballería redujo la profundidad de sus formaciones, por lo que un regimiento sueco –en el que había lituanos, finlandeses, daneses y alemanes– estaba formado por unos 900 hombres, repartidos en ocho compañías al mando de un coronel, un mayor y cinco capitanes. La artillería sueca era la de mayor movilidad de toda Europa. Las mejoras en los procesos de fabricación y unos sirvientes muy entrenados permitieron que, en 1630, un tren de artillería sueco de 80 piezas requiriese sólo un millar de caballos y 100 carros, mientras que cinco años antes, 36 cañones habrían necesitado ese mismo millar de caballerías y más del doble de carromatos. El rey sueco agregó cañones a los regimientos de infantería, una medida que puede considerarse como precursora de la moderna artillería divisionaria. Todo esto, sin embargo, no se debió a un planteamiento teórico previo, sino a las necesidades imperantes. Además de no disponer de armaduras en número adecuado, se carecía de suficientes caballos y ni tan siquiera existía una verdadera tradición de la caballería.

Cuando la pobreza de efectivos y medios agudiza el ingenio

La pobre demografía sueca obligaba a tratar de reducir las bajas de un ejército formado por voluntarios en la caballería, pero de conscriptos –soldados todavía formándose– en la infantería, por lo que el rey incluyó una dotación artillera en los regimientos. Carente de arcabuceros a caballo, formó unidades especiales de mosqueteros a pie entre los escuadrones de caballería. Estaban formados por unos 200 hombres y disponían de dos cañones que reforzaban la caballería, aunque esto llevaba a los jinetes a exponerse a los ataques de los coraceros. Así fue como el propio rey perdió la vida en Lützen. Realmente, Gustavo Adolfo, apodado el "León del Norte", no hizo más que de la necesidad virtud, pero sus reformas trastocaron por completo el arte de la guerra. ■

A galope contra el enemigo

Uno de los avances bélicos fue la caballería ligera –abajo, cuadro de Juan de Toledo (1611-1665)–, surgida de la evolución de las armas de fuego. Los dragones (izda.) eran soldados que podían combatir tanto a caballo como a pie.

La pica

Era una larga lanza de hasta 6 metros. Fue considerada un arma noble y quienes la portaban, los piqueros, eran la élite de los tercios. Su uso requería un largo periodo de instrucción para poder conocer todos los movimientos que podían realizarse con ella.

Pistolas

La aparición del mecanismo de rueda, con un funcionamiento similar al de los encendedores, posibilitó la fabricación de las primeras pistolas. Al ser más reducida que los mosquetes, fue muy utilizada por los jinetes.

Las otras lanzas

El archa (arriba) tenía un solo filo, era ofensiva y su utilización dio nombre a los célebres Archeros de Borgoña. La alabarda (dcha.) medía unos dos metros y servía de divisa al sargento. En la actualidad la sigue utilizando la Guardia Suiza del Vaticano.

A cañonazos

Los cañones de la época resultaban poco ligeros para su transporte y de gran lentitud de fuego. Sin embargo, la artillería sueca construyó tubos de bronce de pequeño espesor, logrando así que acompañaran a la infantería sin inconvenientes. La pólvora y las municiones también mejoraron y se regularon.

AISA
COVER
COVER
MUSEO DEL EJÉRCITO (SVAGVPRISMA)

El Santo Oficio actuaba como una auténtica policía política federal del Estado, en aquella España batiburrillo de minorías, religiones, lenguas, culturas y leyes diferentes.

Por **Alberto Porlan**

¡CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO!

INQUISICIÓN:

AISA

Hace quinientos años, la religión jugaba un papel relevante en la vida de las personas y de las sociedades occidentales, un rol que en estos tiempos no sólo nos resulta ajeno, sino difícil de asimilar. Pues aún comprendiéndolo en sus líneas generales, no alcanzamos a percibir todo el relieve que las creencias y las prácticas religiosas tenían en la existencia diaria de nuestros antepasados del Siglo de Oro. Éstos acababan de salir del largo, oscuro y fascinante período histórico que hoy llamamos Edad Media, un tiempo de omnímodo poder eclesiástico. Fue aquella una época iletrada, de hambrunas, pestes y calamidades para las que el único remedio era el favor divino; siglos en los que la fe ciega era el primer motor de la sociedad, arrebatada y dispuesta a embarcarse en aventuras tan dudosas y recalcitrantes como las Cruzadas. Y también siglos en los que la Iglesia católica atravesó por períodos difíciles debido a disensiones teológicas, como las de cátaros y albigenses, y, más aún, a problemas temporales.

Voto de pobreza frente a un mercantilismo religioso desmesurado

Las relaciones eclesiásticas con el poder regio y feudal desembocaron en lo que se llamó la monarquía papal, que en el siglo XIII era la más poderosa de todas las monarquías. Los bienes de la Iglesia se convirtieron en tema de controversia y aparecieron voces reclamando la vuelta a la pobreza evangélica frente al lujo y la ostentación eclesiásticas, que destacaban particularmente en un paisaje de miseria generalizada. Surgieron así las órdenes mendicantes: la pobreza es el ideal de arranque en la de San Francisco, y en la que culmina, al final de su vida, el pensamiento teológico de Santo Domingo.

Fueron también los problemas materiales los que hicieron saltar la chispa del gran cisma cristiano. La protesta de Lutero no responde a una diferencia de criterio, es un grito de escándalo consecuente a su convicción de que, para la Iglesia romana de su tiempo, todo giraba en torno al dinero. "Parece ser, dice literalmente, que el derecho canónico ha sido creado para convertirse en una red destinada a recaudar oro". Luego, quejándose de los 300.000 florines anuales que, según sus cálculos, salían de Alemania para Roma, afirma: "y no es justo que nosotros alimentemos a los criados del papa, a sus súbditos, bribones y mercaderes, para contribuir a la perdición de nuestras almas". Estas tesis conducían a una inevitable ruptura con Roma a la que no eran ajenos los intereses meramente políticos, lo cual, como es sabido, arrastró a Europa a una era de brutales guerras de religión. En la primera mitad del siglo XVI, la situación de la Iglesia católica podía calificarse de peliaguda. El descubrimiento y la conquista de América ampliaba su influencia hacia Occidente, mientras que el avance de los turcos, que sitiaban Viena después de tomar Belgrado y ocupar Hungría, la reducía por el Oriente. Los Estados católicos, además de pelear contra protestantes y turcos, batallaban entre sí. Era el caos, y había que actuar: defender la fe, destruir a los herejes y convertir a los paganos. Con esos motivos precisos se funda la



Thriller *teológico*
Fotograma de la película "El nombre de la rosa", de Jean-Jacques Annaud (1986), basada en la novela homónima de Umberto Eco. F. Murray Abraham, en la imagen, interpreta a un miembro de la delegación papal, que se ve envuelto en una trama de atmósfera medieval en la que no faltan los monjes acusados de herejía, los libros prohibidos... y la sombra de la Inquisición.

El FBI de los Austrias

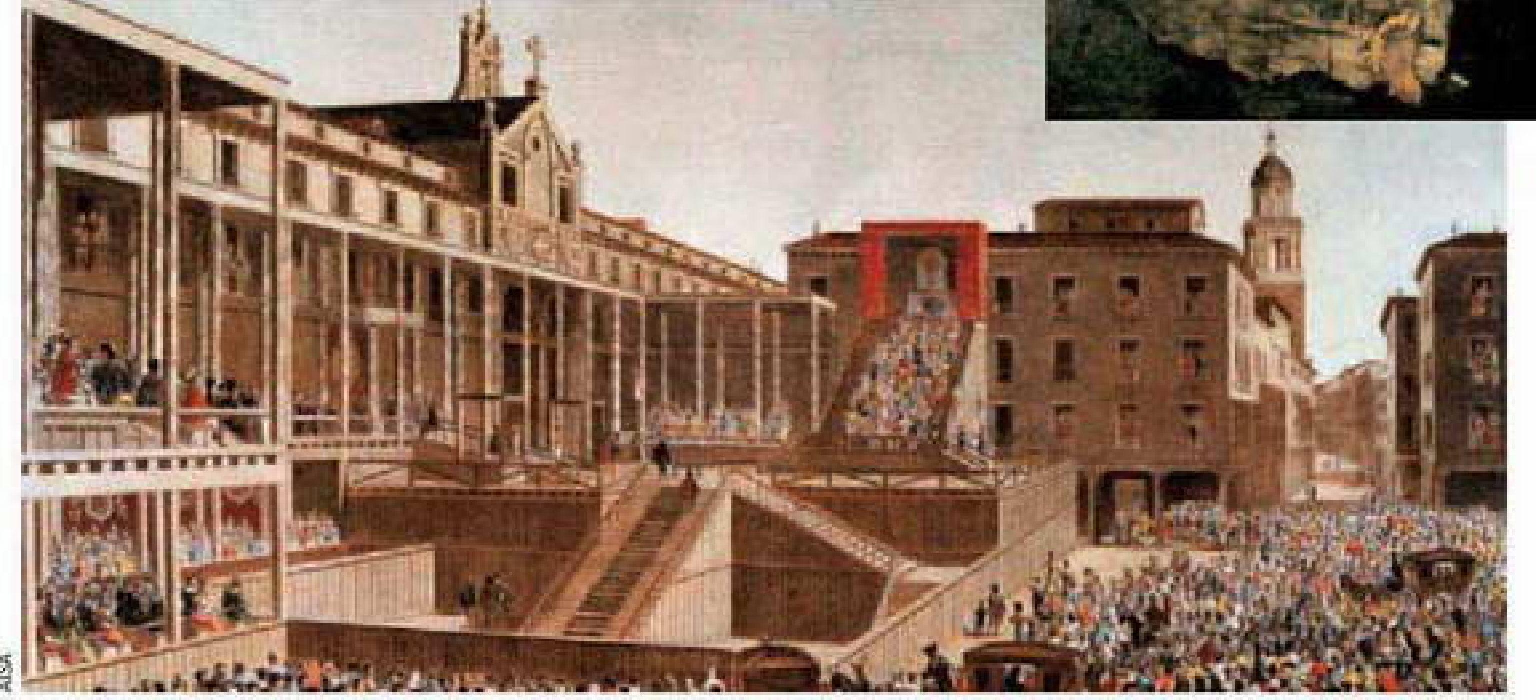
Compañía de Jesús –compañía, en sentido militar–, aprobada por Roma en 1540. Pero además de la necesidad de actuar, se echaba en falta desesperadamente una base firme en que asentar la unidad y la disciplina necesarias para rehacerse tras la gran ruptura. Esa base será el concilio de Trento, que se inaugura entre dudas y esperanzas el año del Señor de 1545 y prolonga sus sesiones, aunque con grandes interrupciones, durante dieciocho años. El resultado pudo resumirse en tres grandes "des": dogma, disciplina y dictadura papal.

En Trento desempeñaron un papel importante los teólogos españoles. Y es natural porque, en muchos sentidos, lo que se parió en Trento había sido concebido en España.

España, punta de lanza en el acontecer católico europeo

Ocho siglos de guerra contra el Islam –el conflicto más largo de la historia del mundo– transformaron la península Ibérica en una realidad aparte dentro del panorama europeo e hicieron del catolicismo religión de Estado. La prueba es el apelativo que escogieron Isabel y Fernando para pasar a la posteridad. Y cuando la alcanzaron, aquí quedó su cardenal Cisneros apoyando la idea con sus incontestables razones artilleras. Las reformas que Cisneros hizo en la Iglesia de España eran muy parecidas a las que urgía realizar en todo el orbe católico, o sea, las que se realizaron en Trento. Eso, y la circunstancia de que la culminación de la unidad española coincidiese cronológicamente (1492) con la inauguración de su imperio y su posterior hegemonía, fueron decisivos en el desarrollo de la historia continental. La ▶

La monarquía española pasó a ser, en sus siglos de esplendor, el báculo principal en que se apoyaba el papado



Un "reality show" de la época
A la izquierda, grabado que representa un Auto de Fe público en Valladolid. Esta sentencia condenatoria de la Inquisición acabaría convirtiéndose en un espectáculo.

monarquía española pasó a ser, en sus siglos de esplendor, el báculo principal en que se apoyaba el papado. Un apoyo muy fiable desde el punto de vista religioso, ya que toda España era escrutada minuciosamente, a su vez, por los ojos rapaces del Santo Oficio de la Inquisición. Pocos aspectos de la historia nacional han ejercido un papel tan negativo como éste en la consideración de las otras naciones europeas. La Inquisición española ha sido secularmente un yunque crítico contra el que han golpeado a dos manos cuantos han deseado o necesitado hacerlo. Y, desde luego, no sin razones. Como Alonso y Sancho toparon con la iglesia, topamos aquí con uno de esos asuntos –el otro es la conquista de América– que siempre han enfriado nuestro sentimiento nacionalista.



Más papistas...
El papa Sixto IV permitió la Inquisición española, aunque se mostró disconforme con algunos de sus abusos.

La Inquisición, un instrumento de control más allá de lo religioso

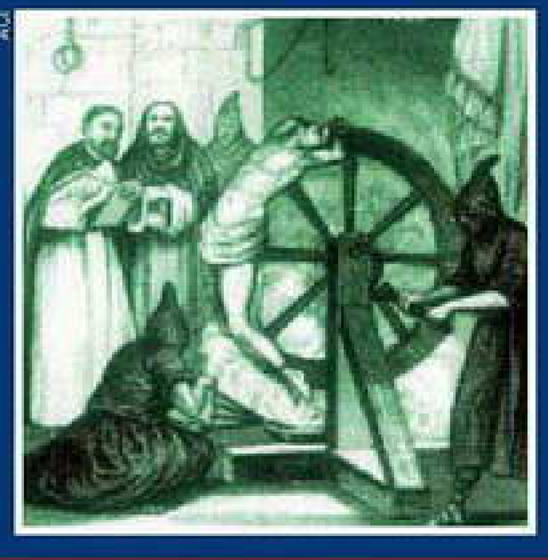
Resulta reconfortante saberse compatriota de Juan de la Cruz y Bartolomé de las Casas, pero no lo es en absoluto sentirse heredero de Torquemada o del obispo Landa. Nuestro esquizofrénico espectro nacional se ha manifestado a lo largo del tiempo bajo doble aspecto: iberos y celtas, moros y cristianos, ilustrados y reaccionarios, patriotas y afrancesados, carlistas e isabelinos, liberales y conservadores, rojos y nacionales. Pero ¿a quiénes ponemos frente a los señores inquisidores? ¿A los herejes? Y, en tal caso, ¿a qué herejes?

Como instituto oficial, la Inquisición española es catorce años anterior a la propia España, pero más de dos siglos posterior a la Inquisición europea, que no tuvo un origen preciso. Entre 1184, en que aparece "Ad abolendam", obra del papa Lucio III –donde se sugiere la necesidad de organizar un método inquisitorial– y 1252, en que aparece la "Ad Extirpanda" de Inocencio IV –en la que se autoriza oficialmente la tortura como método– transcurren setenta confusos años. Durante este desconcierto tienen lugar las correrías del primer martillo de herejes a gran escala, Roberto le Bougre, que "limpió" a su gusto el suelo de Borgoña, Champaña y Flandes con la sangre de una legión de infelices. En 1478, la reina Isabel de Castilla, alarmada por los informes que le remitían dos monjes dominicos –uno de los cuales era Tomás de Torquemada– acerca de las prácticas de los judíos conversos andaluces, recabó y obtuvo de Sixto IV la institución del Santo Oficio. La Corona se reservaba, así, el nombramiento de inquisidores, lo que supuso el control fáctico del nuevo instituto.

Aunque no fuera concebida para ello, la Inquisición se reveló muy pronto como uno de los instrumentos más eficaces al servicio de la obsesión unitaria de los Reyes Católicos, dada la enorme diversidad de sus reinos, en los que convivía un batiburrillo de minorías, religiones, lenguas, culturas y leyes diferentes. Esto era una fuente constante de conflictos y planteaba un serio problema a sus incipientes estructuras burocráticas que, por si fuera poco, estaban organizadas separadamente por reinos.

Con la Inquisición pasaron a disponer de una policía que actuaba a nivel federal y que, al margen del aspecto religioso, generaba una información colosal sobre otros aspectos de la vida, menos espirituales pero







Adictos al trabajo
A la izquierda, "Aquelarre", una de las Pinturas Negras de Goya, que muestra un ritual pagano. Abajo, "Disputa de monjes y judíos", de Juan de Juni. El cuerpo de inquisidores no daba abasto, dada la multiculturalidad del territorio.

ASA

no menos interesantes para el trono. El primer ajusticiado por el Santo Oficio murió en 1481 y el último, en 1826, en medio de un clamor internacional contra el salvaje fanatismo español. Durante tres siglos y medio fueron procesadas 150.000 personas y ejecutadas cerca de 5.000, de acuerdo a las estimaciones modernas mejor calibradas. Como se ve, la relación entre ambas cifras es desproporcionadamente baja para la supuesta avidez de carne asada de nuestros inquisidores. Haciendo un cínico prorrateo, resulta que la Inquisición ajustició a 14 personas por año de vigencia.

Sin decantarse a un lado ni a otro de la famosa *leyenda negra*, conviene recordar lo que estaba sucediendo en otros países europeos que se escandalizaban de la crueldad española. Recordar, por ejemplo, el proceso contra las brujas escocesas de North Bewick, que empezó en 1590 y durante el cual fueron bestialmente atormentadas 90 mujeres, ante la mirada complacida y excitada del propio soberano Jacobo I, que se jactaba de ser un especialista en brujas y un magnífico intendente de torturas. Tras dos años de horrores, de las 90 acusadas se quemó vivas a 26, mientras que otras 35 infelices fueron ahorcadas. Es evidente que las habas que se cocían en Europa no eran sólo españolas, aunque durante un tiempo en España se cocieron a carretadas. La primera época, la de Torquemada, fue la más brillante del Santo Oficio, si nos atenemos al número y al tamaño de las hogueras que prendió. En los primeros 50 años –la séptima parte de su vigencia– hubo casi el mismo número de ejecuciones que durante los tres siglos siguientes. De aquel primer medio siglo procede su siniestra fama. Entre todas las instituciones, siempre fue la más temida y odiada, porque se basaba en la delación anónima.

Los señores inquisidores si no queman, no comen

Un domingo, durante la misa mayor, se presentaba en el pueblo un miembro del Santo Oficio; explicaba cómo reconocer a herejes y falsos conversos, y les animaba a presentarse voluntariamente con la promesa de obtener el perdón, si en el plazo de un mes abjuraban de su error y se reconciliaban con la Iglesia. A los demás, los exhortaba a denunciar a los sospechosos. Como puede suponerse, esto era campo abonado para las venganzas personales. Un ciudadano podía ser detenido en cualquier momento sin derecho a saber de qué se le acusaba ni quién era su acusador. A partir de ese momento, su vida se convertía en un infierno. Todos sus bienes quedaban embargados, y se empleaban para sufragar los gastos de prisión y las costas judiciales; su familia se veía obligada a refugiarse en casa de algún familiar o a pedir limosna. Si el preso era condenado, sus posesiones pasaban a poder del instituto. ▶

El Gran Inquisidor

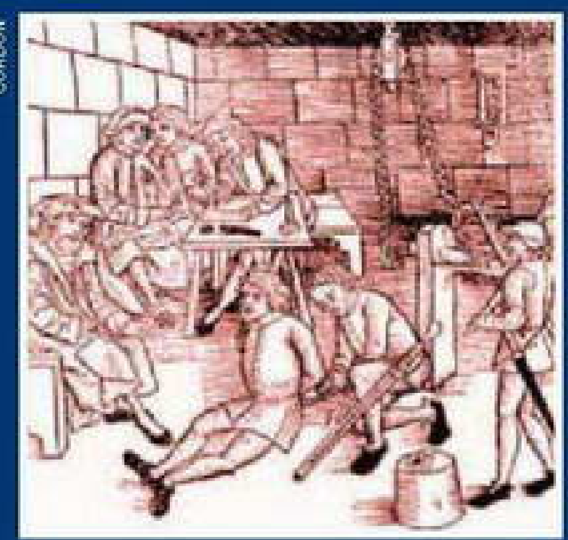
Fray Tomás de Torquemada, dominico, estaba llamado a ser el emblema personal de la Inquisición. De él partió la idea, y él fue quien ejerció la máxima responsabilidad en el Santo Oficio durante los quince años más severos de su larga y tenebrosa historia. Sobre su vida privada se conoce muy poco, a pesar de los repetidos esfuerzos de los investigadores por obtener datos concretos. Parece como si se hubiera hecho el propósito en vida de no dejar rastro para la posteridad. Se sabe que nació en Valladolid en 1420 y murió, muy longevo para la época, en 1498. Su carrera eclesiástica se vio favorecida por dos circunstancias: la de ser sobrino de un cardenal y la de alcanzar el puesto de confesor de la princesa Isabel, antes de que ésta se convirtiese en la soberana de Castilla; aunque tal vez ambas cosas estuvieran conectadas. Sus opiniones, conservadas bajo el título "Summa de Ecclesia", expresan bien hasta qué punto era este hombre un mulo intelectual. O, tal vez, hasta qué punto estaba decidido a no suscitar la mínima sospecha de divergencia con el poder pontificio. Torquemada afirma que la autoridad papal es absoluta, indiscutible e indestructible; de modo que, aunque el papa fuese un disoluto y un criminal, nadie estaría legitimado para juzgarle y derrocarle. Más aún, llega a sostener que la soberanía del obispo de Roma sobre la Iglesia es más necesaria para ésta que el mismísimo Espíritu Santo. Júzguese si el señor Inquisidor no tenía, en su radicalismo papista, su puntito de herejote.



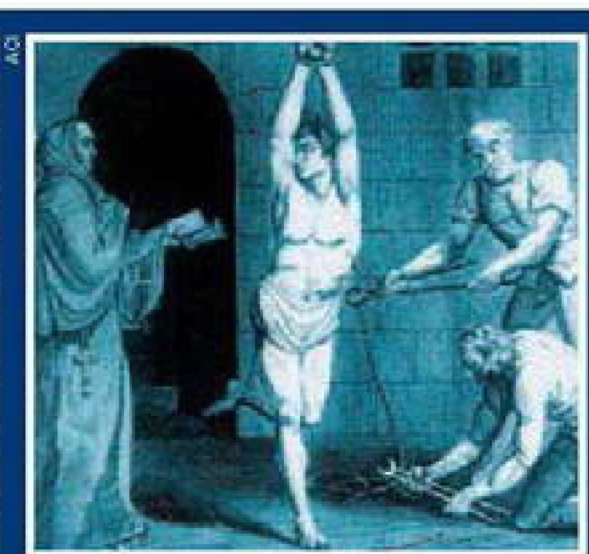
Paco Rabal dio vida al Inquisidor en la película "Torquemada" (1989), de Stanislav Barabas.

ALBUM

CORDON



AC



Taller de tortura
Grabados en los que figuran, de izquierda a derecha, los métodos empleados por la Inquisición para obtener información y confesiones de los detenidos: (1) el ansia, (2) el potro, (3) la rueda, (4) la garrucha y (5) las tenazas. Mientras unos torturaban, otros tomaban notas.

La tortura del ansia consistía en cubrir la cara del reo con una gasa, cuyo extremo se introducía en la garganta, y verter agua en su boca sin parar



Cuadro costumbrista
"Condenado por la Inquisición", escena recreada por Eugenio Lucas Velázquez.

Este perverso sistema era lo que el pueblo llano denunciaba con el dicho de que los señores inquisidores no comían si no quemaban. Y había mucha gente que comía de lo que quemaba. Se desarrolló un auténtico cuerpo de inquisidores en el que ingresaron juristas, notarios, procuradores, alguaciles, escribanos, alcaides, comisarios y familiares, individuos civiles que colaboraban voluntariamente con el Santo Oficio. Todos ellos participaban de alguna manera en los procesos, que se sustanciaban a partir de una serie de interrogatorios al reo en los que, a menudo, dependiendo de la reluctancia del acusado y de la catadura de sus inquisidores, se hacía uso del tormento. Para ello se presentaban primero al sospechoso los instrumentos de tortura, que eran tan espantables como variados. Entre los que se probaron, fruto de la vesánica imaginación de los verdugos, los que más efectividad demostraron fueron el potro, la garrucha y el ansia. Con los dos primeros se provocaba la dislocación de los huesos, por tracción horizontal en el caso del potro, y vertical, en el de la garrucha. El tormento del ansia consistía en cubrir la cara del reo con una gasa, cuyo extremo se introducía en su garganta, y verter continuamente agua por encima, de modo que la desdichada víctima se veía obligada a tragar una cantidad enorme de líquido mientras se le impedía la respiración.

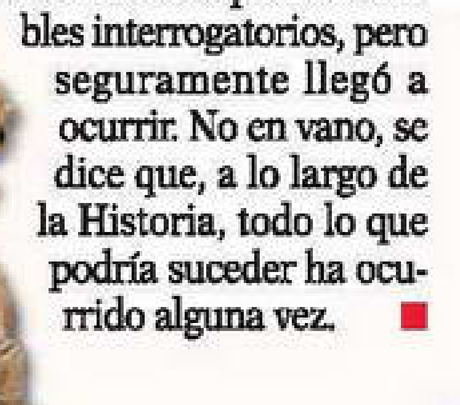
Como resultado del proceso, el tribunal –que actuaba de acuerdo a una preceptiva muy concreta– podía dictar varios tipos de sentencia. Lo más habitual era que el sujeto escapase con unos azotes, una multa o la obligación de llevar colgada al cuello una señal bien visible –el sambenito–, para advertir a los demás de que no era trigo limpio. En los casos más graves podía ser enviado a galeras o, como supremo castigo, relajado al brazo secular, es decir, condenado a muerte. Y aún entonces, la casuística inquisitorial llegaba al refinado extremo de ofrecer al reo la posibilidad de un último arrepentimiento a cambio de ser agarrotado en lugar de ser quemado vivo, en público. Aquellos Autos de Fe terminaron por convertirse en verdaderos espectáculos con su propia dramaturgia y tramoya. Lo más peregrino es que todo esto se llevaba a cabo con el pretexto de evitar la herejía, aunque España nunca fue tierra de herejes.

Juan de la Cruz y Teresa de Jesús o la metafísica del amor

A lo largo de sus tres siglos y medio de vigencia, la Inquisición española nunca hubo de vérselas con un grupo herético amplio y organizado, dotado de una base teológica seria. Sus víctimas fueron raros casos de luteranos y calvinistas ibéricos, musulmanes y judíos que hubieron de convertirse a la fuerza, los que mantenían por error o convicción alguna opinión religiosa distinta al dogma, los místicos que iban por libre –alumbrados– y los acusados de delitos sexuales, como la bigamia y la sodomía. Es interesante hacer hincapié en el hecho de que los procesos por brujería nunca revistieron en España la importancia de otros países europeos. Algún caso hubo, como el proceso de Logroño de 1610 donde se juzgó a las brujas de la cueva de Zugarramurdi, de las que seis hicieron humo, como se decía entonces. Pero, en general, puede decirse que la brujería no era tomada en serio por el Santo Oficio, que sentía más interés hacia la censura y prohibición de libros "peligrosos", actividad a la que terminó reducida en sus últimos tiempos de vigencia.

Es injusto que la religión española del Siglo de Oro sea juzgada sólo por la Inquisición. Y lo es porque religión y espiritualidad son cosas diferentes. Este sistema de represión religiosa que, en la práctica, reprimía libertades morales e intelectuales, es hoy repulsivo a nuestros ojos.

Pero hubo otros aspectos de aquella Iglesia que abrieron ventanas nuevas a la espiritualidad. La mística española de aquellos siglos, con sus dos santos a la cabeza, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, exploró nuevos territorios en lo más íntimo del ser humano y ofreció al mundo un regalo distinto y único. La obra literaria de Juan de la Cruz, en concreto, trasciende incluso el ámbito religioso para convertirse en una de las muestras más elevadas, sutiles e increíblemente bellas del sentimiento amoroso o, si se prefiere, de la metafísica del amor. Resulta chocante imaginarse a un inquisidor leyendo esos delicados versos en la víspera de uno de aquellos terribles interrogatorios, pero seguramente llegó a ocurrir. No en vano, se dice que, a lo largo de la Historia, todo lo que podría suceder ha ocurrido alguna vez. ■





Celosos de su fe creativa
La ortodoxia religiosa recelaba de la mística de los poetas San Juan de la Cruz –izquierda– y Teresa de Ávila, representada a la derecha en el "Éxtasis de Santa Teresa" de Gian Lorenzo Bernini.

DOSSIER

FOTOMONTAJE: J. A. PEÑAS

El ocaso de una dinastía

Sostener el Imperio costó a los Austrias no pocos matrimonios endogámicos, guerras externas e internas, además de crisis económicas y sociales. Y, sin embargo, las artes vivieron con ellos su edad dorada.

Por **Rocío García Bourrellier**

Felipe II
1562-1598

Felipe III
1598-1621

Felipe IV
1621-1665

Carlos II
1665-1700

Póquer de reyes
Con Felipe II comienza el declive del reinado de los Habsburgo –también conocidos como casa de Austria– en España. La muerte de Carlos II sin descendencia pondrá fin a este periodo dinástico. En la imagen, los monarcas con las fechas de sus respectivos gobiernos.

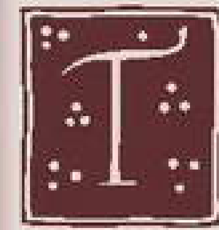




Apoyo al Santo Oficio Felipe II se convirtió en protector e impulsor del tribunal religioso. El cuadro de Valdivieso (1830-1872) muestra al monarca presenciando un Auto de Fe.

Felipe II, el prudente

La reforma protestante legó un nuevo mapa político internacional, contrario a los intereses del monarca. Sus afanes por defender la fe católica y la soberanía de sus territorios minaron la economía española.



Tras la abdicación y muerte de Carlos I, reina en España su hijo Felipe, instalado en la villa de Madrid. No es ya emperador como su padre, pero no le faltan tierras que gobernar ni problemas que resolver, tales como la cuestión religiosa. La reforma protestante ha alterado el mapa político europeo, pero el bisnieto de los Reyes Católicos está dispuesto a conservar su fe y su soberanía. En 1562, Felipe II se encuentra felizmente casado en terceras nupcias con Isabel de Valois o Isabel de la Paz, como la llama el pueblo –por haber sellado ese matrimonio el fin de los conflictos bélicos con Francia–.

Locura y muerte del príncipe heredero

De su primera esposa, el rey tiene al príncipe don Carlos, heredero del trono y del desorden mental de su bisabuela, Juana la Loca. Del segundo enlace con María Tudor no hay descendencia. Isabel le da dos hijas muy queridas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, pero ningún varón. La sucesión es difícil porque don Carlos empeora con el tiempo y su mente débil se rinde a los enemigos de su padre. En 1567, se rumorea que desea capitanear la rebelión de Flandes y, ante su agresiva conducta, el rey lo confina en el castillo de Arévalo, donde muere un año después, tras mostrar un comportamiento irracional y autodestructivo. Su fallecimiento afecta mucho al rey, pero no es el único padecimiento que le espera. En octubre expira la reina Isabel, a consecuencia de un complicado aborto. Felipe II se encuentra en 1568 solo con sus dos pequeñas hijas.



Pintura del siglo XVI que ilustra una reunión del Concilio de Trento.



1562: Nace Lope Félix de Vega y Carpio. Teresa de Jesús funda en Ávila su primer convento.
1563: El rey convoca las Cortes de Castilla. Finaliza el Concilio de Trento.
1564: Nace Francisco Pacheco, maestro y suegro de Velázquez.
1565: La escuadra turca, comandada por Solimán el Magnífico, es derrotada en Malta.
1566: Comienza en los Países Bajos españoles una guerra de casi 80 años.
1567: Se obliga a los moriscos a bautizarse o salir de España, por lo que se produce una rebelión. Los amotinados resistirán en las Alpujarras tres años.
1568: Fallecen Isabel de Valois y el príncipe don Carlos. El duque de Alba comienza sus campañas en Flandes.
1569: Muere fray Bartolomé de Las Casas. Miguel de Cervantes se instala en Roma.
1570: Don Juan de Austria consigue sofocar la rebelión de las Alpujarras. Nace en Córdoba el poeta y dramaturgo Luis de Góngora.
1571: Batalla de Lepanto, en la que participa Miguel de Cervantes. Legazpi funda la ciudad de Manila,

Desde el asentamiento de la corte en Madrid, la villa multiplica por seis su población

A pesar de su abatimiento debe pensar en el futuro de la corona, y se casa con su sobrina Ana de Austria (1570). De los cinco hijos de Ana, sólo sobrevivirá Felipe, nacido en 1578.

Su padre, Carlos I, había tenido más descendencia fuera de las puertas de palacio y reconoció a dos hijos naturales. Juan, el pequeño de ellos, se encuentra con su hermanastro Felipe en 1559 y pasa a residir en la corte, donde destaca por su simpatía y apostura, sus aptitudes para la milicia y su fidelidad al rey. Desde 1568 protege el Mediterráneo como general de los Mares; en 1570 consigue someter a los moriscos rebeldes en las Alpujarras granadinas y al año siguiente encabeza la escuadra de la Santa Liga, que vence a la armada turca en el golfo de Lepanto. En 1576 es nombrado gobernador de los Países Bajos y consigue un acuerdo diplomático con los rebeldes flamencos, que el rey finalmente no acepta. Tras ese rechazo están las insinuaciones de Antonio Pérez, secretario real, que cuestiona la fidelidad de don Juan acusándolo de querer apropiarse de Flandes. El rumor llega a oídos del joven gobernador, quien envía a Madrid a su colaborador Juan de Escobedo para despejar las dudas del rey. Sin embargo, la misma noche de su llegada a la corte, Escobedo es asesinado por varios desconocidos, presumiblemente contratados por Pérez. Hasta la fecha no se conoce el grado de participación del propio Felipe II en este turbio asunto.

En Flandes, obediente a su hermano, don Juan se dispone a entablar batalla, pero fallece en 1578 a causa de una infección que algunos han tachado de envenenamiento. El secretario había nacido en 1540 –fruto de las relaciones del secretario del emperador con una mujer casada– y su figura va cobrando relevancia creciente durante el reinado de Felipe II.

Las argucias de un secretario poco honesto

Antonio Pérez es introducido en la corte por su padre y consigue poco a poco la total confianza de Felipe II, en cuyo ánimo siembra la duda hacia cualquiera que le haga sombra. Desaparecidos Escobedo y don Juan, el monarca descubre la falsedad de las acusaciones de Pérez. Sin embargo, hasta el año 1584 no averigua que el secretario ha estado vendiendo durante años información confidencial a Francia y a los rebeldes flamencos. La ira regia estalla y Pérez es encarcelado definitivamente, pero en 1590 huye a Aragón, donde el fuero lo protege. Por su causa se organiza una revuelta en Zaragoza, ya que el afán justiciero del monarca parece no respetar los privilegios aragoneses. No hay víctimas pero los implicados en la fuga de Pérez a Francia son condenados a muerte por traición al rey (entre ellos el Justicia Mayor de Aragón, Juan de Lanuza). El secretario pasa de Francia a Inglaterra donde intentará en vano destruir la monarquía hispánica.

En España, la corte se ha instalado en Madrid, en 1561. Desde 1536, los arquitectos Alonso de Covarrubias y Luis de Vega han remodelado un alcázar ya existente, que sirve como residencia regia. Felipe no prevé el asentamiento duradero en la villa, por lo que surgen problemas de alojamiento e infraestructuras, máxime cuando se produce un inevitable éxodo de personas de todo tipo hacia Madrid, atraídas por la actividad cortesana. La población madrileña de entonces es un reflejo de la sociedad hispánica del Siglo de Oro: hay nobles, licenciados –médicos y notarios–, artesanos y comerciantes, soldados, clérigos, estudiantes, campesinos; y también mendigos, vagabundos, prostitutas y maleantes, que no faltan en cualquier aglomeración humana. Una consecuencia de esto es la apresurada construcción de edificios y la aparición de barriadas. En 1598, la villa cuenta con unos 60.000 habitantes y antes de 1560 no llegaba a 10.000.

La corte de Felipe II, que algún embajador extranjero califica de "convento de monjas", presenta una acusada austeridad en ▶



ALBA

Bajo el mando del bastardo

Juan de Austria –retrato realizado por Sánchez Coello–, comandó la Liga Santa que venció a los turcos en la batalla de Lepanto –a la izquierda, en un cuadro pintado por Juan Luna y Novicio–.

ALBA

en el archipiélago de Filipinas.

1572: Fray Luis de León es encarcelado por el Santo Oficio.

1573: Muere Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli.

1574: Fundación de la ciudad de Oropesa, en la actual Bolivia.

1575: Se produce la segunda bancarrota de la Hacienda española. Teresa de Ávila es denunciada ante la Inquisición. Cervantes es capturado por los turcos y vendido como esclavo.

1576: Las tropas españolas saquean la ciudad de Amberes.

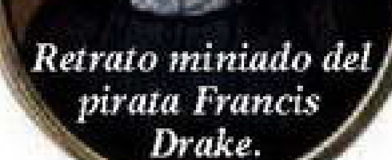
1577: Se firma la Pacificación de Gante. Francis Drake comienza a atacar barcos españoles.

1578: Es asesinado Juan Escobedo, secretario de Juan de Austria. Nace el futuro Felipe III y fallece Juan de Austria.

1579: Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos. Antonio Pérez es encarcelado por traición y la princesa de Éboli, confinada por colaborar con él. Nace Tirso de Molina.

1580: Fallece sin sucesión el rey Sebastián de Portugal y la corona recae en Felipe II. Nace Francisco de Quevedo y Villegas. Cervantes es liberado.

1581: Las provincias rebeldes de Flandes se



CORDON

Retrato miniado del pirata Francis Drake.

El monarca español pasa a gobernar Portugal al fallecer, sin descendencia, el rey Sebastián

comparación con las cortes italianas o la francesa. Se rige por el complejo y rígido ceremonial borgoñón, a lo que se añade el carácter reservado del monarca, las sucesivas pérdidas familiares que sufre y su enorme capacidad de trabajo.

La familia real, sus respectivas casas y el servicio general integran la corte, pero hay que considerar que los órganos de gobierno funcionan en el mismo edificio en que reside el rey: el Alcázar de Madrid. En la corte española hay, pues, reyes y nobles, escribanos y secretarios, doncellas y camareras, pajes, bufones y artistas. Entre los personajes más próximos al monarca se encuentran el portugués príncipe de Éboli y el imponente Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba; más diplomático el primero, más severo el segundo.

Creciente falta de confianza en la población morisca

Lejos de Madrid, el litoral mediterráneo sufre violentos ataques de piratas berberiscos. Se sospecha que esas incursiones son preparadas desde la Península por moriscos que aún viven en Granada y Valencia y que se resisten a convertirse al cristianismo. Más grave es el rumor de que esa minoría está facilitando el avance de los turcos por el Mediterráneo, cuestión prioritaria para la supervivencia de los reinos y la cultura europea. El Santo Oficio decide desarmarlos en Aragón (1559) y Valencia (1563), sin consultar al rey, mientras en Granada las autoridades civiles y eclesiásticas urden un plan para despojarlos de sus tierras y someterlos a penas de destierro, confiscación de bienes o muerte. Semejante presión conduce a la rebelión de los moriscos en las Alpujarras granadinas (1568). Dado que los moriscos de Valencia y Aragón no secundan la revuelta y que los rebeldes no reciben ayuda exterior, el levantamiento finaliza en 1570. Se procede entonces a depurar responsabilidades y a diseminar a la población morisca por Castilla y Andalucía.

Consecuencias más graves tiene la revuelta de Flandes, gestada entre 1565 y 1566. El asunto es muy complejo: se advierten matices socio-económicos –la dependencia de España parece perjudicar el comercio flamenco–, políticos –desagrada el gobierno personal de Felipe II, a pesar de ejercerse a través de un Consejo de Estado– y, por supuesto, religiosos –calvinismo y luteranismo han arraigado en esos territorios y **ansían una libertad religiosa–. Desde la aparición de Lutero en el imperio alemán, la nobleza ha aprendido a conseguir ventajas políticas con pretextos religiosos y,** en esta ocasión, ocurre algo similar. Los malentendidos y las malas interpretaciones se suceden por ambas partes, hasta que el rey decide enviar al duque de Alba a liquidar la revuelta.



La injerencia del rey en el complejo mapa internacional

Los sucesivos gobernadores logran cortos períodos de engañosa paz o bien deben hacer frente a las tropas, todavía mal equipadas, de las provincias rebeldes: Holanda, Zelanda y Frisia. Contra ellas, en 1579, Farnesio aglutina el resto de provincias en la Unión de Arrás, que provoca a su vez la aparición de la Unión de Utrecht –integrada por los rebeldes y sus aliados–. La brecha se hace cada vez mayor.

Con la guerra de Flandes como telón de fondo, otras dos cuestiones ocupan a Felipe II en los últimos años de su reinado. La primera es la sucesión portuguesa, a la que puede optar por línea materna, tras fallecer el rey Sebastián sin descendencia. En segundo lugar, la cuestión inglesa: la reina Isabel Tudor, consciente de la relevancia que el comercio tiene para sus súbditos, irrumpe

Con faldas y a lo loco

El secretario Antonio Pérez –retrato de A. Pons– huyó disfrazado de mujer del palacio de Cisneros –abajo, hoy en la plaza de la Villa de Madrid–, donde estaba encerrado bajo mandato real.

independizan de España. Felipe II es jurado rey de Portugal en las Cortes de Tomar.

1582: Fallece Teresa de Jesús. Juan de Herrera finaliza las obras de El Escorial. Fallece el tercer duque de Alba.

1583: Lope de Vega conquista la isla Terceira, en las Azores.

1584: Es asesinado el príncipe de Orange, Guillermo el Taciturno.

1585: Inglaterra decide intervenir en Flandes a favor de las Provincias Unidas.

1586: Se erige el Hospital General (Madrid). El Greco pinta "El entierro del conde Orgaz".

1587: Lope de Vega es detenido en Madrid. Isabel I de Inglaterra ordena la ejecución de María Estuardo, reina de Escocia, por lo que Felipe II interviene en las islas Británicas. Nace Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares.

1588: Desastre de la Gran Armada contra Inglaterra.

1589: Asesinato de Enrique III, rey de Francia. Lope de Vega es desterrado a Valencia.

1590: Antonio Pérez se fuga y huye a Francia. Entra en vigor en



Fragmento del cuadro "El entierro del conde Orgaz", de El Greco (1541-1614).

Las leyendas *rosa* y *negra* de Felipe II

El rey Felipe II no escapa a rumores oscuros sobre su persona tal y como ocurre con otros personajes históricos. Sin embargo, la leyenda del monarca español destaca por su influencia y duración: en Europa y América, en pleno siglo XXI, la imagen del rey sigue distorsionada y la verdad histórica, ignorada. Los autores de las primeras calumnias son Antonio Pérez –un traidor que ha vendido secretos de Estado– y Guillermo de Orange –cabecilla de la revuelta de Flandes–. Ambos detestan al rey y extienden su odio por toda Europa. Pérez con sus "Relaciones" y Orange con su "Apología". Los europeos reciben esos libelos con entusiasmo y justifican con ellos sus acciones antiespañolas. El "asesinato" de don Carlos por sus amores con la reina Isabel de Valois; la "crueldad" con los indios denunciada por fray Bartolomé de Las Casas; la "connivencia" del rey con los métodos inquisitoriales. Son éstos elementos de la *leyenda negra*, que pueden encontrarse en la obra del escritor Friedrich Schiller (1759-1805) "Don Carlos, Infant von Spanien", y en "Don Carlos", la ópera de Giuseppe Verdi (1813-1901). Como reacción, autores ingleses e italianos proespañoles crean otra imagen deformada del rey, en este caso por exceso de beatitud. Es la menos conocida *leyenda rosa*, que exalta los valores hispánicos –amistad o amor a la patria–, así como la defensa que el rey hace del catolicismo en la Europa convulsa de las reformas.



El príncipe Carlos y el duque de Alba, representados por J. Ignacio de Uría.

COVER

sin permiso en las rutas atlánticas. La inglesa consiente que sus mejores marinos ataquen ciudades españolas en América, así como las flotas que regresan a la Península con plata, oro y otras materias primas obtenidas en los virreinatos de Nueva España y el Perú. La cuestión portuguesa se resuelve en las Cortes de Tomar (1581), al decidirse la proclamación de Felipe II como rey de Portugal, pese al descontento mayúsculo de nobleza, clero y pueblo portugueses. Así, España une a sus extensas posesiones todo el imperio colonial portugués.

El asunto inglés, cuyo aspecto religioso interesa al rey tanto o más que el económico, desemboca en la construcción de la Gran Armada o Felicísima Armada, una imponente escuadra de unos 130 barcos que debe invadir las islas Británicas, tras recoger a las tropas de Farnesio (30.000 hombres) en las costas de Flandes. El almirante, Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, fallece en febrero de 1588, poco antes de la fecha señalada para el ataque –mayo de ese año–. Es el primero de los obstáculos con que esta empresa choca, a lo que se une una meteorología adversa, la descoordinación de Alejandro Farnesio –que no llega al lugar indicado para embarcar–, el ataque de pequeños y efectivos barcos ingleses... así hasta llegar al desastre, que el rey encaja con parsimonia.

La ardua tarea de conservar las posesiones internacionales

La derrota de Inglaterra lleva a la ruina a España, tal y como demuestra la bancarrota declarada en 1589 y repetida en 1596. Sin embargo, al rey le espera un último conflicto, desatado por el nuevo monarca francés, Enrique IV, antiguo hugonote convertido al catolicismo. Enrique no olvida sus viejas rencillas con Felipe II y, en 1594, declara la guerra a España. Pero su propio país se ha debilitado con largas luchas religiosas, de manera que se aviene a firmar la paz en Vervins, en mayo de 1598.

El mismo mes, Felipe II decide ceder Flandes a su hija mayor, la infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora del territorio junto a su marido, el archiduque Alberto de Austria. Es éste un último intento de España por conservar sus posesiones europeas. Tras un verano de lenta agonía, el llamado por el pueblo "rey prudente" fallece en El Escorial el 13 de septiembre de 1598. Ha dejado como heredero a su hijo, el futuro Felipe III. ■



La parrilla de san Lorenzo
Esta es la forma que tiene El Escorial, cuyas obras aparece inspeccionando Felipe II en este cuadro de Giordano Luca (1632-1705).

COVER

Castilla el impuesto de millones.

1591: Ejecución del Justicia Mayor de Aragón, Juan de Lanuza, por complicidad con Antonio Pérez. Muere san Juan de la Cruz.

1592: Fallecen la princesa de Éboli y el gobernador de los Países Bajos, Alejandro Farnesio.

1593: Enrique de Borbón se convierte al catolicismo y España debe abandonar su pretensión a la corona gala.

1594: Enrique de Borbón es coronado nuevo rey de Francia, bajo el nombre de Enrique IV.

1595: Los piratas William Hawkins y Francis Drake, detenidos y ajusticiados.

1596: Inglaterra, Holanda y Francia constituyen la coalición de Greenwich contra España. Antonio Pérez proporciona a la corona inglesa información para atacar Cádiz.

1597: Muere la hija de Felipe II e Isabel de Valois, Catalina Micaela. Acusado de desfalco, Cervantes es apresado y encarcelado en Granada.

1598: Paz de Vervins con Francia. Nace Francisco de Zurbarán. Muere el rey Felipe II, en El Escorial. Su hijo es coronado como Felipe III.

Monumento a san Juan de la Cruz, en el barrio de las Canongías de Segovia.

PRISMA



Felipe III, el piadoso

Poco inclinado a las tareas de gobierno, Felipe III dejará que sus validos ejerzan un poder desmesurado. Los problemas heredados del reinado de su padre se agudizan, mientras las artes viven su mejor momento.



¡A los barcos, por Alá! *1609: Miles de moriscos dejan el puerto de Vinaroz, en Valencia, tras un decreto de Felipe III. Con ello, la región vería mermada su economía.*

CRONOLOGÍA

1599: Alumbramiento de Diego de Silva y Velázquez en Sevilla. Se publica "Guzmán de Alfarache", de Mateo Alemán. El marqués de Denia convence al rey para que reciba a Margarita de Austria, prometida del monarca, en Valencia, ciudad que celebrará el enlace real.

1600: Pedro Calderón de la Barca nace en Madrid.

1601: La corte se traslada a Valladolid. Nacen Baltasar Gracián, en Belmonte, y Alonso Cano, en Granada.

1602: España apoya en la batalla de Kinsale a los rebeldes irlandeses.

1603: Nacimiento en Fontainebleau de Isabel de Borbón, futura esposa de Felipe IV. Se funda en Madrid la Academia de Nobles Artes. Muere Isabel I de Inglaterra sin descendencia y le sucede Jacobo Estuardo.

1604: Jacobo I, nuevo monarca inglés, firma con España el Tratado de Londres. Mateo Alemán publica la continuación de "Guzmán de Alfarache". El duque de Lerma consigue para su hermano, el marqués de Villamizar, el virreinato de Valencia.

1605: Ve la luz la obra de Garcilaso de la Vega "La Florida del Inca".

Monumento al autor de "La vida es sueño" (1635), Pedro Calderón de la Barca.

Sin Hacienda y en pugna con Flandes, Portugal y los piratas ingleses

Felipe III, único superviviente de los hijos del cuarto matrimonio de Felipe II, cuenta veinte años cuando su padre muere en El Escorial, en 1598. No es un hombre recio, aunque la negligencia que suele atribuírsele es quizá exagerada; pero sus propias palabras, pronunciadas antes de morir, parecen condenarlo. En cualquier caso, la historia intenta hoy ajustar éstas a sus hechos. La realidad con que se encuentra el nuevo monarca no es de fácil manejo: la Hacienda está esquilmada, el frente de Flandes sigue abierto, Portugal conspira para sacudirse el yugo español y la piratería inglesa no concede tregua.

El príncipe pasa su juventud en la austera corte de Madrid empañada por las muertes de sus hermanos y de su madre, Ana de Austria (1580). Con tal ánimo traslada la corte, en 1601, a Valladolid, antigua sede de la misma y ciudad más emblemática que la villa del Manzanares. La boda con la archiduquesa Margarita de Austria (1598), su única esposa, causa cierto malestar entre los catalanes porque se celebra en Valencia, en lugar de en Barcelona, como está dispuesto.

Ninguneado desde el mismo día de las nupcias

Todo sucede a instancias del marqués de Denia, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, que desde 1599 es también I duque de Lerma y valido. No será la única ocasión en que el marqués, nacido en Tordesillas a mediados del siglo XVI, disponga los planes del rey según su conveniencia. Gentilhombre de Felipe II desde 1580, había conseguido aproximarse al entorno del príncipe hasta obtener su confianza hacia 1594. Algunos cortesanos, molestos por ello, trataron de convencer al rey de que este hombre mayor y experimentado podía ser pernicioso para el joven príncipe. Así, Lerma sería nombrado virrey de Valencia en 1595 y alejado de la corte, a la que regresa en 1597 reclamado por el propio príncipe. Una vez coronado rey, Felipe III concede al valido el ducado de Lerma y otros cargos que le permiten, por un lado, arrumbar a sus enemigos políticos –como Cristóbal de Moura, a quien nombra virrey de Portugal, o Rodrigo Vázquez de Arce, que es destituido de su cargo en el Consejo de Castilla– y por otro, favorecer a familiares y allegados con mercedes y alianzas matrimoniales ventajosas.

Este comportamiento no resulta raro en cortesanos que alcanzan la confianza regia, pero en el caso de Lerma los favores se suceden con pasmosa celeridad. En cuanto al rey, el valido utiliza el ceremonial de corte para mantenerlo "distante" del pueblo y del resto de su entorno, que incluye a la reina Margarita. Y además consigue el permiso del monarca para firmar en su lugar. El poder de Lerma es ya omnímodo, pero inestable; su imagen comienza a deteriorarse. No se puede negar que el duque introduce reformas útiles, como los Consejos de Guerra, de Castilla, de Hacienda y de Indias, cuyos trámites se agilizan. Sin embargo, la política de Lerma apunta hacia un gobierno de Juntas, órganos más flexibles y reducidos que los tradicionales Consejos.

Un duque ambicioso y omnipresente en la corte

La reina Margarita, pese a ser una recién llegada, se percata de los manejos de Sandoval en la corte. Su perspicacia le cuesta el alejamiento de su marido y acude al confesor regio fray Luis de Aliaga en busca de ayuda, para mostrar la realidad al rey. Pe-



¡Si Dios me diera vida, cuán diferente gobernaría! *Antes de morir, Felipe III –en una estatua ecuestre– fue consciente del fracaso de su política, que dejó en manos de omnipotentes validos.*

1606: "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha", de Miguel de Cervantes, sale a la calle. La corte deja Valladolid y regresa a Madrid.

1607: Nace Francisco de Rojas Zorrilla.

1608: El conde de Lemos, yerno de Lerma, es nombrado virrey de Nápoles. El Consejo de Estado decide la expulsión de los moriscos.

1609: Del Reino de Aragón salen de inmediato miles de moriscos. Se firma una tregua con las provincias rebeldes de Flandes.

1610: Se publica el decreto de expulsión de los moriscos de Andalucía.

1611: Muere en París, solo y en la miseria, Antonio Pérez, tras haber publicado sus "Relaciones". Fallece de parto la reina Margarita. Los rumores apuntan a Rodrigo Calderón como posible envenenador de la reina.

1612: Calderón abandona la corte con el pretexto de desempeñar cargos en el extranjero.

1613: Muere en Nápoles Lupercio Leonardo de Argensola, cronista del Reino de Aragón y secretario de Estado del virrey de Nápoles.

1614: Se publica un "Quijo-

Al poco de publicarse, "El Quijote" fue traducido al inglés, francés e italiano.

Unos 273.000 moriscos abandonan paulatinamente la Península entre 1609 y 1613



Todo queda en casa
Alberto de Austria –izquierda– e Isabel Clara Eugenia –derecha, ambos emparentados con Felipe III, gobernaron durante su reinado los Países Bajos.



ro sus embarazos y difíciles partos, amén de la muerte de tres de sus hijos en la infancia, la retiran de la vida política. Se conoce, sin embargo, la oposición de la reina a la expulsión de los moriscos de España, quien al igual que la mayor parte de la nobleza y el alto clero de Valencia considera que los perjuicios son mayores que las ventajas. Su marido, aunque parece estar muy unido a ella afectivamente, no tiene en cuenta esta opinión.

La reina fallece tras un parto en circunstancias extrañas

En 1611, tras el octavo parto, Margarita fallece en El Escorial en circunstancias poco claras. Tan extraño es el caso, que llega a hablarse de ausencia de cuidados por parte del servicio, debido a la negligencia de Rodrigo Calderón, estrecho colaborador de Lerma y antagonista de la reina. Incluso se llega a pronunciar la palabra "envenenamiento", aunque dada la situación de la medicina en esta época, basta con desatender a una parturienta para que se presenten dificultades que la lleven a la muerte. En cualquier caso, la desaparición de su esposa lleva al rey a dar crédito a las reticencias de su mujer y Rodrigo Calderón muere ajusticiado en la Plaza Mayor de Madrid en 1621.

Felipe III es recordado, sobre todo, por dos asuntos. El primero de ellos es la firma, en 1609, de la Tregua de los Doce Años con los rebeldes flamencos, lo que le convierte en el artífice de un período de tranquilidad bélica que España no conocía desde hacía años. Pero la paz es engañosa. Los rebeldes, a pesar de los intentos conciliadores de los gobernadores –los archiduques Isabel Clara Eugenia y Alberto–, aprovechan la pausa para reorganizarse, armarse, mejorar su flota y conseguir aliados en Inglaterra, Dinamarca y el imperio alemán. España, por su parte, no hace lo propio y las bancarrotas se suceden. Para paliar la ruina, el rey permite la venta indiscriminada de títulos nobiliarios, señoríos y otras dignidades, que merman el ya escaso patrimonio real. Además, es difícil encontrar candidatos para ingresar en los cuerpos del ejército, ya que no se pagan las soldadas. Dadas las circunstancias, lo más sensato es convertir la tregua en paz duradera, para lo cual es necesario reconocer la autonomía de las provincias rebeldes de Flandes. Pero esta decisión no competerá ya al rey, puesto que fallece el mismo año en que expira dicha tregua, 1621. El segundo asunto tiene que ver con la cuestión morisca: ¿es conveniente decretar su salida de España, como se hizo con los judíos en 1492, o permitir su residencia en la Península bajo ciertas condiciones? Las circunstancias son favorables para plantear el exilio, ya que el armisticio permite una mayor disponibilidad de la flota española para transportar grandes contingentes de deportados a África y otros lugares. El precedente de las Alpujarras y la escasa integración de la comunidad morisca en la sociedad española, ponen a gran parte de la nobleza, al clero y al pueblo a favor de su expulsión.

La expulsión morisca y el declive del valido del rey

Sin embargo, las previsibles pérdidas económicas y la despoblación, sobre todo en Levante, donde viven los grupos más numerosos de moriscos, llevan a las autoridades de algunos territorios a oponerse a la misma. El rey opta por la salida. A Lerma, como señor de Denia, le perjudica la medida, pero finalmente la acepta. El 9 de abril de 1609, Felipe III firma el proyecto de expulsión de los moriscos valencianos, que son los primeros en abandonar España en septiembre de ese año desde los puertos de Vinaroz, Denia, Jávea, Alicante y otros. En 1610 salen los andaluces y murcianos, y los re-



te" apócrifo, atribuido a Alonso Fernández de Avellaneda. Nace el pintor Carreño de Miranda y fallece el Greco en Toledo. Lope de Vega es ordenado sacerdote.

1615: El heredero Felipe IV contrae matrimonio, a los diez años, con Isabel de Borbón, de doce. Cervantes publica la segunda parte de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha". Barcos holandeses comienzan a aparecer en las costas de México y Perú.

1616: El 23 de abril mueren William Shakespeare, Miguel de Cervantes y el Inca Garcilaso. Tirso de Molina viaja a las Indias como misionero. José de Ribera, *El Españoleto*, se establece en Nápoles bajo la protección del duque de Osuna.

1617: Nace Bartolomé Esteban Murillo. Juan Gómez de Mora inicia las obras de la Plaza Mayor de Madrid. Góngora se ordena sacerdote y se introduce en la corte madrileña. España y el ducado de Saboya firman la Paz de Pavía. El duque de Lerma abandona El Escorial, en julio, donde se encuentra el rey, y se retira a su villa de Lerma.

"El rey Lear" de W. Shakespeare, izquierda, vio la luz el mismo año que "El Quijote", 1605.

sidentes en Castilla, La Mancha y Extremadura. El proceso de expulsión, debido a la disparidad de pareceres en el Consejo de Estado, no se da por finalizado hasta 1613, y se calcula que para entonces unos 273.000 moriscos han abandonado la Península. Se cumple así un viejo deseo de Carlos I y de Felipe II.

Desde la muerte de la reina, la situación del valido se debilita en la corte, en parte por las actividades de los cortesanos más próximos a Margarita, pero también por la férrea oposición de su propio hijo Cristóbal, duque de Uceda. Por otro lado, sus reformas económicas no dan el resultado esperado y comienza a ponerse en tela de juicio un sistema que permite depositar el poder en manos de un único individuo. Felipe III hace un débil intento de defender al duque y redacta un documento laudatorio hacia su figura que no tiene efectos políticos positivos. Con gran previsión, realismo y no poca astucia, Lerma ha solicitado ya a la Santa Sede un capelo cardenalicio que el Papa Paulo V le concede en 1618. El duque se pone así bajo el fuero eclesiástico, y evita la prisión y una condena civil. El rey, a instancias de Uceda, aparta paulatinamente al valido del gobierno hasta anunciarle su retiro. Lerma, consciente de su situación, se retira a sus tierras hasta su muerte, en 1625.

Un corral de comedias en el propio palacio

Con la sucesión asegurada en la persona de su hijo, el futuro Felipe IV nacido en 1605, el monarca gobierna de forma más activa y personal. Felipe III es, como su padre, rey de Portugal; sus colaboradores llevan años rogándole que acuda al país vecino. En 1619 decide visitarlo, pero contrae durante el viaje unas fiebres que lo mantienen postrado. Tras una breve recuperación, fallece en 1621 a los 42 años, deseando haber gobernado de otra manera.

El reinado de Felipe III merece ser recordado también como la época del auge del teatro español. El rey es muy aficionado a este arte y construye en palacio un corral de comedias idéntico a los existentes por entonces en Madrid para que, en palabras del duque de Lerma, "vean sus majestades las comedias como se representan al pueblo". El interés regio estimula el ingenio de figuras como Lope de Vega o Luis de Góngora. No falta la protección de algunos nobles a escritores y pintores; es conocida la relación entre el duque de Sessa y Lope, o la del conde de Lemos y Miguel de Cervantes, quien publica entre 1606 y 1615 "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Por su parte, los archiduques Isabel y Alberto reproducen en su corte de Bruselas el ambiente en el que se criaron. Alberto es hijo del emperador Rodolfo II de Austria, gran coleccionista del siglo XVI, como el padre de Isabel, Felipe II. Entre sus protegidos están los pintores Rubens y Jan Gossaert, el pensador Benito Arias Montano y el geógrafo Abraham Ortelius, autor de "Theatrum Orbis Terrarum". ■



Unos reyes castizos
A la izquierda, Felipe III cruzando la Plaza Mayor de Madrid construida bajo su mandato y, al lado, su esposa Margarita.

Puerta de la muralla del siglo IX de Lerma, en Burgos, ducado de Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, valido de Felipe III.

El valimiento

El valimiento surge como fenómeno político importante en el siglo XVII en toda Europa, con precedentes en la Edad Media como don Álvaro de Luna, en Castilla. No aparece por la debilidad de los monarcas, como se suele creer, sino por el tipo de mentalidad de los grupos políticos de entonces y la inaudita extensión de los reinos. Éstos resultan tan difíciles de gobernar que los reyes optan, unas veces, por el máximo control sobre todas las cuestiones, como Felipe II, y otras, por la máxima dejadez en todo lo relativo al gobierno imperial, al estilo del emperador Rodolfo II. Así, los validos como el duque de Lerma, el duque de Buckingham, Francis Bacon, Nicolás Fouquet, Concini, Sir Robert Cecil, el conde-duque de Olivares, los cardenales Richelieu y Mazarino o Fernando Valenzuela aparecen en escena para solventar esta dificultad política. En el caso español, es cierto que ni Felipe III, ni su hijo Felipe IV, ni mucho menos Mariana de Austria o Carlos II son personalidades firmes. Quizá por ello los validos aprovechan su posición de privilegio para hundirse en la corrupción.

Pero no hay que olvidar que todo valido provoca una fuerte oposición en el ámbito en que actúa, bien por envidia o por repugnancia. De modo que Lerma y Olivares son alejados del gobierno, y Nithard y Valenzuela, desterrados de España. Los validos tienen su momento de gloria, pero "más dura es su caída".



1618: Comienza la Guerra de los Treinta años, tras las defenestraciones de Praga. Se propaga la Conjuración de Venecia, que alcanza al duque de Osuna y a su secretario, Francisco de Quevedo. El duque de Lerma recibe del rey licencia para retirarse de la corte. Lerma consigue la dignidad cardenalicia, pasando así a la jurisdicción eclesiástica.

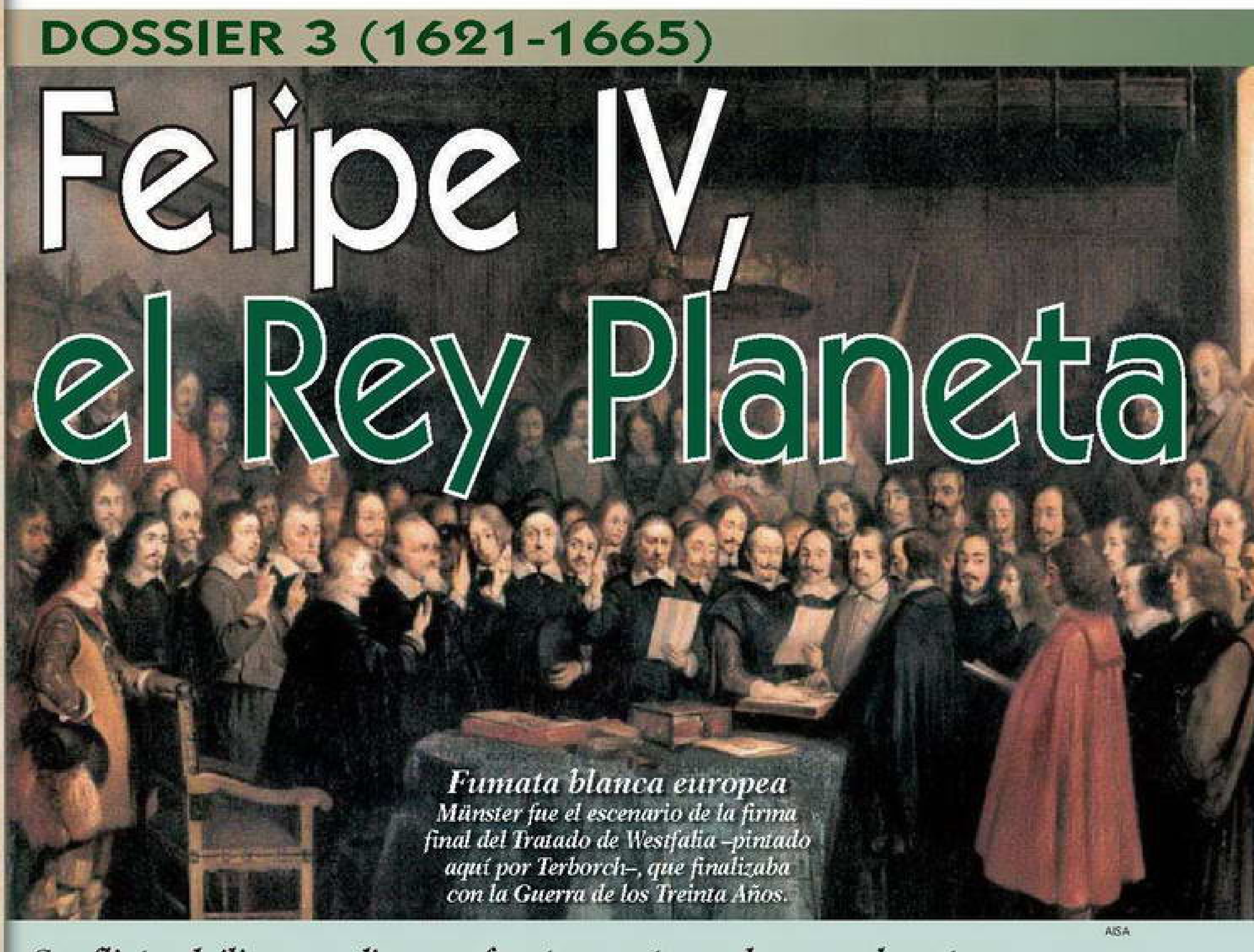
1619: Fray Luis de Aliaga, confesor del duque de Lerma y del rey, es nombrado Inquisidor General. Felipe III visita Portugal.

1620: Felipe III convalece durante todo el año de unas fiebres contraídas durante su viaje a Portugal.

1621: Se produce la muerte de Felipe III y su hijo llega al trono como Felipe IV. Francisco de Quevedo es encarcelado y Rodrigo Calderón, colaborador del duque de Lerma, ejecutado. Concluye la tregua con las Provincias Unidas y el Consejo de Estado español decide reanudar la guerra. Se sustituye el virreinato en Portugal por la administración de gobernadores.



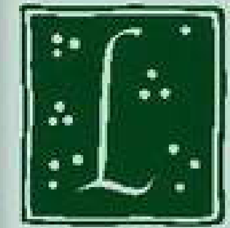
Felipe IV, el Rey Planeta



Fumata blanca europea
Münster fue el escenario de la firma final del Tratado de Westfalia –pintado aquí por Terborch–, que finalizaba con la Guerra de los Treinta Años.

AISA

Conflictos bélicos en diversos frentes agotaron las ya exhaustas arcas españolas y provocaron numerosas disensiones internas. Sólo el final de la Guerra de los Treinta Años permitió al monarca un pequeño respiro.



La figura de Felipe IV es controvertida y a lo largo de su vida se sucedieron etapas muy diversas. Como joven príncipe, es despreocupado, mujeriego y un tanto superficial. Como rey, elige en un primer momento apoyarse en un antiguo conocido, el conde-duque de Olivares. Sin embargo, años más tarde, desengañado del valido, decide optar por un gobierno más personal. Como marido de Isabel de Borbón, con quien contrae matrimonio en 1615, deja mucho que desear. Así lo proclaman sus hijos naturales –unos anónimos, otros reconocidos– y todos vistos con recelo por los cortesanos. Como padre, sufre con la muerte de sus vástagos, en especial cuando fallece con tan sólo 17 años el príncipe Baltasar Carlos.

Varias bodas en busca de un heredero real

Como cristiano, el rey conoce la rectitud, pero le parece difícil practicarla. Así lo escribe en los últimos años de su vida a la madre sor María Jesús de Ágreda, de la cual recibe consejos que acepta y agradece, pero que no sigue. Teniendo además la Guerra de los Treinta Años como trasfondo político, el rey aparece como un hombre que intenta recomponer una de las monarquías más poderosas de Europa en un mal momento y que, por tanto, debe limitarse a conservar lo que queda de ella.

Felipe se casa en dos ocasiones. La primera, con la mencionada Isabel de Borbón, fallecida en 1644. La sucesión parece resuelta gracias al príncipe Baltasar Carlos, pero al morir también éste dos años más tarde (1646) el rey se encuentra con el mismo dilema que su abuelo, Felipe II. Por tanto, contrae co-



1622: Teresa de Jesús es canonizada. Nace en Sevilla el pintor Juan de Valdés Leal.
1623: Velázquez se traslada de Sevilla a la corte madrileña.
1624: Muere Gabriel de Sandoval, duque de Uceda.
1625: Tirso de Molina debe huir a Sevilla por las críticas del conde-duque a su teatro. Muere el duque de Lerma.
1626: La plaza de Breda se rinde ante los tercios españoles. Por el Tratado de Monzón, Francia se retira del norte de Italia, en favor de España. El conde-duque presenta la Unión de Armas.
1627: Muere en la miseria absoluta Luis de Góngora.
1628: España participa en la Guerra de Mantua.
1629: Nace el príncipe heredero Baltasar Carlos. De la relación de Felipe IV con la actriz María Calderón nace Juan José, futuro virrey de Aragón.
1630: Se inician las obras del palacio del Buen Retiro.
1631: La corona sustituye el impuesto de los millones por una tasa sobre la sal.
1632: Velázquez finaliza su "Cristo Crucificado". Olivares anula el

Talla de madera de Santa Teresa, realizada por Gregorio Fernández (1576-1636).

AISA

El rey español se casa, en segundas nupcias, con su sobrina, Mariana de Austria

mo él nuevas nupcias en busca de un heredero: en 1649 celebra su boda con Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III y sobrina del propio Felipe IV. Sigue así la tradicional práctica endogámica de los Habsburgo, que en ese momento político es más necesaria que nunca. De los hijos habidos con Mariana el último y más enfermizo será quien herede el trono español: el príncipe Carlos.

Los primeros años del gobierno de Felipe IV están marcados por la figura del conde-duque de Olivares, Gaspar de Guzmán, que parece repetir el patrón del duque de Lerma. Sin embargo, ambos validos son muy diferentes: el conde-duque tiene un carácter enérgico, gran capacidad de trabajo y no demasiado tacto. Gaspar de Guzmán nace en Roma en 1587 y es destinado a la Iglesia, pero al fallecer su hermano mayor recibe el título de conde de Olivares. Se casa entonces con su prima, Inés de Zúñiga, con quien tiene una hija. Al morir Felipe III, el nuevo rey busca y obtiene su apoyo.

La oposición de los reinos a las reformas del valido

Una vez que Olivares logra la confianza del monarca, emprende la persecución de los miembros del entorno de Lerma, con los que no simpatiza: Rodrigo Calderón, el duque de Osuna y el duque de Uceda, son apresados y condenados a penas diversas. También toma partido por la continuación de la guerra en Flandes, a pesar de la escasez de recursos económicos. Otro de los puntos claves del mandato del valido es lanzarse a **una política** de reformas y engrandecimiento de la monarquía a la que sirve.

Respecto a las gastadas arcas españolas, Olivares crea la Junta Grande de Reformación para reestructurar la Hacienda, reduciendo el gasto y estimulando la agricultura y el comercio. El plan, aunque es viable, se plantea de forma demasiado centralista, por lo que no puede aplicarse en su totalidad.

Sin desanimarse, el conde-duque presenta al rey el Gran Memorial (1624), un proyecto de unificación que redunda en beneficio del poder regio, y en 1626 llega la Unión de Armas. La medida permite preparar un ejército para entrar en batalla en cualquier momento, obligando a la contribución económica de todos los reinos de la monarquía. Sin embargo, estos planes, junto con la sospecha de que vulneran los fueros aragoneses y catalanes, impiden que se pongan en marcha. Hay ideas pero no ingresos y la Hacienda se declara en bancarrota en 1627, lo que supone un golpe para las reformas de Olivares.

Las batallas con Francia y Portugal agotan la Hacienda

Acuciado por la necesidad de dinero en metálico, el conde-duque manipula la moneda y crea impuestos nuevos, provocando revueltas entre la población. Todo ello repercute negativamente en su imagen política, lo que es aprovechado por sus enemigos.

La posición internacional de España tampoco ayuda a relajar el caldeado ambiente político. La declaración de guerra de Francia a España (1635) abre un nuevo frente al que es necesario enviar soldados, armas y vituallas. La situación en el exterior se vuelve desesperada, a pesar de algunas victorias como la lograda en la batalla de Nördlingen (1634), debida al cardenal-infante don Fernando. Sin embargo, las medidas tomadas para sufragar unos conflictos que parecen ajenos al pueblo, irritan a éste y, así, en 1640, los catalanes acuden a Francia, en busca de ayuda para rebelarse contra el gobierno de Olivares y Felipe IV. En este conflicto se pierde para siempre el Rosellón y parte de Cerdaña.

Por su parte, Portugal, ante la oportunidad de recuperar su autonomía política, se levanta a su vez en armas. Así hay guerra dentro y fuera de las fronteras españolas y no se dispone de soldados ni dinero para atender todos los frentes. El prestigio del conde-duque, puesto en solfa popularmente por Francisco de Quevedo, no puede soportar esta crisis. Tras la derrota terrible sufrida ante

AGE

CEDIDA POR ESTUDIOS PICASSO

Tierras que España no recuperará más

*Los catalanes sublevados contra Felipe IV y su valido Olivares –dcha., actores que les dan vida en "Alatriste" (Díaz Yanes, 2006)– pidieron ayuda a Francia, que se quedó con **el Rosellón** –arriba, su capital histórica, Perpiñán–.*

impuesto de la sal y **restituye** el de millones.

1633: Es restaurado el antiguo virreinato de Portugal.

1634: Velázquez pinta "La rendición de Breda". Las tropas católicas vencen a los protestantes en **la batalla de Nördlingen**. Nace **Mariana de Austria**.

1635: Muere Félix Lope de Vega en la pobreza más total. **Francia** declara la guerra a España, **iniciándo**se una **nueva fase** en la Guerra de los Treinta Años.

1636: Nace Fernando Valenzuela.

1638: Llega al mundo el futuro Luis XIV de Francia y la hija de Felipe IV, la infanta María Teresa.

1639: Muere Juan Ruiz de Alarcón. Quevedo es nuevamente encarcelado.

1640: Comienzan las revueltas de Cataluña (*Corpus de Sangre*) y Portugal. Los tercios españoles son derrotados en Arras.

1641: Se descubre una conspiración contra el conde-duque de Olivares, encabezada por el marqués de Ayamonte y el duque de Medina-Sidonia.

1642: Los franceses apoyan a los catalanes y conquistan el Rosellón. Felipe IV reconoce oficialmente a

COVER

***Luis XIV** de Francia, el célebre rey Sol, se casó **con María** Teresa de Austria, hija de Felipe IV.*


1637: Así mostró el pintor Martínez del Mazo el aspecto de los jardines del Retiro.

AISA

Palacio del Buen Retiro

La residencia real es concebida como reflejo del decadente esplendor de la monarquía hispánica. Es un palacio espacioso, cuenta con salas de exposición; un gran estanque para naumaquias; un teatro –el Coliseo–, elogiado por los dramaturgos de la época; una plaza para celebrar corridas de toros y justas; una casa de fieras, pescaderos, salón de baile y un jardín laberíntico, al gusto de la época, en el que se instalan seis ermitas. Los reyes disponen ya de lugares de recreo, pero Aranjuez queda lejos, el Pardo sirve como pabellón de caza y la Casa de Campo es creación de Lerma, aborrecido por Olivares. La construcción del nuevo palacio se encarga en 1632 a Juan Bautista Crescenzi, marqués de la Torre, al que ayuda y más tarde sustituye Alonso Carbonell. Los materiales (ladrillo, madera y granito) son de escasa calidad y la fábrica, apresurada y desordenada. Esto acaba provocando que la entrada del palacio coincida con la leonera o que el rey deba acceder por una puerta lateral. Su construcción es además criticada por el pueblo de Madrid porque se imponen nuevos tributos para llevarla a cabo. Sin embargo, la residencia crecerá con nuevos añadidos hasta 1808. Los franceses lo convierten en cuartel general, deteriorándolo hasta el punto de que Isabel II, años más tarde, desiste de su rehabilitación y ordena destruir lo más dañado. Sólo quedan en pie el Salón de Baile (hoy Casón del Buen Retiro) y el Salón de Reinos, sede actual del Museo del Ejército.


2006: Ésta es la imagen actual del mismo enclave madrileño, que se encuentra presidido por la efigie del rey Alfonso XIII.

AISA

En 1648 se concede a las provincias flamencas re

el ejército galo en Rocroi (1643), Olivares abandona la corte y muere en Toro en 1645.

Después de la marcha del conde-duque, el rey forma un gobierno de emergencia. Lo integran, entre otros nobles, don Luis de Haro y Ramiro Pérez de Guzmán, ambos parientes de Olivares. Si en algún momento Haro piensa en suceder al conde-duque en su posición privilegiada, pronto es desengañado por el rey que se niega sistemáticamente a nombrarle primer ministro. Sin embargo, es un hecho que goza de la confianza regia ya que Haro representa a España en las negociaciones de la firma del Tratado de Westfalia.

El monarca español trata de cerrar los frentes bélicos

En cuanto a Ramiro Pérez, duque de Medina de las Torres, su amistad con el rey es anterior al ascenso del valido. Ramiro viaja a Nápoles como virrey y permanece en Italia hasta que es llamado por Felipe IV para integrar su nuevo equipo de gobierno. Tampoco él recibe un trato de favor por parte del monarca, escarmentado de su experiencia con Olivares. Así, el gobierno se mantiene en un equilibrio de facciones que continúa incluso tras la desaparición de Haro. Los problemas, de cualquier forma, siguen su curso: la guerra se extiende y la excesiva presión fiscal continúa. Finalmente, en 1647, se declara una nueva suspensión de pagos. A esta situación hay que unir una temporada de malas cosechas que provoca varios motines en Castilla y Nápoles. Ante el temor a la apertura de más frentes bélicos, el rey ve llegado el momento de cerrar los ya existentes. El conflicto con Francia –que el cardenal Richelieu se ha encargado de enconar antes de su muerte– se vuelve insostenible y, aunque se decide un cambio de política, no se logra la paz en el breve plazo deseado.

En Italia, don Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, ha mostrado en Nápoles sus habilidades militares. A él se debe el fin de la revuelta en 1648, por lo que es reclamado para acudir al asedio de Barcelona, que cae en 1652. Estas victorias, aunque menores,


COVER

El deseado acuerdo franco español
El cardenal Mazarino y Luis de Haro –retratado junto a estas líneas– rubricaron la Paz de los Pirineos (1659) –reproducido así por Pieter van der Muelen en "Las entregas" (dcha.)–.

don Juan José y le permite utilizar su apellido familiar.

1643: España es derrotada por Francia en la batalla de Rocroi.

1644: Muere Isabel de Borbón, reina y esposa de Felipe IV.

1645: Fallecen Francisco de Quevedo y Olivares.

1646: Muere el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos. Las potencias europeas negocian la paz en Westfalia.

1647: La Hacienda española se declara en bancarrota. Se inicia en Andalucía un ciclo de revueltas que durará cinco años.

1648: Muere Tirso de Molina. Con la paz de Westfalia se da fin a la Guerra de los Treinta Años.

1649: Felipe IV contrae matrimonio con Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III.

1651: Aparece la primera parte de la obra de Gracián, "El Criticón". Barcelona se rinde al asedio de don Juan José de Austria, que es nombrado virrey de Cataluña.

1653: Se publica la segunda parte de "El Criticón", de Gracián.

1654: Nuevas protestas populares en Castilla.

1655: Inglaterra se apodera de la isla española de Jamaica.

COVER

El príncipe Baltasar Carlos, retratado por Martínez del Mazo (1611-1667).

beldes el reconocimiento de país y nace así Holanda



Hijo de Felipe III

El cardenal-infante don Fernando –retrato de Rubens (1577-1640)– logró en Nördlingen una victoria católica frente a los protestantes.

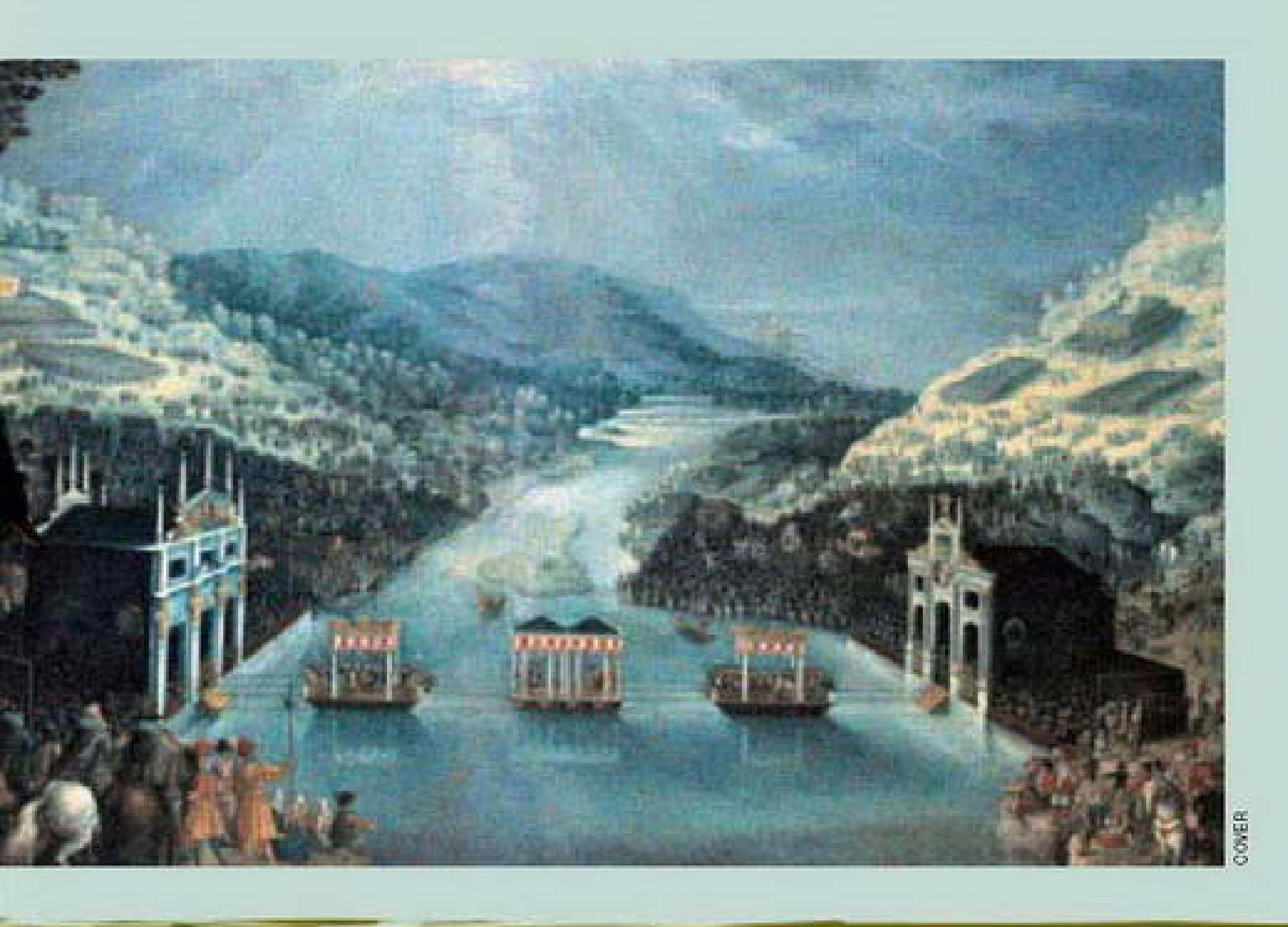
AISA

permiten a Felipe IV recuperar parte de su maltrecho prestigio, sacudido por una nueva bancarrota en 1653. Así, rindiéndose a la evidencia, los Austrias españoles y alemanes se ven obligados a negociar una paz que finalice con el conflicto de los Treinta Años.

La boda pactada entre María Teresa de Austria y Luix XIV

Luis de Haro viaja a Münster, sede de una parte de las negociaciones de Westfalia. Allí, el 30 de enero de 1648, firma un acuerdo con las provincias flamencas rebeldes por el que les concede el reconocimiento oficial de país independiente: es el nacimiento de Holanda. Sin embargo, Haro se niega a tratar con los representantes galos, al frente de los cuales se encuentra el cardenal Mazarino, cuyas condiciones para concluir el conflicto con España son demenciales. Entre otras cosas, Mazarino pretende conservar Cataluña indefinidamente, y hacer llegar tropas francesas a Portugal atravesando territorio peninsular. Los españoles se niegan a transigir, por lo que el conflicto hispano-francés se alarga 11 años más, mientras el resto de Europa se rehace económicamente. Se suceden victorias y derrotas por ambas partes –campaña francesa de Turena y triunfo español en Pavía–, hasta que la guerra entra en barrena. Tanto Francia como España –que continúa sin liquidar el asunto portugués– carecen de medios e interés para prolongar el conflicto y acuden a Inglaterra en busca de ayuda. Los ingleses se decantan por Francia, intensifican las actividades piráticas en la América española y derrotan a don Juan José en la batalla de las Dunas (1658). Esto lleva al gobierno de Felipe IV a buscar una rápida negociación de paz. Las conversaciones culminan en la isla de los Faisanes, situada en el río Bidasoa, de manera que el tratado recibe comúnmente el nombre de Paz de los Pirineos. De nuevo es Luis de Haro el representante español que debe ceder diversas plazas flamencas a Francia, además de prometerle un trato ventajoso en el comercio con América. La cláusula más significativa del tratado, debido a sus consecuencias posteriores, es la referente al matrimonio entre el joven rey francés, Luis XIV, y la infanta María Teresa de Austria, hija del primer matrimonio de Felipe IV. Ésta debe renunciar a sus derechos a la corona española para poder reinar en Francia, evitando, en un futuro, cualquier pretensión de los Borbones sobre el trono hispánico. A cambio de dicha renuncia, Felipe IV se compromete a ofrecer a su hija una dote astronómica de escudos de oro: nada menos que 500.000, estando la Hacienda española en la ruina.

Por su parte, los portugueses han contado con la ayuda francesa, hasta que se firma la Paz de los Pirineos. Francia, incumpliendo su promesa, continúa enviando hombres, pero se siente menos obligada a intervenir en el conflicto, por lo que Portugal vuelve sus ojos hacia Inglaterra, país con el que firma una alianza en 1661. Felipe IV se siente engañado por el rey Carlos II, cuya causa ha apoyado en el pasado. Fallecido Haro, ocupa su puesto en el gobierno el conde de Castrillo, viejo enemigo político de Olivares.



COVER

Mariana de Austria, nombrada regente tras enviudar

Junto con el duque de Medina de las Torres, el rey y Castrillo deciden hacer un último esfuerzo atacando Portugal, bajo el mando de don Juan José de Austria. El contingente anglo-portugués vence al español en la batalla de Ameixial en 1663, porque "ningún hombre en el ejército cumplió con lo que debía", según la indignada declaración de don Juan José. Una última derrota en Villaviciosa paraliza un conflicto cuyo fin no verá Felipe IV, puesto que el 17 de septiembre de 1665 muere en Madrid, dejando a su viuda Mariana de Austria como regente hasta que su hijo Carlos, de 4 años, alcance la mayoría de edad como Carlos II. ■

1656: Don Juan José, gobernador de los Países Bajos.
1657: Tras la tercera parte de "El Criticón", Gracián es destituido de su cátedra y es desterrado. El pirata Blake captura la flota de Nueva España en Tenerife.
1658: Muere Baltasar Gracián. Don Juan José de Austria es derrotado en la batalla de las Dunas.
1659: España y Francia firman la Paz de los Pirineos, que incluye el compromiso matrimonial entre Luis XIV y la infanta María Teresa de Austria.
1660: Muere Diego de Silva y Velázquez. Se celebra el matrimonio de Luis XIV y María Teresa, hija de Felipe IV.
1661: Nace Carlos de Austria, futuro Carlos II. Don Juan José comanda las tropas del frente portugués.
1662: Nace María Luisa de Orleáns.
1663: Se libra la batalla de Ameixial, entre España y Portugal.
1664: Fallece Francisco de Zurbarán. Disturbios en Madrid debido la escasez de alimentos.
1665: Portugal recupera su soberanía. Muere el rey Felipe IV. Deja a su esposa, Mariana de Austria, como regente de la monarquía hasta la mayoría de edad de Carlos.

Portada de la segunda parte de "El Criticón", de Gracián, dedicado a don Juan de Austria.

AISA



Carlos II, el Hechizado

El último tercio del XVII señala el ocaso del Siglo de Oro y el final del reinado de los Austrias, consecuencia de su incapacidad para tener descendencia.


El testamento de Felipe IV especifica, entre otras cosas, que la reina sea la tutora y gobernadora del reino hasta que el príncipe cumpla 14 años. Debe regir el gobierno junto con el presidente del Consejo de Castilla, su homólogo del Consejo de Aragón, el Inquisidor General, el arzobispo de Toledo, el presidente del Consejo de Estado y un representante de los Grandes de España. No se hace referencia tanto a los nombres como a los cargos, pero quienes en ese momento los ocupan no son del agrado de la mayor parte de la corte. El conde consorte de Castrillo, don García de Haro Sotomayor y Guzmán, es un segundón famoso por su comportamiento corrupto en Nápoles; don Cristóbal Crespí de Valldaura parece hombre de pocas luces, aunque su honestidad es probada; don Gaspar de Bracamonte, conde consorte de Peñaranda, despliega en Westfalia tal habilidad diplomática que el propio Mazarino intenta neutralizarlo; Pascual Folch de Cardona y Blasco de Loyola completa la Junta.

Retrato de una época
En esta "Sagrada forma", Claudio Coello (1642-1693) mostró a Carlos II rodeado de toda su Junta de Gobierno. AISA

Un amplio gobierno para impedir validos personalistas

Felipe IV había realizado estos nombramientos para evitar que Mariana –dada su inexperiencia en la vida política– sea manejada por un valido. Hasta la muerte de su esposo, la reina se ha mantenido en el anonimato de sus dependencias batallando –junto con doña Mª Engracia de Toledo, marquesa de los Vélez– por la vida de sus hijos, en especial la del príncipe Carlos. Así pues, no conoce los mecanismos cortesanos, ni tan siquiera a los nobles que la rodean. La información que tiene la consigue a través de su confesor, el padre Juan Everardo Nithard. Éste, nacido en 1607, es preceptor de los hermanos de Mariana, y cuando ésta parte a España para contraer matrimonio con su tío, forma parte de su séquito como confesor. Poco después de la proclamación de la Junta de Regencia fallece Folch, Inquisidor General, y la regente

CRONOLOGÍA

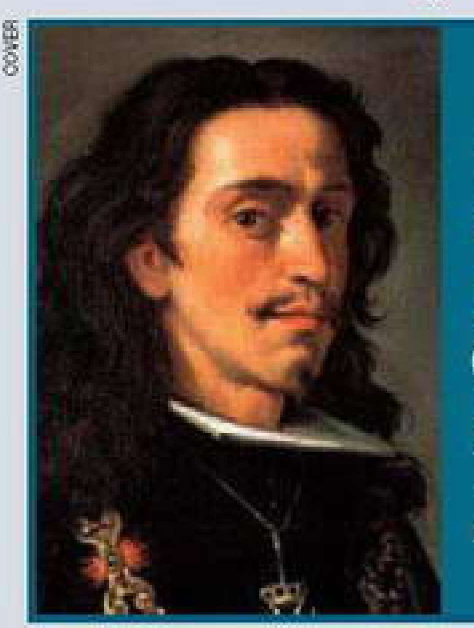
1666: Mariana de Austria designa como miembro de la Junta de Gobierno a su confesor, el jesuita Juan Everardo Nithard.
1667: Muere el pintor Alonso Cano. Luis XIV inicia la Guerra de Devolución.
1668: La regente reconoce la independencia de Portugal. Don Juan huye a Aragón ante el descubrimiento de sus planes para controlar la monarquía. Francia y España firman la paz de Aquisgrán que pone fin a la Guerra de Devolución.
1669: Nithard abandona la corte. Juan José de Austria es nombrado vicario general de la Corona de Aragón. Valenzuela consolida su posición cortesana como valido de la regente.
1670: El pirata Henry Morgan arrebata el control de Panamá a los españoles.
1671: Valenzuela consigue el hábito de la Orden de Santiago.
1672: Comienza la Guerra de Holanda y España decide participar contra Luis XIV.
1673: Don Juan José de Austria establece una Junta Magna para investigar las importaciones de tejidos extranjeros.
1674: Valenzuela, miembro


Grabado de Henry Morgan, pirata a las órdenes de la corona inglesa que atacaba navíos españoles.

El fenómeno del valimiento desaparece en España con Fernando Valenzuela

se las ingenia para otorgar dicho cargo al padre Nithard, única persona en la que confía.

Por desgracia, la experiencia de Nithard en el gobierno es tan nula como la de Mariana. No es agresivo ni ambicioso, pero su evidente influjo sobre la regente, su condición de extranjero y su pertenencia a la Compañía de Jesús –así como varias desafortunadas intervenciones políticas– le granjean muchos enemigos en la corte hispánica. Su detractor más importante es el bastardo, don Juan José de Austria.





Dos hombres y un destino
El hermanastro real, Don Juan José de Austria (izda.), logró alejar del poder a Nithard (dcha.), confesor de la regente y primer ministro.

La fuerte presión de la corte en contra de Nithard

Juan José de Austria es hijo de Felipe IV y la actriz María Calderón. A los 13 años, el rey lo reconoce, pero no tiene derechos al trono. Se dedica a la milicia y, además de participar en varias campañas en Portugal –1661 y 1664–, consigue la pacificación de Cataluña, en 1652. Ocupa asimismo cargos políticos: los virreinatos de Nápoles y Sicilia, la gobernación de los Países Bajos españoles en 1656 y un asiento en el Consejo de Estado. En esos años se gana el aprecio del pueblo, especialmente en tierras aragonesas.

Sin embargo, cuando muere Felipe IV, Mariana de Austria consigue alejarlo de la corte por temor a que pueda arrebatar la corona a su hijo Carlos y por la antipatía que muestra hacia su confesor y hombre de confianza. En dos ocasiones se intenta eliminar al padre Nithard y, tras ambas tramas, aparece la mano de don Juan y el Partido Aristocrático. Uno de los involucrados en la segunda intentona acusa directamente al bastardo regio, que se retira a Aragón (1669) a la espera de tiempos mejores. En su ausencia –pero bajo su supervisión– se desata una campaña difamatoria contra el jesuita austríaco por medio de libelos y letrillas populares. Además, en la corte, los Grandes presionan a la regente y a los miembros de la Junta para que Nithard sea despedido de la misma. Don Juan José hace un amago de marcha sobre Madrid al frente de una escolta que ha reunido en Aragón y Mariana cede. Finalmente, Nithard se ve obligado a salir de España rumbo a Roma.

Hasta 1673, funciona con relativa normalidad la Junta de Regencia, que sigue las pautas marcadas por el difunto Felipe IV. Sin embargo, la reina continúa necesitando un apoyo que cree encontrar en un oscuro cortesano llamado Fernando Valenzuela, cuyos discretos manejos le valen el sobrenombre de "Duende de palacio". Nacido en España en 1639, Valenzuela pasa su infancia en Nápoles y se introduce en la corte al contraer matrimonio con una dama del séquito de la reina. Ésta lo nombra palafrenero y, más tarde, caballero de la Orden de Santiago y marqués de Villasierra. Bien puede decirse que el fenómeno político del valimiento desaparece en España con Valenzuela, no sólo porque no se repite sino por la catadura del último favorito, hombre muy alejado de un Lerma o un Olivares. Tras un breve período de alejamiento de la corte –entre 1675 y 1676–, Valenzuela la retorna y es nombrado Grande de España y primer ministro.

Valenzuela cae fulminado por la ira de los nobles

El regreso de Valenzuela a la corte desata las iras de la aristocracia en la llamada "Revuelta de los Grandes". En esta ocasión, en que el apoyo de la nobleza es una baza segura, don Juan José se dirige de nuevo a Madrid al frente de unos 15.000 hombres, entra en la ciudad y se impone sobre la regente y su valido, ofreciendo sus servicios a su hermanastro Carlos, que ocupa el trono desde 1675. Valenzuela pierde sus propiedades y títulos y es desterrado a Filipinas, donde muere en 1692.

La relación entre los dos hijos de Felipe IV comienza con la llegada al trono de Carlos, en 1675. El joven príncipe admira a su hermanastro y le remite una carta secreta en la que le conmina a acudir a su lado y a ayudarle a gobernar. La regencia dura todavía dos años más, hasta la llegada de don Juan, en 1677, cuando la reina es obligada a marchar al Alcázar de Toledo y don Juan queda, por fin, dueño de la situación.

Tanto la nobleza como el pueblo han depositado en él grandes esperanzas de cambio. Su gobierno comienza en Aragón, destino de su primera salida con el rey Carlos, con objeto de que éste jure los fueros y presida la apertu-



Viuda a los treinta
Mariana de Austria –retratada aquí por Frans Luyck (1604-1688)– ejerció de regente en España de 1665 a 1675.

del Consejo de Indias.
1675: Con catorce años, Carlos II comienza su reinado, aunque su madre continúa gobernando de facto dos años más.
1676: La regente concede a Valenzuela el título de marqués de Villasierra y lo nombra primer ministro. Esto lleva al descontento de la nobleza, conocido como la "Revuelta de los Grandes".
1677: Con el apoyo de su hermanastro Carlos, Juan José de Austria entra en Madrid. La reina madre es enviada a Toledo y Valenzuela huye a Filipinas.
1678: Un brote de peste se extiende por Valencia y Andalucía. España firma la paz de Nimega con Luis XIV y pierde el Franco Condado.
1679: Creación de una Junta de Moneda. Fallece de forma repentina don Juan José de Austria. El rey contrae matrimonio con María Luisa de Orleáns.
1680: El duque de Medinaceli es nombrado primer ministro. Realiza varias reformas monetarias para la recuperación económica de la monarquía.
1681: Muere Juan Everardo Nithard, antiguo confesor de Mariana de Austria.

Retrato de Luis de la Cerda, IX duque de Medina, realizado por Jacob Ferdinand Voet.


Pobres "con papeles"
En este "Joven mendigo", Murillo (1618-1682) plasmó la mendicidad, una profesión para la que era necesario solicitar una licencia.

ra de las Cortes. A su regreso a Madrid, don Juan emprende una reforma administrativa que pretende corregir el mal gobierno de Valenzuela.

El duque de Medinaceli sustituye a don Juan José

Parece que la mala suerte acompaña al hermanastro. Desde 1677, las cosechas son desastrosas y aparece un virulento brote de peste en Valencia y Andalucía. Tampoco llegan barcos de América, de forma que en 1678 se declara una bancarrota parcial. Francia, con un imparable Luis XIV a la cabeza, ha emprendido la guerra de Holanda (1672), que afecta a las posesiones de España en los Países Bajos y, aunque consiente en firmar la paz en Nimega (1678), se apropia del Franco Condado ante la indignación de los militares españoles.

A pesar de conseguir el matrimonio del rey con María Luisa de Orleáns y de otros logros menores, don Juan José se encuentra hundido en el descrédito. En 1679 enferma y fallece el mismo día de la muerte de su padre, el 17 de septiembre. Fallecido don Juan, Mariana regresa a la corte, pero ni ella ni el rey Carlos designan a quienes gobiernan la monarquía. En la corte se han establecido grupos de poder que, ganándose la voluntad débil del rey, imponen a sus favoritos como primeros ministros. Juan Francisco Tomás de la Cerda Enríquez, duque de Medinaceli, ocupa ese cargo en 1679 y pretende continuar las reformas de don Juan. Comienza por revitalizar el comercio con América y pone en práctica los planes de reforma monetaria pergeñados por el bastardo regio, que a la larga se muestran de enorme importancia para la estabilidad económica de la monarquía. Sin embargo, la pérdida de Luxemburgo en un nuevo conflicto –provocado por Luis XIV– tiene como resultado la destitución del duque en 1685, sin tiempo para llevar sus planes a término.

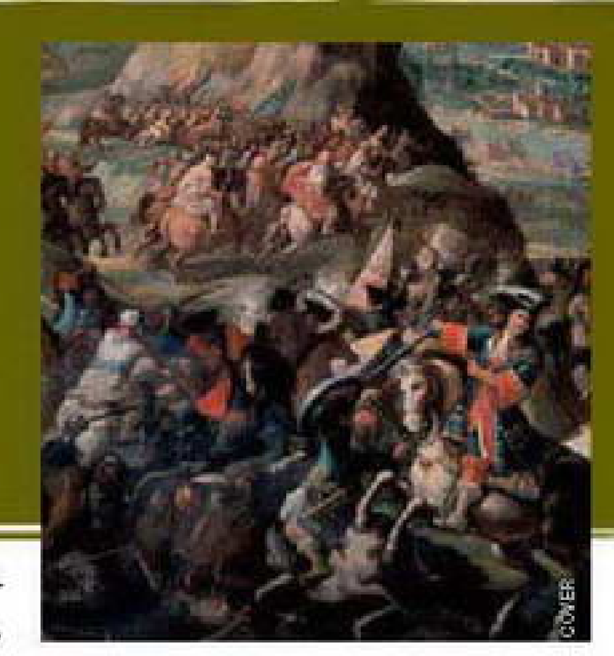
Le sustituye el conde de Oropesa, introducido en el Consejo de Castilla años atrás por Mariana de Austria. Manuel Joaquín Álvarez de Toledo es joven y enérgico y parece sensato, ya que no duda en proseguir la política económica de Medinaceli en beneficio de la monarquía. Oropesa inspecciona los mecanismos hacendísticos, arremete contra los abusos existentes en el estamento eclesiástico –las falsas vocaciones que pretenden sólo sustraerse al pago de impuestos– e, incluso, investiga la situación económica del Santo Oficio. Consigue reducir el gasto de manera notable y eso le acarrea la antipatía del alto clero y de parte del ejército, que también inspecciona. Ni siquiera las casas reales escapan a una revisión a fondo de sus cuentas. A pesar de su eficacia, la oposición a sus medidas se hace mayor conforme pasa el tiempo y, en 1691, muy a su pesar, el rey le retira de su cargo.

Desesperada búsqueda para engendrar un heredero

En 1689 fallece en Madrid la reina María Luisa de Orleáns. Esta muerte, además de suponer un revés para el profrancés Oropesa, lo es también para la corona, ya que la difunta no deja hijos. Así las cosas, no cabe más que concertar un nuevo matrimonio. La elegida es Mariana de Neoburgo que, según los cronistas, es escogida por pertenecer a una familia de gran fecundidad –su madre había dado a luz 22 veces–. Al contrario que su predecesora, Mariana tiene una fuerte personalidad que la lleva a intervenir en el gobierno. Es


La alemana con riendas españolas
Con la Paz de Nimega (1678) –óleo inferior–, Francia se apropió del Franco Condado. Los galos fueron enemigos de Mariana de Neoburgo (retrato de G. Luca), esposa de Carlos II.

1682: Muere en Sevilla Bartolomé Esteban Murillo.
1683: Francia ocupa el ducado de Luxemburgo, provocando un nuevo conflicto con España.
1684: Paz de Ratisbona en la que se pierde Luxemburgo.
1685: Cae en desgracia el duque de Medinaceli. Le sustituye el conde de Oropesa, Manuel Álvarez de Toledo.
1686: Oropesa ordena una devaluación de la moneda y varias reformas en el clero y el ejército.
1687: Ataque de moriscos africanos a las plazas españolas de Orán y Melilla.
1688: Se crea el Colegio de Pintores en Barcelona. Comienza la guerra de la Liga de Augsburgo o Guerra de los Nueve años.
1689: Muere la reina de España, María Luisa de Orleáns.
1690: Muere Juan de Valdés Leal.
1691: Oropesa es destituido como primer ministro y el control del poder pasa a manos de la reina. La flota francesa bombardea desde el mar Barcelona y Alicante.
1692: Se constituye la Junta


Reproducción de la "Batalla de Orán", concebida por el pintor Antonio Palomino y Velasco.

Algunos atribuyen a un hechizo el retraso mental y la impotencia del monarca

ella la que organiza el Partido Austracista en la corte española en vistas a la sucesión que, como sabe bien, no depende de su marido. Su candidato es el archiduque Carlos de Austria, pero se encuentra con la presión que la anciana reina madre ejerce sobre Carlos para que nombre sucesor a un miembro de la casa de Baviera. El influjo materno da resultado y, en 1696, el rey nombra sucesor en su testamento a José Fernando de Baviera. Ya en 1694, el cardenal Portocarrero, el duque de Montalto y otros nobles solicitan a Carlos que expulse de la corte a la camarilla proalemana de la reina, lo que ocurre sólo a medias. Sin embargo, en esta batalla desatada por la sucesión de su marido, Mariana resulta perdedora, lo que no es óbice para que sea partidaria ferviente del archiduque Carlos durante la Guerra de Sucesión.

Retrato de Felipe V, realizado por F. Solimena.

CORDON

El retraso mental y la impotencia del rey son un problema de Estado y son atribuidos, por algunos cortesanos, a un hechizo o encantamiento. Estos rumores se originan en Alemania: según el emperador Leopoldo, el rey de España está endemoniado y, a consecuencia de ello, no puede tener descendencia. Quienes dan crédito al rumor culpan del hechizo al rey de Francia o al mismo emperador Leopoldo, ya que ambos pretenden el trono español. En la corte, el asunto no pasa de un intento de exorcismo por parte del Inquisidor General y del confesor del rey. Los rumores sobre el hechizo se reavivan en 1695, como parte del folclore cortesano. Sin embargo, lo rigurosamente cierto es que años después, en 1698, y ante la delicada salud del rey, Luis XIV y Leopoldo retoman un viejo pacto de repartición del imperio español iniciado décadas atrás. De hecho, se hacen dos repartos: uno en 1698 y otro en 1700.

El final de los Habsburgo en territorio español

Las tornas cambian cuando el hijo de Leopoldo, el archiduque Carlos, opta a la corona al haber fallecido, en 1699, José Fernando de Baviera. Un año después, el moribundo rey redacta un nuevo testamento en el que nombra su sucesor a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. En noviembre, Carlos II muere y con él desaparecen los Habsburgo españoles, tras casi doscientos años de dominio mundial.

Los motines populares

La peste –como la representada en esta escena bíblica por Poussin– agravó la situación económica española.

COVER

En los últimos años del siglo XVII, durante la regencia de Mariana de Austria y el reinado de su hijo Carlos, la difícil situación política y económica se traslada a la calle, generando un enorme descontento popular. A ello contribuye una larga época de malas cosechas –que conlleva la falta de abastecimiento de las ciudades– y la aparición y extensión de epidemias por malnutrición y debilidad, con un elevado índice de mortalidad. Por si fuera poco, en 1676, un brote de peste entra en la península por Cartagena, diezmando la población de Andalucía y Valencia. El gobernador don Juan José es el primero en sufrir las revueltas del pueblo de Madrid, agitado por pasquines en su contra, que indican cuáles son las preocupaciones del ciudadano de a pie: "¿Hay menos tributos? ¿Hay menos donativos? ¿Ha bajado el precio de los bastimentos? ¿Hay acaso mejor disposición de que el pueblo se alivie, el reino se desempeñe y la fortuna se mejore?". La muerte libra a don Juan José de enfrentarse al descontento popular, pero la reina y Carlos II no lo consiguen. Las reformas económicas de Medinaceli y Oropesa, aunque eficaces, producen un encarecimiento del pan, el vino y la lana, productos de primera necesidad, por lo que se organizan algaradas de protesta ante el Alcázar de Madrid. Carlos II sale en una ocasión a calmar al pueblo, de quien parece compadecerse sinceramente. En justa correspondencia, los ánimos se serenan, pero la situación no mejora hasta el reinado de Felipe V, una vez superada por fin la Guerra de Sucesión.

de Medios para **sufragar los** gastos militares.

1693: La Hacienda real decreta una suspensión de pagos parcial.

1694: El Consejo de Estado denuncia a los colaboradores alemanes de la reina como responsables del hundimiento de la monarquía.

1695: Comienzan a extenderse en la corte los rumores del "hechizo" del rey.

1696: Oropesa es reclamado para presidir el Consejo de Castilla. Carlos designa a José Fernando de Baviera, bisnieto de Felipe IV, como heredero. Muere Mariana de Austria.

1697: La Paz de Ryswick pone fin a la Guerra de los Nueve años.

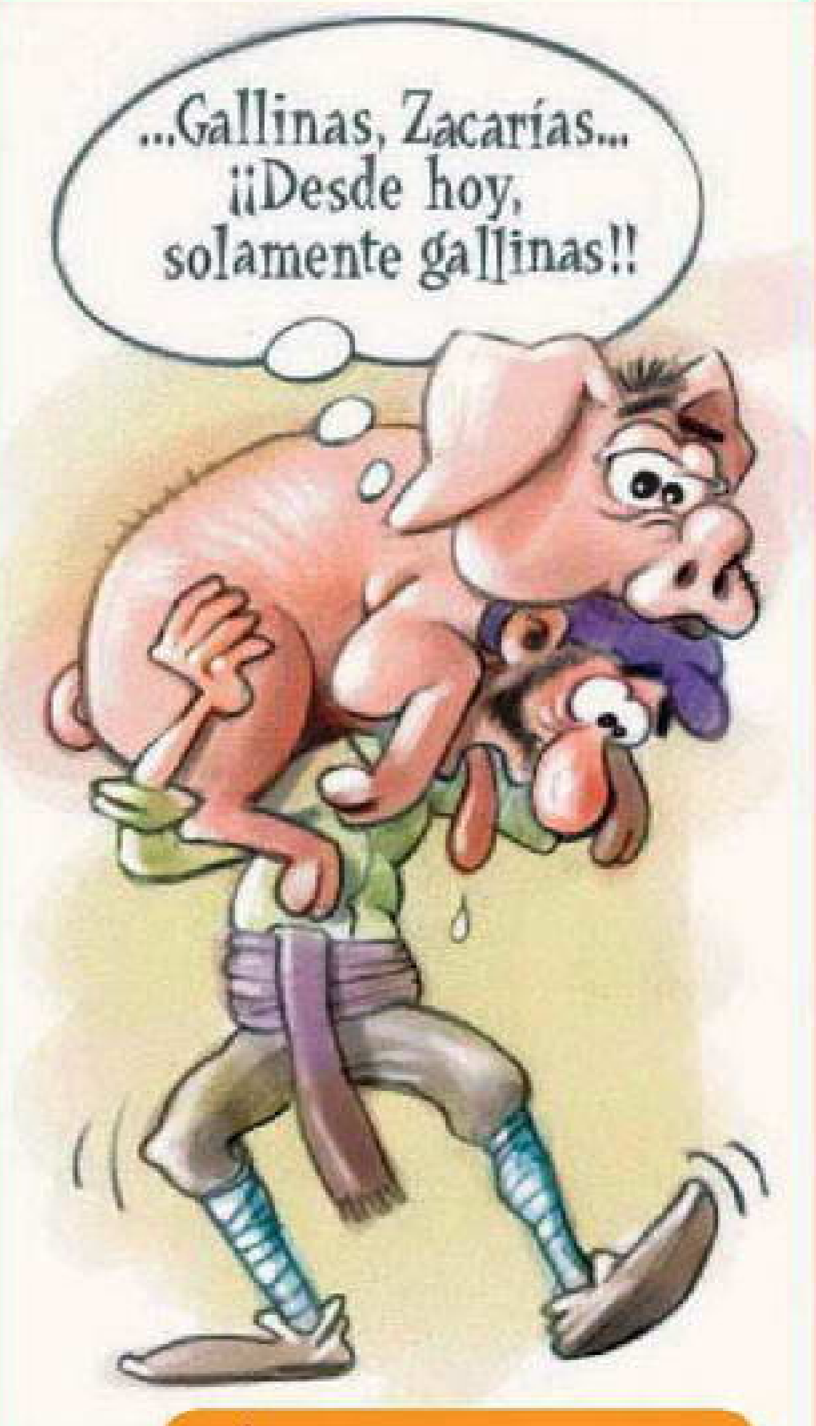
1698: El emperador Leopoldo y Luis XIV comienzan las negociaciones para repartirse España a la muerte de Carlos II.

1699: Se desata una batalla diplomática entre Francia y Austria para buscar un heredero tras la muerte de Carlos II.

1700: Testamento de Carlos II, en el que nombra su heredero a Felipe, duque de Anjou y nieto de Luis XIV. El 1 de noviembre fallece el monarca y el 24 de noviembre se proclama rey a Felipe V.

COVER

Retrato de la primera esposa de Carlos II, Maria Luisa de Orleáns, realizado por Gobert Pierre.



"SÁTIROS"
Eran aquellos ladrones que se especializaban en apropiarse del ganado ajeno, tanto si estaba guardado en las cuadras como en campo abierto.

PÍCAROS, BURLADORES Y BUSCONES

Los golfos

El sol sí se ponía en la España del XVII. Y las consecuencias de ese ocaso las sufría el pueblo llano, que luchaba por la supervivencia en los márgenes de la ley. La picaresca se convirtió en una forma de vida y en una espléndida inspiración literaria.

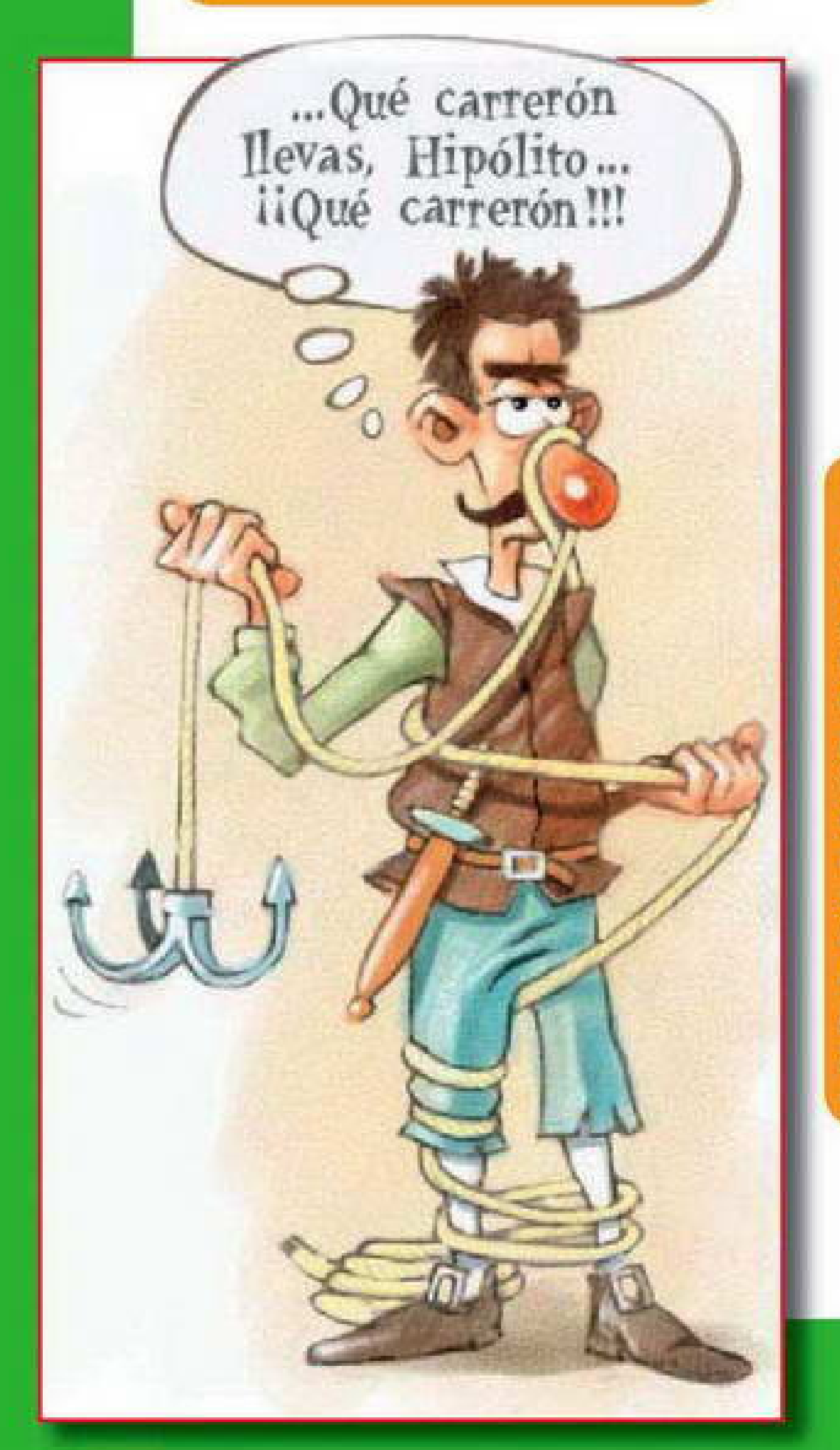
Por **Miguel Mañueco** Ilustraciones **José A. Peñas**

"Este camino corre el mundo. No comienza de nuevo, que de atrás le viene al garbanzo el pico. No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejaremos. No se espere mejor ni se piense que lo fue el pasado. Todo ha sido, es y será una misma cosa". Las palabras del pícaro Guzmán de Alfarache entonan un pesimismo fatalista que retumba más allá de su literario efectismo. Se hace eco su autor, Mateo Alemán, del desencanto que reina en el corazón del imperio donde "no se pone el sol". Es triste y descorazonador que las riquezas del Nuevo Mundo, que habían encendido cierta chispa económica a finales del siglo XV, sólo hayan servido para guerras inútiles y suntuosidades de la nobleza y el clero. Cada vez más escasez, cada vez más hambre.

Verdad es que los siglos XVI y XVII fueron malos tiempos para toda Europa, pero la extensa miseria resulta más incomprensible y sibilina y vergonzante en el país que ostenta los brillos imperiales. El sistema feudal ya no funciona, los campos se abandonan, asolados además por persistentes sequías y plagas.

En muchas ciudades, el hambre afectaba a la mitad de la población

Una masa informe de gentes, compuesta por campesinos desposeídos, soldados retirados, viudas, huérfanos, ancianos, enfermos y mendigos vaga dejada de la mano de Dios y de los hombres por todas las regiones. Tarde o temprano engrosarán las incontenibles nubes de desarrapados en las ciudades más grandes, donde se suce-



"GRUMETES"
Así llamaban a los rateros que se valían de anzuelos, ganchos o escaleras para sus hurtos. Su maestría con estas herramientas les servía para llegar al interior de las casas o para robar a la propia gente desde lo alto.



del Imperio

den, para mayor fatalidad, las epidemias de peste. Todos los males juntos. Esa desorbitada fuerza que empuja inmisericorde hacia el abismo será irremisible a partir del desastre de la Armada Invencible en 1588. Y sus nefastos efectos caerán, como siempre y en todo lugar, en las gentes desfavorecidas, pobres y hambrientas, que en algunas partes del país se cuentan por la mitad de la población.

Puntuales son siempre la especulación y la usura, y más aún en casos de necesidad. No deja de ser inmoral que no haya institución, divina o humana, capaz de amortiguar la carestía de la vida cuando las cosas se ponen tan mal. El pan y todos los alimentos básicos alcanza precios inimaginables en esta decadente España. Las revueltas surgen aquí y allá: los estudiantes salmantinos asaltan los comercios, los campesinos se revelan por doquier, los Comuneros dicen luchar por una reina pero es la escasez lo que en realidad les mueve... Sin embargo, el alma de la avaricia, irrefrenable negrura humana, no ceja y no cede. E incluso aprieta para sacarle aún más partido a la situación: en plena crisis cerealística de principios del XVI, los mallorquines contemplan esperanzados el acercamiento de naves genovesas cargadas de trigo. ¡Están apestados! Las voces se esparcen, el desencanto se acrecienta. Los mercaderes que venían enriqueciéndose con los altos precios del escaso producto son los autores del bulo. Y ahí seguirán, con sus arcas llenas y sus conciencias tranquilas.

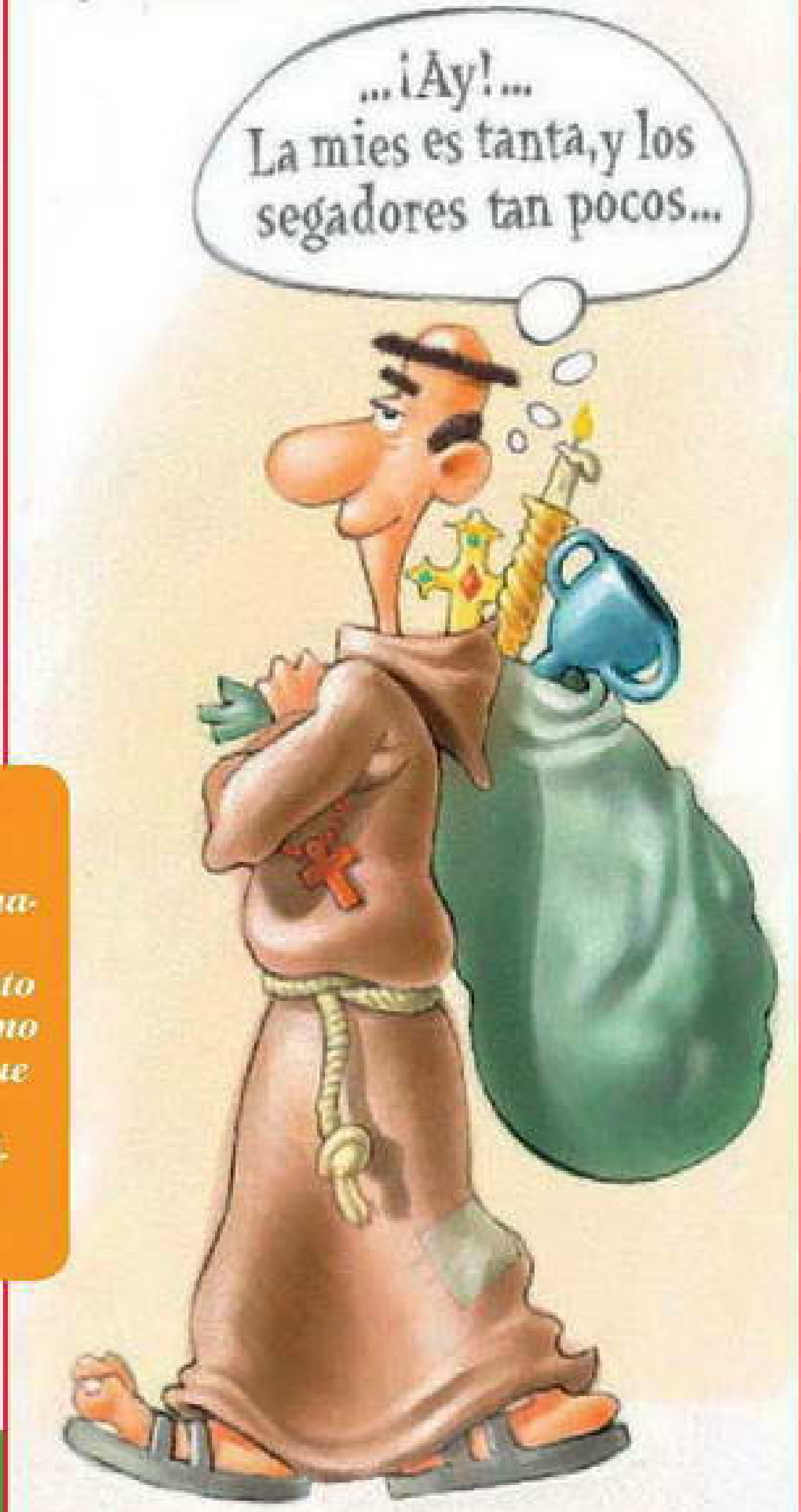


Portada de la edición de Guzmán de Alfarache *publicada en Amberes en 1681.*

Efectivamente, el sol no se pone en los campos de las Españas, pero para secarlos o avivar las plagas de langosta. Después vendrán los poderosos a plantar en ellos sus heraldos. En 1533, la ciudad de Palencia contaba como pobres a más de la mitad de sus vecinos, y ▶



"ESTAFADORES"
Eran los timadores, igual que en la actualidad. Pero también se denominaba así a los chantajistas.



"DEVOTOS"
Con mucha guasa se llamaba así a los rufianes –tanto de campo como de ciudad– que desvalijaban iglesias, ermitas o incluso conventos...



"CORTA-BOLSAS Y CIGARREROS"
A los cortabolsas se les daba muy bien hacerse con las sacas del dinero. Se conocían como cigarreros los que eran hábiles en el uso de las tijeras para sus robos.